



El nido del
LOBO

Gema Tacón

El nido del lobo

Gema Tacón

Título: El nido del lobo
Primera edición: Julio 2018

©Gema Tacón, 2018

©Ilustración y diseño de portada ©Mónica Gallart, 2018

©Corrección: Carolina Santana

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*La muerte es la que al final teje los hilos del destino
dejándonos a su completa disposición.*

Gema Tacón

Índice

[INTRODUCCIÓN](#)

[HOGAR, NUEVO HOGAR](#)

[LA MORGUE](#)

[LA HABITACIÓN SECRETA](#)

[EL DIARIO](#)

[LA MEMORIA](#)

[EL DESAPARECIDO](#)

[LAS SOMBRAS](#)

[VUELTA A CASA](#)

[LA FAMILIA](#)

[NAHIA](#)

[REVELACIONES](#)

[LA MUERTE](#)

[EL FUNERAL](#)

[GLOSARIO DE NOMBRES](#)

[GLOSARIO DE LUGARES](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

Introducción

Doce años antes...

«¿Podrías elegir qué vida merece la pena salvar? ¿La tuya o la de ella?».

No sabía qué significaba, pero sí que llevaba escuchando esas preguntas como en un murmullo durante la gran mayoría de las noches desde que murió, cuando desperté de mi letargo.

Habían pasado dos meses desde aquel fatídico día y todavía no podía conciliar el sueño sin ver su última mirada, su cara de tristeza, sus ojos tan... arrepentidos. En silencio, me tumbé bocarriba sobre la cama y miré el techo cargado de estrellitas fluorescentes sin llegar a verlas. Mi madre no dejaba de ahogarse con sus propios lamentos unidos al llanto, algo que escuchaba todas las noches sin poder evitarlo.

Era la segunda semana que estaba con aquella extraña medicación, supuestamente porque tenía que asimilar los cambios en mi vida, la pérdida de una de las personas que más me importaban, aunque con el tiempo, todo lo que contaba y veía no era simplemente un trauma de mi infancia, sino que iba mucho más allá de eso.

Miré el reloj que tenía en mi mesita tras darme cuenta de que el tictac leve que se escuchaba a todas horas se había detenido. Mis ojos se fijaron en la hora en concreto: las tres de la mañana. Arrugué el entrecejo y le di un suave golpe que no ocasionó que reaccionara, así que cerré los ojos e intenté dormirme de nuevo.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero una fuerte presión en el pecho me hizo abrir los ojos de par en par al notar que comenzaba a asfixiarme a causa de lo que parecía... ¿agua? Un gran hilo de abundante líquido salió de mi boca, cayendo justamente en las sábanas. Pasé mis manos por la garganta y el pecho en un intento de que ese suceso tan extraño aliviara mi pesadez, pero nada surtía efecto. Estaba ahogándome en mi cama...

Cuando pasó, tosí durante una eternidad sin entender cómo mi madre aún no me había escuchado ni había venido en mi auxilio. Noté mi garganta dañada de tanto esfuerzo y me levanté. Encendí la lamparita que reposaba sobre la mesita de noche, caminé con los ojos pegados y un cansancio agotador y me dirigí a la cocina.

—¿Mamá?

Arrugué el entrecejo cuando, al fondo del pasillo, su sombra desaparecía lentamente en dirección al salón. No me contestó, y vi que la puerta de su habitación estaba abierta un poco, lo justo para asomar la cabeza.

Arrastré mis pies hasta llegar a ella, momento en el que la sombra se intensificó, quedándose quieta. La pude apreciar por el reflejo del espejo que teníamos en el recibidor, y no entendí por qué, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo de pies a cabeza.

—¿Mamá? ¿Qué haces? —me extrañé.

De repente, la lamparita del interior de su habitación comenzó a encenderse y apagarse como si quisiera fundir la bombilla con aquellos pequeños destellos. Las luces del pasillo imitaron el gesto, lo que ocasionó que elevase mi rostro para contemplar tan extraño fenómeno en mitad de la madrugada.

Sintiendo un terror recorrer mis venas contemplé la sombra, que, paralizada, seguía en la misma posición sin que pudiese verle la cara. Achiqué mis ojos, tratando de enfocar la silueta de mi madre, pero aquello...

Aquello no era mi madre.

Noté una presión en el pecho que comenzó a asfixiarme con más fuerza. Temerosa, empujé con dos de mis dedos la puerta de su habitación y la descubrí tumbada sobre la cama mientras sostenía una almohada tan pegada a su rostro que parecía querer fundirla con su piel. En una de sus manos mantenía un pañuelo arrugado, por lo que supuse que había estado llorando hasta caer rendida.

Me apené al contemplarla de aquella manera, y poco tardé en dejar esos pensamientos de lado cuando la bombilla de la lamparita volvió a encenderse con fuerza, para apagarse con una intensidad igual.

Un frío aterrador me hizo pegar un pequeño salto cuando mis vellos se pusieron de punta al notar una terrible sensación. Volví mi rostro hacia el pasillo y miré fijamente el espejo. Allí estaba. Alguien había entrado en casa, y se había dado cuenta de que le había visto.

Sigilosa, me introduje en la habitación de mi madre y toqué su brazo, susurrando para que no me escuchara la supuesta persona que había en el pasillo. Aun con los pocos años que tenía, sabía que si no actuaba rápido, nos

podría pasar cualquier cosa.

—Mamá...

—Mmm... —gruñó.

—Mamá —insistí—. Hay alguien en el pasillo. Alguien ha entrado en casa... —susurré.

—Cariño, acuéstate, estás soñando. Debe ser el efecto de las pastillas —murmuró en sueños.

Zarandeeé su brazo para que me prestase atención, pero fue en vano, ya que no lo conseguí, como todo últimamente.

Con la poca valentía que se podía tener a mis once años, me armé de valor y cogí un bate de beisbol que mi madre tenía detrás de la puerta. Abrí con sumo cuidado para no hacer ruido y avancé pegada a la pared con la luz apagada, viendo que la sombra seguía en el mismo sitio. Sin moverse. ¿Acaso estaba esperándome?

Elevé el bate en el aire cuando ya casi llegaba a doblar la esquina del pasillo y la sombra desaparecía encaminándose hacia el salón. Sin embargo, un fuerte grito desgarrador procedente de la garganta de alguien que no conseguía ver me hizo palidecer por segundos mientras colocaba una mano sobre mi corazón y soltaba mi arma de defensa debido al susto. Las luces de toda la casa comenzaron a encenderse y a apagarse al son de aquella voz. Las puertas situadas detrás de mí se abrieron y se cerraron con intensidad, a la misma vez que las ventanas imitaban sus movimientos y las bombillas reventaban sobre mi cabeza.

No sé cómo lo hice, ni siquiera qué me impulsó a correr de aquella manera, pero lo logré. Llegué al salón sin dejar de mirar en todas las direcciones, sintiendo aquel miedo desgarrador que te aplasta el alma, llamando a mi madre a pleno pulmón para que me ayudase, pero, sobre todo, sin entender qué diantres estaba sucediendo en mi casa.

Y, de repente, la vi.

No era una persona.

Era... Era...

Una ansiedad subió por mi pecho hasta mi garganta con tanta fuerza que el aire no llegaba a mis pulmones por más que lo intentase. Las manos me temblaban; el cuerpo también. Mis ojos estaban fijos en aquella «cosa», que

cada vez se acercaba más. Me quedé paralizada observando cómo se posicionaba frente a mí, y sus negros y brillantes ojos me hipnotizaron de tal forma que no pude apartar la vista de ellos. Las venas de su rostro se marcaban en exceso bajo una piel blanquecina, casi translúcida, dándole un aspecto más que terrorífico.

Mi mente solo me decía: «Huye, corre sin mirar atrás. Apártale la mirada. No la mires, no la mires...», pero nada de eso conseguí que se llevase a cabo, pues estaba completamente paralizada de pies a cabeza. Mientras veía cómo sus labios se apretaban, quedando su cara cada vez más cerca de la mía, las puertas de los muebles de los armarios se abrieron, haciendo que platos, vasos y demás vajilla saltasen por los aires y llenasen toda la cocina de cristales. De reojo pude ver que los mismos fragmentos que estaban en el suelo se dirigían hacia mí como si los arrastrase una corriente de agua a toda velocidad hasta arremolinarse en mis pies.

Los oscuros ojos me miraron con más intensidad, volviéndose rojizos. Sentía el pánico como nunca, y lo peor de todo era que mi madre no se daba cuenta de lo que estaba pasando a escasos metros de ella.

Los cristales hicieron una especie de remolino alrededor de mi cuerpo, y antes de que esa cosa desapareciera, escuché en un tono grave y escalofriante:

—¿Podrías elegir qué vida merece la pena salvar? ¿La tuya o la de ella?

Estallaron sobre mi cuerpo como si de una bomba se tratase, y el grito que solté fue tan abrupto que mi garganta se quebró. Un dolor intenso salió de ella e inmediatamente caí de rodillas sobre el suelo, llorando sin parar.

Mi madre salió de la habitación a toda prisa mientras yo me lamentaba y comprobaba cómo mi sangre salía de todas las partes de mi cuerpo debido a los cortes del cristal.

—¡¡¡Blancaaaaa!!! —gritó asustada.

Me sacudí de manera brusca y sentí sus brazos a mi alrededor sin ser capaz de reaccionar.

—¡Blanca! ¡Hija! ¿Qué has hecho? —se lamentó.

Todo sucedió muy rápido.

No me dio tiempo a reflexionar sobre lo que había pasado, pues seguía en un estado de *shock* permanente, hasta que los sanitarios llegaron a mi casa y me sujetaron a la fuerza para llevarme con ellos. Mi madre lloraba, lloraba al

saber que, si continuaba así, el día menos pensado me perdería para siempre.

—¡¡No he sido yo!! —grité con todas mis fuerzas.

Se llevó las manos a la boca conteniendo un sollozo mientras el sanitario me sostenía con más ímpetu. Pataleé como una desquiciada sin conseguir nada más que hacerme daño, y chillé de nuevo. Necesitaba que me creyese. Necesitaba que viese lo que yo veía.

—¡¡Mamá!! ¡Ayúdame! —lloriqueé.

Pero de nada sirvió, puesto que mi madre pensaba —al igual que los médicos— que todo era fruto de mi imaginación, que no había nada más a parte de eso y que había que temerles a los vivos y no a los muertos...

Angy Skay

Capítulo uno

Hogar, nuevo hogar

Cuando me dijeron que tendría que hacer las prácticas en un pueblo abandonado de la mano de Dios, no es que diese saltos de alegría; más bien quise echarme a llorar.

Mis notas habían sido lo suficientemente buenas como para estar, al menos, cerca de mi casa. Pero no. Yo no solía llevar blusas escotadas ni me levantaba una hora antes con el fin de ponerme una capa de chapa y pintura en la jodida cara para que mis profesores tuviesen sueños eróticos conmigo —y, en algunos casos, sé que no tan platónicos—. La única vez que pasé por quirófano fue para quitarme la vesícula. Pensar en ponerme silicona en el cuerpo no entraba dentro de mis ideales ni de lo que podía permitirme. Sí es cierto que en algunas partes me haría bastante falta y en otras me sobraría. Cuando los genes escogieron, creo que cada uno montó la fiesta por donde fue apeteciéndole.

Y allí estaba yo, con veintitrés años, a tomar por culo de mi casa, de mis costumbres, de mi familia y lejos de los pocos amigos que soportaban mi carácter de puercoespín. Hacer nuevas amistades nunca fue lo mío. La última vez que tuve pareja terminó dejándome por llamar a su madre entrometida metomentodo. Lo pasé mal unos días, pero mereció la pena ver cómo esa grandísima mala madre se encendía como una luciérnaga antes de echarme de su divino *chalet* junto a la playa. A ver, a decir verdad, el chico estaba bastante bien, pero su cerebro no era proporcional a sus músculos. Y seamos sinceros: dentro de unos años, la gravedad haría de las tuyas y no me serviría de mucho.

Todavía no tenía claro cómo terminé encontrando casa así de rápido en un pueblo tan pequeño. Supongo que la universidad se ponía en contacto con los destinos de las prácticas para que hospedasen a sus alumnos. El caso es que al día siguiente de saber mi destino recibí un correo electrónico con remitente desconocido donde me animaban a alquilar una preciosa casa por un precio

bastante asequible. Así que, sin pensármelo dos veces, acepté y me lancé a la aventura.

—Señorita Blanca, pase por aquí —me dijo una mujer de unos sesenta años, bajita, de pelo cano y regordeta, que me miraba por encima de unas minúsculas gafas que hacían malabares para no caerse del pegote que tenía por nariz.

Me sentía nerviosa. No sabía bien si había escogido la vestimenta adecuada para ese «ansiado» primer día de trabajo en la oficina del forense. Estaba segura de que el caso más difícil que me encontraría durante el siguiente año sería el de algún vejete que se hubiese roto la crisma por pasear demasiado cerca del río. Eso no podía negarlo: las vistas y el sitio eran espectaculares para pasar un fin de semana romántico de vacaciones. Pero, por favor, cuando investigué un poco dónde estaba metiéndome y miré en Google Maps, descubrí que en todo el maldito pueblo solo había una calle con nombre, y encima la traducción era «calle Estrecha», porque se trataba de la más estrecha de todas. Original, ¿verdad? Y en vasco, por cierto. Yo, que hablaba andaluz cerrado... Sería muy divertido vivir allí. Menos mal que los muertos ni hablan ni se lamentan. El rector me dejó bastante claro que una sola queja y estaría fuera del curso y, por consiguiente, de mi carrera. Y terminaría en alguna hamburguesería tirando a la basura todos los años de suplicio e insomnio delante de un ordenador.

La señora me acompañó por un pasillo hasta un despacho que olía a rancio y a humedad. Al entrar, vimos detrás de una mesa de roble macizo a un hombre, casi seguro mayor que mi nueva amiga, al que se le marcaban los pómulos y unos surcos negros bajo los ojos. Su extrema delgadez le daba apariencia de zombi de película mala de terror. Levantó la mirada al vernos, y cuando intentó hablar, se atragantó con su propia saliva y se puso a toser como si fuese a morir de un momento a otro. La adorable anciana corrió a su lado, le puso un pañuelo en la boca y le acercó un vaso de agua. «¿Dónde diablos me he metido?», pensé, suspirando y aguardando por si tenía que hacerle una traqueotomía o abrirlo en canal directamente y estrenar las instalaciones.

—¿Es usted la nueva becaria?

«No, soy la muerte y vengo a llevarte».

—Sí, señor.

—Me alegra tener sangre fresca por estos lares. Hacía mucho que nadie contaba con nosotros para mandar a alguien —me confesó demasiado entusiasmado para mi gusto—. El doctor Haize le enseñará su lugar de trabajo. Tenemos muchísimo papeleo atrasado, así que será emocionante para usted. Estamos en pleno proceso de cambios. Nos han instalado las nuevas tecnologías y tenemos que pasar todos los documentos a ordenador. Nos vendrá muy bien su ayuda.

«Perfecto. Todos estos años de estudio y de diseccionar cadáveres para terminar de secretaria. El sueño de mi vida...».

El hombre, del que todavía no conocía el nombre, pulsó un rudimentario botón de una maquinita que parecía un contestador antiguo y un ensordecedor pitido salió de su interior. Casi me dejó sin tímpanos, pero a la familia de los Adams pareció no molestarles; creo que más por sordera que por costumbre.

En unos segundos, la puerta se abrió a mi espalda y entró un sonriente morenazo de unos treinta y pocos, de ojos marrones, pelo corto, gafas oscuras y manos de leñador. Me miró de arriba abajo logrando que me sonrojase, que pusiese cara de estúpida y moviese los pies como una auténtica paleta de pueblo. Bueno, tampoco iba a desentonar demasiado con el resto mientras este adonis estuviese cerca de mí.

—Haize, esta es la señorita Blanca. ¿Te importaría enseñarle nuestras instalaciones? —le pidió amablemente el hombre, sonriendo y encogiendo los ojos hasta el punto de que estos desaparecieron entre sus arrugas.

—Por supuesto. Sígame.

Anduvo delante de mí unos metros. Medía más de uno ochenta y tenía paso firme y decidido. «A lo mejor no será tan malo estar aquí a su lado recopilando expedientes de la prehistoria», pensé, hasta que entramos en una habitación sin ventanas con pilas de papeles polvorientos amontonados a ambos lados de una destartada mesa con un ordenador, de cuando yo jugaba al solitario, sobre ella. Creo que mi cara de decepción fue lo bastante notoria como para que el hombre se sintiese incómodo, me mirase e intentase disculparse, haciéndome sentir una malísima persona.

—No pasa nada, todo es cuestión de acostumbrarse —disimulé.

—Hace muchos años que estas dependencias no funcionan como tales. Están pensando en cerrarlas y que todo se centre en la que hay en la capital, pero mi padre se niega a dar su brazo a torcer y aquí seguimos.

—Bien, ya me dejas mucho más tranquila. Cuando salga de aquí y esté en un sitio de verdad, me sentiré totalmente preparada para lidiar con un homicidio, un suicidio o un desmembramiento.

—Te enseñaré dónde no tendrás nunca que batallar con nada de lo que acabas de decir —me animó mientras sonreía. Tenía de esas voces varoniles que cuando se ríen es como si hiciesen eco en tu interior y perdurase el sonido más de lo normal.

Bajamos las escaleras que había justo al lado del cuartucho donde viviría los siguientes trescientos sesenta y cinco días y fue como meterme en un vórtice en el tiempo. Las paredes estaban cubiertas de azulejos pequeños y blancos con las juntas negras, los peldaños eran de piedra, y si la abertura por donde descendimos hubiese tenido cinco centímetros menos, mi trasero no habría cabido por ella. El pasamanos era un tubo metálico oxidado pintado de verde que había visto tiempos mejores. En la planta baja, las luces del pasillo parpadeaban como en las películas de terror cuando alguien está justo a punto de salir con un hacha, y al fondo de la centelleante luz se vislumbraba una puerta doble con unas ventanitas opacas y circulares en su parte superior. Estaba comenzando a alegrarme de estar en el cuartucho en vez de allí abajo.

Las bisagras de las puertas chirriaron escandalosamente en cuanto las abrió. Jamás imaginé que el interior de aquel sitio podría ser todavía peor de lo que hasta ese momento había visto. Pero sí, podía serlo. Recuerdo haber encontrado en Internet una página de antiguos hospitales abandonados en España con mejor pinta que aquello. Había una única mesa central hecha de los mismos azulejos que decoraban el pasillo en medio de la habitación, con una manguera y un desagüe en el centro. Una cámara frigorífica con capacidad para un solo cuerpo de acero inoxidable desentonaba con la arcaica mesa de disección hecha de mampostería que estaba justo a su derecha, y una vitrina de cristales con material quirúrgico, digno de cualquier museo que se precie, era todo el mobiliario que contenían aquellas «instalaciones forenses». Me pareció demasiado fuerte ponerme a hacer fotos a todo y subirlas a mi perfil de Facebook delante de él, pero en cuanto tuviese la oportunidad, y aunque me muriese de miedo en el intento, bajaría de nuevo y las haría. Por cientos de *likes*, merecía la pena el mal trago.

—¿Tienes ya dónde hospedarte?

—Sí, se supone que en una casita igual que todas las demás, pero como no hay nombres en las calles, no tengo ni idea de dónde queda —reconocí

malintencionadamente.

—No te preocupes. Por hoy, creo que ya has tenido bastante. Si quieres, te acompaño —se ofreció cortésmente. Si supiese que dentro de mis pensamientos ya nos habíamos casado, tenido tres hijos y un perro, seguro que no sería tan agradable conmigo. Tras decirle el nombre de la persona que me había arrendado la casa, supo al momento de quién se trataba—. No está lejos de aquí. Te darás cuenta de que todo está cerca. Es lo bueno de vivir en un pueblo.

Sacamos la maleta del coche y dimos un paseo hasta mi nuevo hogar. Cruzamos un río que dividía la pequeña localidad en dos. Era todavía invierno, pero hacía muchísimo calor y el temprano deshielo de los Pirineos había logrado que el cauce estuviese casi rozando con los adoquines del puente por el que estábamos cruzando. El olor a hierba mojada, a humedad y a la leña de alguna rezagada chimenea aún encendida era un aroma nuevo para mí, y casi podía oír el chasquido de los leños al pasar frente a las puertas de algunas casas.

Estaba anocheciendo. La sonrisa de la luna nos seguía en nuestro paseo y se reflejaba en las tranquilas aguas que nos rodeaban. Nos paramos en una casita con ventanales llenos de maceteros con flores y me presentó a mi nueva casera, una mujer de unos cincuenta años, con el pelo negro, delantal de cuadritos y olor a natillas y a canela, que me dio las llaves y se ofreció para ayudarme en todo lo que necesitase durante mi estancia, pero a la que por lo visto no le hizo mucha gracia que fuese con Haize.

Por fin llegamos a una casa baja un poco más alejada de las demás, con un pequeño porche en la entrada rigurosamente vallado por maderas blancas de media caña que rodeaba un bonito patio delantero sembrado con las mismas flores que colgaban de los balcones anteriores.

—Gracias por acompañarme —me despedí, sin saber si darle dos besos, la mano o invitarlo a entrar.

—De nada. Ya es tarde, y Nora me espera en casa para cenar. Mañana nos vemos a las ocho junto a las oficinas. Hay un pequeño bar donde podemos desayunar. Que pases buena noche. —Me sonrió y se alejó con las manos en los bolsillos y el cuello de la chaqueta levantado. De pronto, la idea de esa tal Nora esperándolo no me hizo ninguna gracia. ¡Todo mi gozo metido en un pozo!

La casa era pequeña y acogedora. Lo primero que encontrabas era el salón con su correspondiente chimenea, sus tronquitos perfectamente apilados junto a ella, cortesía de la mujer con olor a dulces, y una butaca frente a una mesa con falda de camilla de terciopelo como las que ponía mi abuela cuando era pequeña. Constaba de un dormitorio y un baño. Juraría que desde el exterior había visto una ventana más, pero tampoco sería capaz de asegurarlo; el viaje había sido agotador y mis neuronas no es que estuviesen al cien por cien en esos instantes.

Después de darme una larga y merecida ducha, me acosté en un colchón extremadamente blando que te abducía como si quisiese comerte. Encendí mi ordenador portátil y, cuando intenté abrir la página del navegador, casi lloré. Las barritas de la señal de Internet estaban bajo mínimos y no sabía si gritar o llorar. Estaría casi un año incomunicada, lejos de todo y de todos, y encima sin redes sociales. ¿Podría pasarme algo peor?

Volví a ver la película *Cuando te encuentre*, de Zac Efron, la cual tenía descargada, y me dormí soñando con que yo era la cuidadora de perros separada y buenorra que se acostaba con el jovencito de ojos verdes. Pero, de pronto, mi sueño cambió. Ya no estaba entre las piernas de mi adorado soldado. Lo último que recuerdo fue una sensación de frío por todo mi cuerpo. Noté cómo mi vida se iba con cada pequeña bocanada de aire que me permitía tomar. El agua incesante caía en mis pupilas impidiéndome ver al captor. Sé que intenté luchar todo lo que pude y más; nunca fui de rendirme ante las adversidades. Pero por alguna extraña razón, lo que para mí era una fuerza extrema traducida a la realidad, se trataba del simple aleteo de un pajarillo asustado. Aquello dejó de parecer un sueño y se convirtió en una oscura realidad. Creo que logré arañarlo y me animé a mí misma, pues si moría allí, al menos encontrarían su piel bajo mis uñas. Luego llegué a la conclusión de que estaban sumergiéndome en el agua, y fue entonces cuando mi esperanza se debilitó y mi visión se apagó.

Desperté de un salto cayéndome de la cama al suelo, temblando, asustada y empapada en sudor. Tenía un horrible dolor en el pecho. Fui corriendo al cuarto de baño a beber un poco de agua y, cuando me miré en el espejo, vi cómo un moratón comenzaba a extenderse por mi pecho. Sin dejar de observar mi reflejo, me llevé la mano al cuello para echarme agua e intentar tranquilizarme y convencerme de que todo había sido un mal sueño, una pesadilla que no podía lastimarme.

Llené un vaso de agua y regresé al dormitorio. Por el pasillo le di un trago, y al bajar la mirada y ver las uñas de mi mano derecha ensangrentadas y rotas, comencé a tiritar de nuevo. Se me cayó el vaso, haciéndose añicos y derramando el agua por todo el suelo. Me quedé petrificada mirando cómo el charco se movía hasta una rendija que había pegada a la pared y desaparecía, dejando solo los restos de vidrio. Corrí a la cama como una niña pequeña, me tapé la cabeza con las sábanas e hice algo que hacía mucho que ni pensaba: recé.

Casi no pude pegar ojo en toda la noche. Me daba miedo cerrarlos y volver a ese lúgubre lugar. Me levanté una hora antes de que sonase la alarma del teléfono. Recogí los cristales del pasillo y me agaché para investigar por dónde se había evaporado el agua. Rasqué un poco con la uña en la junta entre el suelo y la pared y noté una diminuta abertura entre ambos. Salí al patio en pijama, aún a oscuras, y conté las malditas ventanas. La noche anterior estaba en lo cierto: había una donde debería estar el pasillo. Pero cuando pegué mi cara a ella para ver en su interior, me topé con un puñado de tablones perfectamente puestos. Tenía que preguntar por qué habían tapiado esa habitación. ¿Y si estaba viviendo con un cadáver? Sí, vale, era forense — o, al menos, esperaba serlo—, y eso de tener a un muerto al lado no debería ser ningún problema para mí, pero la noche anterior realmente pasé miedo.

—Blanca, respira —me dije en voz alta, intentando calmarme y volver a recuperar la cordura.

—¿Sucede algo? —me preguntó alguien, tocándome el hombro.

Pegué el salto y el grito más estúpido que había dado en toda mi vida. Agarré la mano que estaba sosteniéndome e intenté hacerle una llave de kárate o qué puñetas sé lo que intenté, y me quedé en una postura todavía más comprometida que la anterior. En mi cabeza, el agresor tenía que pasar sobre mí y quedar derrotado a mis pies, pero en la práctica, al tirar de él y no tener fuerza suficiente para ni siquiera moverlo, fui yo la que me desplazé hasta su cuerpo, quedándonos los dos pegados como las galletas Oreo, pero sin relleno.

—Blanca, tranquilízate.

—¿Que me tranquilice?! ¡Me has dado un susto de muerte! —le grité a Haize mientras algo mojado y baboso me chupaba la mano, haciendo que diese un respingo y cayese encima de las dichosas flores del camino.

Entonces, un labrador de color blanco me plantó las dos patas sobre el pecho, doliéndome más de lo que debiera, y me lamió la cara de arriba abajo.

—¡Nora, no! ¡Aquí! —le vociferó al perro a la vez que lo sostenía de la correa y lo alejaba de mí—. Disculpa. Te he visto aquí a estas horas y pensaba que sucedía algo.

—¿Nora es la perra?

—Sí —me respondió, y me tendió la mano para levantarme.

—Estoy bien... Eh..., tan solo quería comprobar de dónde era esa ventana —titubeé, llena de babas y barro. De pronto, su semblante afable se tornó siniestro y se le endureció la mirada.

—No lo sé, estas casas son antiguas. Nos vemos a las ocho.

Su repentina actitud hosca hizo que mi curiosidad se incrementase todavía más. Me metí en la ducha rápidamente para salir de allí cuanto antes y volver a la civilización, si es que a aquello podía llamársele así. Una vez que estuve de nuevo frente al espejo y el vaho se disipó, reapareció el extraño hematoma en mi pecho. Me vestí con lo primero que pillé y fui prácticamente corriendo a la cafetería casi más asustada de lo que lo había estado antes.

Gracias al cielo, el olor a café y a pan de campo recién hecho hizo que mis miedos se mitigaran, y cuando vi un cartelito en una de las paredes donde ponía «Hay wifi», la sonrisa volvió a mi cara. Mientras daba buena cuenta de un desayuno de campeonato y cotilleaba los muros de mis amigos, fui la persona más feliz del mundo. Me pregunté qué haría la gente antiguamente para conseguirlo.

—¿Vas a ir de senderismo a la Selva Irati?

Levanté la vista de mi teléfono, malhumorada por la interrupción, y vi a una chica de unos treinta años, con el pelo rizado, negro como el hollín y recogido en una cola alta, ojos color avellana, dentadura perfecta, cuerpo de vértigo y mirada angelical. Llevaba puesto un delantal y estaba apoyada con una mano en mi mesa, sonriéndome.

—No, trabajo aquí —le respondí, dando por zanjada la conversación para que me dejase tranquila.

—Conozco a todas las personas que viven, han vivido y casi vivirán aquí, y perdona que te diga, pero tú no eres una de ellas —insistió con curiosidad. Le dio la vuelta a la silla que tenía frente a mí, se sentó y me miró con

renovado entusiasmo.

—Hola, me llamo Blanca. Soy la nueva ayudante de forense.

—¿Trabajarás con Haize? —me preguntó sin presentarse, frunciendo el ceño.

—Al parecer, sí.

—Bueno, ten cuidado. Puede resultar encantador, pero no es oro todo lo que reluce —agregó. Se levantó de nuevo y se metió detrás de la barra.

—Buenos días, Blanca —me saludó Haize mientras colocaba la silla derecha y se sentaba donde acababa de estar la extraña camarera.

—Ya estoy terminando. ¿Desayunas?

—No, ya has visto que me he levantado temprano. Te espero en la oficina. —La misteriosa chica no le quitó el ojo de encima en ningún momento ni intentó disimularlo—. Adiós, Izar —se despidió de ella, devolviéndole la mirada y saliendo de allí demasiado rápido.

—¿Habéis tenido algo? —le pregunté cuando fui a pagar, a sabiendas de que podía mandarme a paseo.

—No creo que nadie de por aquí tuviese nada con él, y te recomiendo que tú tampoco lo hagas.

Salí de allí pensando seriamente en montarme en el coche y regresar a mi tranquila y cómoda casa del sur, donde la gente no es tan enigmática y no me ataca nadie mientras sueño. Pero justo cuando estaba frente al capó barajando la opción, la mujer agradable del día anterior me agarró del brazo y me dio un envase de plástico aún caliente con comida. Me sonrió y me dijo:

—Te he traído el almuerzo. Estoy segura de que no te habrá dado tiempo de preparar nada —concluyó. Me empujó dentro de la casa del terror hecha morgue, mandando al garete mi plan de huida.

Capítulo dos

La morgue

Me senté en mi recién heredado despacho, mirando la cantidad de escritos que me rodeaban. Suspiré y me dije a mí misma: «Blanca, vamos por partes, como dijo Jack el Destripador». Tenía la mala costumbre de hablar sola en voz alta cuando me agobiaba o me ponía nerviosa. El ordenador iba lento de narices, y el programa donde se suponía que tenía que meter los datos de los difuntos se bloqueaba cada vez que mis dedos intentaban ir más rápido que él. Aquello era desesperante.

La amable señora me había traído una taza de humeante café a media mañana, cosa que le agradecí sobremanera porque, después de la nochedita, no es que hubiese dormido demasiado, y mi nuevo trabajo era realmente soporífero. Cuando estuve a punto de darle el primer trago, alguien abrió escandalosamente la puerta, golpeándola contra la pared y volviendo a asustarme. La bebida voló por los aires y manchó algunos de los papeles que estaban apilados en el suelo. Esta vez sí que no pude evitar soltar un impropio de los míos:

—¡Me cago en la puta! ¡¿No sabe llamar?!

—Disculpe, se me había olvidado que los jóvenes tenéis un corazón pequeño hoy en día —me respondió un hombre de unos sesenta años, ataviado con un polo rojo, unos pantalones grises metidos por dentro de unas botas negras militares, una pistola a un lado del cinturón y una porra en el otro—. Siento haberla sobresaltado, solo quería presentarme. Mi nombre es Ekaitz, soy subinspector de la Policía Foral, trabajo en Elizondo, pero nací en este tranquilo pueblo, y digamos que me encargo de que eso siga siendo así. Si hay algún problema, solo tiene que preguntarle a mi hija Izar por mí. Es la que regenta el bar de la esquina.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta —le respondí mientras recobraba la compostura y me agachaba rápido para intentar salvar los documentos que acababa de manchar.

—Aquí se sentirá como en su casa —terminó diciendo, mirándome fijamente. Salió y dio otro sonoro portazo, poniendo a prueba mi paciencia.

Puse a secar los folios, rezando porque aún fuesen legibles, y continué transcribiendo como un autómata. Tantos años estudiando, finalmente habían dado sus frutos: era una experta mecanografiando. Si terminaba aquello pronto, a lo mejor me dejaban regresar a mi casa antes del año. Me ilusioné.

Las fotos de los archivos dejaban bastante que desear. Algunas estaban hechas con la típica cámara Polaroid antigua de las que salían al momento y la mayoría habían perdido la nitidez. Cuando estuve un poco harta de escribir y empezaba a no notar me las yemas de los dedos, me puse a husmear entre ellas. Coloqué los pies sobre la mesa, me recosté un poco en la silla de polipiel y pillé los papeles que se habían mojado, argumentándome que era para comprobar que todo estaba bien y no por puro cotilleo.

Empecé a observar las fotos de los cadáveres. Las instantáneas con mejor calidad constaban de hacía unos veinte años. Comencé a pasar carpetas. En su mayoría eran de personas mayores y con causas de muerte natural. Cuando intenté despegar los restos de café de las páginas que más habían sufrido por mi torpeza, mis ojos se encontraron con el rostro de una joven rubia, con los labios azulados y la tez blanca como la nieve. Me quedé mirándola fijamente, abducida por su belleza. Incluso estando muerta, llamaba la atención. Creí ver que algo se movía en la fotografía cuando la acerqué más para verla mejor. A la muchacha se le abrieron los párpados, mostrándome unos iris y unas pupilas completamente blancos, lo que hizo que la tirase lejos y que gritase como jamás lo había hecho. Llegué incluso a caerme de la silla. Muchas veces había visto ojos de cuerpos sin vida, pero los que acababan de mirarme me petrificaron y me helaron la sangre. Y qué narices, ¡era una fotografía!

Haize entró corriendo en el cuarto, alertado por mi berrido, y me encontró otra vez en el suelo patas arriba y temblando. Cuando vino a ayudarme, pisó parte de la foto que me había angustiado. Se detuvo, la cogió, la limpió y me miró como si fuese a asesinarme.

—¿Qué hace esto aquí?

—Estaba pasando los datos y, de pronto, yo...

—¡¿Tú qué?! —vociferó.

Si le contaba lo que creía que acababa de ver, mi cordura quedaría totalmente en entredicho, así que le mentí:

—Me he quemado con el café y me he caído de la silla. Ha debido desprenderse del montón.

—Blanca, sé que este trabajo puede no resultarte tan atrayente como el de diseccionar cuerpos en una gran ciudad, pero se trata de nuestro pasado, y te rogaría que lo hicieses con respeto. Si vas a continuar aquí, será mejor que te centres —me reprendió. Colocó de nuevo con sumo cuidado la foto dentro de su carpeta correspondiente, en la que en el exterior tan solo ponía el nombre de la fallecida: «Aintzira Azcoiti»—. Creo que será mejor que te ayude estos días, al menos hasta que cojas la dinámica —suavizó.

Mis ojos no podían apartarse del maldito dossier que contenía la información de la tal Aintzira, pero no me atreví a volver a sacar el tema ni a siquiera rozarlo. Creo que estaba demasiado asustada como para hacer cualquier otra estupidez. Me pasé el resto del día mecanografiando lo que Haize me dictaba. Pese a sus intentos por volver a parecer el agradable hombre que conocí el día anterior, algo en su mirada había cambiado desde que pisó la fotografía. Cada vez que lo pillaba por el rabillo del ojo observándome me ponía la carne de gallina, y no precisamente de forma romántica. Los minutos y las horas se pasaron lentísimos sin que casi levantase la cabeza del teclado.

—¿Tenéis pensado trabajar toda la noche? —nos preguntó su padre, asomando la cabeza por la abertura de la puerta.

—Cierto, es tardísimo. No te preocupes, yo recojo —se ofreció, y cubrió la carpeta en cuestión con un montón de papeles.

Intenté que creyese que no me había dado cuenta, pero el problema era que sí lo había hecho. Mi modo cotilla gatuno estaba empezando a quemarme demasiado por dentro.

Decidí parar en el bar a tomar algo de cena. De todas formas, tampoco es que estuviese loca de alegría por regresar a la casa. Además, la única persona que podía darme algo de información se encontraba allí, así que no tenía nada que perder.

Caminar con el frío viento en la cara por las calles empedradas y cruzar el precioso puente medieval que dividía el pueblo en dos hacía que me olvidase de todo y que simplemente caminase sin rumbo, hasta que me topé con la puerta de una estación patatera, en ese momento en desuso. Era viernes y el local de la derecha de la antigua patatera estaba un poco más ambientado que por la mañana. Había algunos jóvenes tomando cervezas en la terraza y desde fuera se oía bastante jolgorio.

Por fin me decidí a entrar y pasar desapercibida, pero justo cuando abrí la puerta me tropecé con una mujer morena, de pelo lacio, ojos negros y buena figura, y le derramé el vaso de vino que llevaba sobre un precioso suéter rosa, dejándole una mancha considerable en el pecho y otra a mí. Con el estruendo de los cristales, tanto los del interior como los de fuera se giraron y nos miraron en silencio. La muchacha comenzó a ponerse roja. Pensé que iba a explotar de un momento a otro cuando. De pronto, salió Izar en mi auxilio, bayeta en mano incluida, que se la colocó encima y me agarró del brazo para que me quitase de en medio.

—Si es que no miras por dónde vas, Nahia. ¡Fíjate cómo has puesto a la nueva doctora! —A Nahia le faltó echar humo por las orejas, pero para cuando quiso responder, nosotras ya estábamos en la otra punta del bar.

—Gracias.

—No es nada. Has ido a tropezar con la menos simpática del pueblo. No tenía ganas de recoger tu sangre de mi suelo.

—Bueno, de todos modos, gracias.

Izar me puso una copa de cerveza delante junto con un pincho de tortilla y se marchó de nuevo para seguir corriendo de un lado a otro de la barra. Me quedé allí sentada, sintiendo cómo los ojos de Nahia se clavaban en mi nuca incluso a través de los cristales. Cogí mi portátil y busqué en Google el nombre que no se me borraba de la mente: Aintzira Azcoiti. Después de mucho indagar, tan solo encontré un pequeño artículo de un periódico local en el que decían que se trataba de una joven encontrada en la Cascada del Cubo, a unos veinticuatro kilómetros de allí, pero no decía nada de cómo murió. Lo que sí había era una foto de la chica sonriendo junto a dos amigas. Por mucho más jóvenes que estuviesen, no dejé de reconocerlas.

Cuando el bar estuvo casi vacío, me atreví a preguntar directamente:

—¿De qué conocías a Aintzira?

A Izar casi se le cayó la bandeja cuando escuchó su nombre.

—Veo que has estado investigando.

—Un poco.

—Era una chica del pueblo que se ahogó. No la conocía de mucho.

—Pues si es así, será mejor que le pregunte a Nahia, a ver si ella tiene un poco más de memoria —me atreví a amenazarla. La verdad es que las cinco

copas de cerveza que acababa de tomarme me habían ayudado bastante a sacar el coraje suficiente para hacerlo.

—Ni se te ocurra, ¿me has oído? Ven mañana por la mañana a primera hora cuando no haya nadie y hablaremos. Por ahora, te recomiendo que te vayas ya.

No supe bien si era un consejo o una advertencia, pero, por si acaso, tampoco me detuve a preguntar, así que asentí, recogí mis bártulos y regresé al hogar, dulce hogar...

Al llegar a la entrada me quedé paralizada, e inconscientemente me llevé la mano al pecho. El dolor de la noche anterior surgió de nuevo como si nunca se hubiese ido. Escuché unos ladridos a lo lejos y, en la penumbra del camino, pude vislumbrar la figura de un hombre con su perro. Las piernas comenzaron a temblarme y me metí corriendo en la casa sin saber qué me asustaba más, si encontrarme con Haize o enfrentarme a mis locuras en el interior de la vivienda. Cerré la puerta de golpe, encendí la luz y me quedé con la espalda pegada a ella, mirando el pasillo que me separaba del dormitorio.

—No hay nada que temer —me dije en voz alta, dando pasos excesivamente largos para llegar cuanto antes.

Me metí en la cama, me cubrí hasta la cabeza de nuevo y cerré los ojos con fuerza. De pequeña contaba ovejitas, pero creo que si, en ese momento, en vez de eso recordaba el tiempo que hacía que no mantenía relaciones sexuales, al final me deprimiría y me dormiría antes.

El sonido del agua cayendo, similar al de una cascada, me despertó. En un principio pensé que se trataba de un sueño, pero cuando apoyé los pies en el suelo, pisé un gran charco que provenía de la oscuridad del pasillo. Anduve con cuidado hasta el baño, procurando no resbalarme, y encontré el grifo de la bañera abierto y esta rebosando hasta el punto de casi inundar la casa entera. Eran las cinco de la mañana y tuve que ponerme a recoger agua antes de que todos los muebles se echasen a perder. Finalmente logré salvarlos, pero el papel pintado de las paredes no corrió la misma suerte. Intenté secarlo con un trapo lo mejor que pude. Al llegar a la zona menos húmeda pero extrañamente más dañada, tiré con cuidado de una lasca, descubriendo detrás de ella algo de madera.

De pronto, escuché el tictac de un reloj detrás de lo que fuese que hubiera

allí. El papel ya estaba roto, por lo que tampoco iba a hacer nada malo. Habría que cambiarlo de todos modos, así que fui a la cocina, cogí un cuchillo y continué arrancando los restos, que ocultaban una puerta sin picaporte. En el centro, en la parte superior, había un cartel pegado decorado con unas desgastadas estrellitas rosas, y en su interior, casi borrado por el tiempo, podía leerse: «Aintzira».

En cuanto mi mente reconoció el nombre, me alejé como si de repente la puerta me quemase. Cuando recuperé la respiración, me agaché y miré por el orificio donde debería estar el pomo para así poder investigar qué había dentro. Los paneles de madera que tapaban la ventana de la habitación secreta permitían que un poco de luz de luna se adentrara en el cuarto y saliese un pequeño rayito de esta por la abertura. En el momento en el que mi ojo rozó la improvisada mirilla, otro desde el lado contrario me devolvió la mirada; blanco, sin vida, sin expresión. Me quedé allí inmóvil, mirando fijamente aquello, hasta que mi cerebro atesoró la fuerza de voluntad suficiente como para ordenarle a mi cuerpo que saliese de allí lo más rápido que pudiese. Descalza y en pijama, llegué al bar de Izar sin aliento y con el corazón a punto de salirse por la boca. Me senté en una silla de la terraza y aguardé hecha un ovillo, temblando tanto por el frío como por el miedo a que alguien apareciese.

Desperté en una mullida y calentita cama. Por unos segundos creí que estaba en mi casa, en mi ciudad, en mi vida. Sin embargo, cuando me giré y abrí los ojos, reconocí la ventana de la casa de alquiler. Me incorporé de un salto e intenté levantarme, pero, de pronto, la habitación comenzó a darme vueltas; tenía fatiga y un terrible dolor de cabeza. Miré el reloj y, para mi sorpresa, eran las dos de la tarde. No comprendía cómo había dormido tanto. El sueño de la noche anterior pareció tan real que incluso ahora, que estaba despierta y con la luz del día dándome en la cara, continuaba teniendo el corazón encogido. Decidí bajarme del mundo y volver a acostarme cuando, inesperadamente, Izar entró en el cuarto, sonriente.

—Si la Bella Durmiente ha decidido regresar a la vida, creo que tenemos que hablar.

—¿Qué haces aquí?

—De nada por salvarte de una muerte segura por hipotermia.

—¿No fue un sueño?

—¿Lo de creerte una ninfa e ir por el pueblo en pijama y descalza a las cinco de la mañana? Pues mira, no. —Salí corriendo de la cama y me dirigí al pasillo en busca de la maldita puerta. De día y con ella a mi lado podría enfrentarlo. Pero cuando llegué, todo estaba como si no hubiese sucedido nada—. ¿Dónde vas? Aún estás débil, casi te da un chungo. Te hablo en serio —me dijo antes de que tocase la pared.

—¡¡¡Aquí había una puerta!!! ¡¡¡Yo la vi!!!

—Acuéstate y descansa.

—No, quiero irme. ¡No estaré en este maligno lugar ni un segundo más!

—Es por las cervezas de anoche. Tienes resaca y casi te mueres congelada. Menos mal que hoy he llegado antes a abrir y te he encontrado temblando en una silla, si no, estoy segura de que habrías muerto.

—Pero la puerta...

—¡Olvídate de la jodida puerta! Descansa —me ordenó, y me acompañó a la cama—. Mi padre se encargó de traerte aquí y llamó a tu querido doctor Haize. Él te dio no sé qué para que entrases en calor y, cuando se marchó, me avisó para que te cuidase.

Tanta información de golpe estaba consiguiendo que volviese a marearme. Confusa, la obedecí y me acosté.

—¿Te quedarás conmigo?

—Por supuesto. ¿Quién te crees que soy? —afirmó. Me dio un cariñoso golpe en el hombro y se sentó a mi lado en la cama mientras me acariciaba el pelo.

—Creo que estoy volviéndome loca —le confesé antes de dormirme.

Capítulo tres

La habitación secreta

Creo que soñé cosas raras el tiempo que estuve durmiendo. Cuando desperté, tan solo podía recordar el gorgoteo de una cascada, una luz que me apuntaba a los ojos cegándome y el sonido de un reloj de fondo con su incansable tictac. De hecho, aún continuaba oyéndolo, así que me giré buscando la protección de Izar, pero en su lugar encontré una nota.

Ha llegado un autobús de turistas para visitar la Selva de Irati y he tenido que irme. Te dejo mi número por si necesitas algo. Besos, Izar.

Saber de pronto que me encontraba sola provocó que me entrase ansiedad. Siempre guardaba el inhalador para el asma cerca, pero en esta ocasión lo tenía en el bolso que estaba en el salón, por lo que no tuve más remedio que levantarme. Me detuve frente a la puerta del dormitorio, observando el pasillo como si fuese a aparecer algo de pronto. Tomé aire y anduve lentamente mirando a todas partes como si estuviese desquiciada, lo que incrementó mi asfixia. Justo cuando pasaba por al lado de donde se suponía que estaba la supuesta puerta, el corazón se me heló.

El sonido del reloj se amplificó como si de unos tambores indios se tratase. Corrí el resto de metros, agarré el ventolín y me eché cuatro dosis con manos temblorosas. Jamás en mi vida había sido cobarde o fácil de amedrentar, y el subidón del inhalador ayudó a que mis músculos me obedeciesen y regresase con paso firme hasta allí. En cuanto llegué, el sonido también lo hizo. Apoyé ambas manos en la pared y respiré hondo, percibiendo un aroma extraño. «¡Huele a cola de la que se usa para empapelar paredes!». Algo no andaba bien con todo aquello; no estaba volviéndome majara. Si eso era una vil artimaña para que no descubriese lo que ocurrió con la chica, estaban equivocándose de persona a la que embaucar.

Cogí un cuchillo y comencé a rajar la pared como lo hice la noche anterior. Busqué un destornillador y un martillo y desarmé la cerradura, dejando la puerta libre. Procuré no volver a mirar en su interior hasta que no fuese

estrictamente necesario. Usé la herramienta de palanca y la puerta cedió un poco. Me armé de valor y tiré fuerte de ella, levantando a la vez el martillo con la otra mano por si tenía que atizarle a alguien en la cabeza.

Tictac, tictac.

Lo que primero llamó mi atención fue el olor a flores. Pensaba que, después de saber el tiempo que aquella habitación había permanecido sellada en su interior, olería a cerrado como en las viejas buhardillas, pero no. Busqué a tientas un interruptor. Cuando se hizo la luz, me reveló el típico dormitorio de una adolescente perfectamente amueblado. Una cama con el edredón de vivos colores estaba ubicada justo debajo de la ventana con un cabecero blanco de forja con adornos florales. También había una mesita de noche a juego con la tapa de cristal, y sobre ella reposaba una lámpara de base redonda y hueca con hadas colgantes. Encima de la cama había dos cojines rosas con forma de corazón que, de haberlos visto en alguna tienda, seguro que los habría comprado, y las cortinas eran del mismo color que estos. Una mesa de escritorio estaba pegada a la pared, justo a la derecha de la puerta, y encima de ella se ubicaba una estantería con libros y un corcho con fotos, postales, entradas de cine usadas y cosas parecidas de las que cuando eres joven atesoras como si te fuese la vida en ello para no olvidar los mejores momentos de tu corta existencia y que, cuando empieza tu etapa adulta, terminan en el último rincón de un cajón para finalmente ir a la basura.

Aquel pensamiento me enterneció y di un paso al interior del cuarto mucho más serena que antes de reparar en todo aquello. Para concluir, un armario que abarcaba de pared a pared, provisto de un espejo desde el suelo hasta el techo en una de sus puertas, y una silla de escritorio con ruedas era todo lo que había en el interior, pero ni rastro del dueño o la dueña del ojo que me asustó, cosa que agradecí. Me senté en la cama y acaricié la colcha que la cubría como si de algo con vida se tratase. No sé el tiempo que me quedé en la misma posición, allí, sentada, mirándolo todo detenidamente casi sin pestañear. Me sentía como una intrusa que estaba husmeando en la vida de otra persona sin pedir permiso.

Por fin me levanté y abrí el gigantesco armario. Estaba lleno de ropa de todos los colores, cajas de zapatos y bolsos. Pasé percha por percha curioseando un poco cada prenda. Esa chica tenía un gusto muy parecido al mío. Era mucho más delgada que yo. Ni aunque hubiese querido probármela

me habría entrado nada de lo que había allí dentro, a excepción de los zapatos; ahí sí que teníamos el mismo número. No era mi intención usarlos porque sería una falta de respeto y, visto lo visto, no me encontraba en situación de enfadar a nadie.

Me senté frente a su mesa y rebusqué en los cajones sin saber qué estaba escudriñando. Apuntes de instituto, lápices de colorear, un estuche de maquillaje, pulseras y anillos de bisutería barata y unas gomas para el pelo, pero poco más que me pudiese revelar algo sobre lo que le sucedió. Consternada, me puse en pie y miré con más atención el corcho de los recuerdos. La misma foto de la noticia que había leído con las tres chicas sonrientes estaba en el centro. A su alrededor había otras cuantas más de ellas en un lago, y bajo el puente de pie sobre el río helado, riendo, una tira larga de un fotomatón con distintas poses, pero siempre coincidían los mismos rostros en todas.

Me llamó la atención una en la que Aintzira llevaba un gorro de pescador y al fondo se veía una pequeña cascada. Tenía algo escrito abajo con letra muy pequeña. Retiré la chincheta que la aguantaba y, en cuanto lo hice, otra escondida detrás cayó al suelo. Al cogerla, me topé con la cara de un joven Haize que sostenía a Aintzira en brazos en ese mismo lugar. Ambos se miraban a los ojos con complicidad. Quité el resto de las fotos y detrás de cada una de ellas había otra de ellos dos juntos. En unas se besaban y en otras sonreían. Hacían muy buena pareja, y de pronto me sentí celosa de ella, de esa aura que desprendían y que yo jamás había compartido con nadie. En la parte inferior de cada una ponía la fecha de cuando fueron hechas y el nombre de: «La Cascada del Cubo».

El teléfono comenzó a sonar. Apagué la luz, cerré la puerta y descolgué.

—Blanca, iba a pasar a visitarte para ver cómo te encontrabas —sonó la voz de Haize al otro lado.

—¡No! —exclamé rápida y bruscamente. Si venía, descubriría que había abierto el cuarto, y aún no sabía si era él quien estaba intentando ocultarlo.

—Pero ¿estás bien? Voy a ir a comprobarlo de todas formas, te pongas como te pongas. Nos has dado un buen susto.

—Necesito salir y airearme. ¿Nos vemos en el bar de Izar?

—De acuerdo. Si es lo que quieres, estaré allí en media hora.

De pronto, mi miedo se había esfumado por completo sin que pudiese explicar de forma racional por qué. Lo que necesitaba en esos momentos eran respuestas, y tenía que jugar en condiciones mis cartas si quería obtenerlas. Me duché y me arreglé como un sábado cualquiera en mi ciudad. Gracias al cielo, no tenía ninguna señal del extraño moratón del pecho, mi asma estaba perfecta y mi ánimo restaurado. Simplemente, me sentía bien.

Cuando llegué al bar, no había donde sentarse. Lo de que había llegado un autobús de turistas era cierto. El pueblo estaba animado, lleno de jóvenes y mayores, hablando y bebiendo tranquilamente, pero ni rastro de Haize. Me acerqué a la balaustrada del río para mirar el agua correr. Un poco a mi izquierda reconocí a Nahia hablando acaloradamente con alguien por teléfono. Me acerqué despacio para intentar escuchar, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, colgó como si intentase hacerle un agujero a la pantalla con el dedo, miró al cielo y se fue casi corriendo calle arriba.

—Siento haber tardado. Nora no estaba muy de acuerdo con eso de que la dejase en casa —me dijo Haize, quien había llegado a mi lado sin que me diese cuenta.

—¿La conoces? —le pregunté malintencionadamente, señalando a la mujer a lo lejos.

—Esto es un pueblo, nos conocemos todos.

—Y a Aintzira, ¿la conocías?

—Sí, la conocí. ¿Entramos? Creo que va a llover —me sugirió, cambiando de tema de nuevo.

Una vez dentro del bar, Izar me dio dos sonoros besos y miró con cara de asco a Haize. Cuando nos hubimos tomado cuatro cervezas y después de estar casi una hora hablando de distintas formas de afrontar el trabajo como forense, intenté retomar la conversación pendiente:

—¿Ella vivía donde yo me hospedo?

—Sí, esa era su casa. ¿Por qué sientes tanta curiosidad?

—Por como actuaste al ver su fotografía. Me llamó la atención. ¿Cómo murió? —me atreví a preguntar.

Haize suspiró, pidió unos chupitos y dos cervezas más y comenzó a hablar:

—Aintzira nunca quiso quedarse aquí. Ella quería viajar y conocer mundo. Yo, sin embargo, era más cobarde. Nunca me hubiese atrevido a marcharme

y decepcionar a mis padres. A ella le encantaba correr y nadar. Muchas mañanas salía y se hacía unos cuantos kilómetros antes de que incluso hubiese amanecido. Una mañana se fue y nunca regresó. Encontraron su cuerpo a los dos días a casi veinticuatro kilómetros del pueblo.

—Eso es mucho para una simple carrerita.

—No se sabe cómo llegó hasta allí. Ten en cuenta que nos conocemos todos, así que puede ser que alguien la acercase en coche. A ella le encantaba nadar —volvió a decir con la mirada perdida.

—¿Qué dice la autopsia?

—Agua en los pulmones, se ahogó.

—¿De qué tema tan divertido habláis que tenéis esas caras de muertos un sábado por la noche? —nos interrumpió Izar mientras se sentaba a mi lado.

—De trabajo —mintió Haize.

—Doctor, que usted sea un amargado no quiere decir que ella también lo sea. ¡Seis chupitos de tequila! —le gritó al chico que estaba tras la barra, mandando a paseo mi plan de sonsacarle más información.

Esa noche, llegar a la casa no me perturbaba en absoluto; ya sabía que no había nada dentro de la habitación. Asigné mis visiones al estrés del cambio tan brusco, y entre eso y que el suelo adoquinado se me movía de arriba abajo, no estaba yo como para comerme mucho la cabeza.

—Buenas noches —se despidió Haize en cuanto estuvimos en la puerta de la casa.

—Lo he pasado bien.

—Izar está como una regadera, pero es la mejor para animar a la gente.

—He notado que te tiene un poco de inquina.

—Ella estaba enamorada de Aintzira, pero eso es otra historia. —Se agachó, me dio un beso en la mejilla y se marchó con las manos en los bolsillos justo antes de que empezase a chispear.

Después de aquella noche, no supe realmente qué pensar de él. En un principio me pareció encantador, luego aterrador, y ahora mi corazón se aceleraba cuando se acercaba, pero seguía desconfiando. Me metí en la cama, no sin antes echar un vistazo a la habitación secreta y comprobar como una estúpida que todo seguía en su lugar y que no había nadie dentro, y me dormí

en segundos mientras el techo me daba vueltas.

Tictac, tictac.

De nuevo, el sonido del reloj me despertó, quitándome la poca borrachera que aún me quedaba. Encendí la luz y fui despacio hasta el cuarto. Las dos veces que había estado no había visto el dichoso reloj, pero juré encontrarlo y quitarle las pilas o enterrarlo en la entrada. Necesitaba dormir una maldita noche sin interrupciones. Al día siguiente, Izar me había prometido llevarme a hacer una ruta y necesitaba descansar.

Encendí la luz y eché un primer vistazo rápido, todavía con los ojos medio pegados, buscando el sonido. Agudicé el oído y me acerqué al armario. Definitivamente, venía de su interior. Lo abrí obcecada con hallarlo cuando, de repente, un trueno sonó desde el exterior y a continuación un fogonazo entró por las rendijas de las tablas de la ventana. Después, la luz se apagó y algo tiró de la pechera de mi pijama con fuerza metiéndome dentro del armario y golpeándome contra las perchas repetidas veces. Intenté zafarme sosteniendo el resbaladizo brazo de mi atacante, sin resultado alguno. Mientras las sacudidas iban aumentando su ferocidad, la ropa fue cayéndoseme encima junto con las cajas de zapatos del estante superior. De pronto, todo se volvió negro y ya no supe dónde estaba.

De nuevo, el timbre del teléfono me despertó. Intenté levantarme, pero me sentía como si un camión me hubiese pasado por encima. La cabeza iba a explotarme de un momento a otro. Me incorporé tambaleándome, me caí y me di un golpe contra la puerta aún abierta del armario. La única caja que quedaba en su interior me golpeó con fuerza una de las sienes y me hizo una herida con el pico. Me llevé la mano a la cabeza y noté cómo un líquido caliente me corría por el ojo. Como pude salí de allí, prometiéndome que no volvería a entrar jamás, y fui al cuarto de baño para mirarme. Efectivamente, me había abierto una pequeña rajita en la ceja. De sobra sabía lo escandalosa que era la sangre, y más en esa zona. Lo único que encontré fueron unas tiritas, así que me las puse, me vestí rápido y salí de allí como alma que lleva el diablo.

Cuando estaba cerrando la puerta, todavía con medio ataque de nervios y completamente dolorida, escuché de nuevo el tictac del reloj fantasma.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? ¡Vienes hecha unos zorros! —me preguntó Izar en cuanto me vio aparecer por la puerta del bar.

—Izar, no sé si contártelo. Me da miedo decirlo en voz alta y parecer una demente —le confesé con los ojos colmados de lágrimas.

Ella me abrazó, me besó la frente e intentó tranquilizarme:

—Necesitas un día de chicas en el bosque. Cuéntamelo cuando estés preparada.

Condujo media hora en coche. El aire fresco dándome en la cara, el olor a hierba mojada, el sonido de los pájaros y sentirme lejos de aquel horrible lugar consiguieron que mis latidos se normalizaran. Por fin llegamos a un sitio de cuento de hadas. Dejamos el coche en un aparcamiento, cruzamos un pequeño puente de madera y, a continuación, nos metimos por un sendero. Todo allí era digno de fotografiar, pero me había dejado el teléfono en la casa al salir corriendo. Me prometí que tendría que regresar.

Fuimos paseando a la sombra de hayas y abetos. Alcanzamos una señal que nos sacaba del camino en la que ponía: «A la Cascada del Cubo». De pronto, me quedé paralizada y recordé lo que me dijo Haize la noche anterior: «A Aintzira la encontraron en la Cascada del Cubo». Las piernas comenzaron a temblarme de nuevo y me pregunté cómo de bien conocía a esa chica, la que sabía de sobra que me había mentado sobre su relación con la difunta, y yo había tenido la brillante idea de adentrarme en un bosque desconocido con ella. Mi primera intención fue darme la vuelta y salir desfilando en dirección contraria, pero entonces Izar se giró, me dio la mano y me ayudó a cruzar por el estrecho nuevo camino. Suspiré e intenté disipar mis miedos.

Nos sentamos frente a una preciosa cascada. Izar sacó de la mochila dos cervezas, me dio una y se quedó mirando el agua caer. En cuanto escuché el sonido del gorgoteo del río, un pequeño *déjà vu* cruzó delante de mis ojos como si estuviese reviviéndolo en ese mismo instante. Noté de nuevo cómo alguien me sumergía. De repente, el oxígeno dejó de entrar en mis pulmones y la visión se me enturbió. La sensación de angustia y pánico llenó cada milímetro de mi ser. Abrí los ojos en un intento por sobrevivir, pero lo único que vi fue un colgante que oscilaba frente a mí con un dibujo de una esvástica curvilínea de brazos redondeados a la derecha, parecida a un trébol de cuatro hojas.

—¿Blanca, estás bien? —El zarandeo de Izar me devolvió a la realidad. Para mí acababan de pasar los cinco peores minutos de mi vida, pero, al parecer, para el resto del mundo tan solo me había dispersado durante

algunos segundos—. ¿Se puede saber a dónde te has ido?

—Sé que no tienes por qué creerme, pero algo está sucediéndome desde que llegué a este pueblo. No duermo, tengo pesadillas, recuerdos que no son míos, y luego está esa habitación. ¡Hay algo que quiere matarme allí dentro! —exclamé sin respiración. Sollozando como una cría, me lancé a sus brazos y apoyé la cabeza en su pecho.

—Hacía tiempo que no te veía venir por aquí, y menos en este día.

La voz de Haize me sorprendió. Me levanté rápido y avergonzada, como si acabasen de pillarme haciendo algo indebido o como si tuviese que darle alguna explicación de por qué estábamos allí las dos a solas.

—Pensé que sería un buen día como otro cualquiera para enseñarle a Blanca este lugar.

—Haize, nosotras solo... —empecé a titubear, aún angustiada y ruborizada.

Él se sentó, sacó un libro —*El Último Susurro*, pude leer en la portada— y agregó:

—Espero no interrumpir nada. Si no os molesta, me uno a la excursión.

—Tú mismo —le respondió Izar de malos modos, sin que eso le importase en absoluto a nuestro nuevo acompañante.

—¿De qué hablabais?

—De que Blanca no se siente cómoda en este pueblo. Echa de menos su tierra —mintió ella. La sinceridad era algo que brillaba por su ausencia entre ambos.

Saqué de mi bolso un lápiz y un cuaderno, los ignoré y me puse a dibujar lo que había visto antes de que se me olvidase, aunque mucho me temía que eso no se me iría de la mente fácilmente.



—¿Sabes qué es este símbolo? —le pregunté a Izar, mostrándole mi obra de arte, mucho más relajada.

—Es un lauburu —me respondió Haize, asomándose por encima de mi hombro y apoyando la barbilla en él—. Realmente, tienes curiosidades peculiares. ¿Dónde lo has visto?

—En un medallón.

—Un lauburu con las aspas en ese sentido significa muerte; al contrario, vida. Es una antigua esvástica vasca ya casi en desuso, pero aún la encuentras en tumbas o en fachadas de casas. En el cuarto donde mi padre guarda los trastos hay una porque aún mantiene la portada original —me explicó Izar, intentando parecer superior a Haize. Sin lugar a dudas, la rivalidad entre ellos comenzaba a resultar infantil.

—¿Sabéis si en la casa en la que vivo había algún reloj antiguo?

—No. A Aintzira no le gustaba llegar puntual y detestaba el estrés. No creo que dejase que su madre tuviese ninguno de esos —me dijo Haize, poniendo expresión de tristeza en el semblante. Iba a continuar hablando cuando sonó la desconsolada melodía de Sinsajo, de la película *Los Juegos del Hambre*, en el teléfono de Izar. Adoraba esa canción.

—Blanca, sintiéndolo mucho, tenemos que marcharnos. Se ha ido la luz en el bar y el inútil que tengo por camarero no es capaz de arreglarla —me informó esta en cuanto colgó.

—Es una pena que se desperdicie un día así. Me ofrezco a ser su guía, señorita —me propuso Haize. Se levantó y me cedió el brazo de modo teatral.

—Si no te importa —empecé a decirle a Izar cuando esta se dio la vuelta y se marchó sin siquiera despedirse.

—No te preocupes, se le pasará. Vamos al coche. Me gustaría llevarte a un sitio.

Cuando estábamos a unos doscientos metros del pueblo, nos desviamos justo al lado del cuartel de la Guardia Civil y nos detuvimos frente a una pared alta de piedra con una puerta de hierro negro cerrada con un candado y una gruesa cadena oxidada.

—Creo que aquí no vamos a poder entrar.

Me agarró la mano con cara de niño travieso y tiró de mí hasta la parte trasera del muro. Allí, camuflada entre unos árboles que bordeaban el interior, había una rendija por la que entramos.

—¿Decías?

Lo primero en lo que me fijé fue en una tumba de piedra con una estela discoidal de medio metro de alto y un pie recto metido en el suelo de unos veinticinco centímetros de grosor, situada mirando al sol. Tras esta, en hilera, había al menos treinta, cada una con un dibujo distinto en su interior. ¡Estábamos en un cementerio!

Capítulo cuatro

El diario

Ciertamente, el sitio era una mezcla entre encantador y tétrico. Creo que esperaba que me llevase a cualquier lugar salvo a ese, y menos aún que nos colásemos por detrás. No pensé que Haize fuera de esa clase de personas que allanaban cementerios. Que fuese de día hacía que el miedo disminuyese un poco, dentro de lo extraño de la situación. En ese en particular había un pasillo central de cipreses precioso y todo el lugar era un remanso de paz y tranquilidad.

—Vengo aquí cuando necesito pensar o estar solo, ya que casi siempre está cerrado. De pequeño, cuando venía con mi padre, me ponía a jugar, y una vez por casualidad encontré ese boquete. Si te digo la verdad, con los años he tenido que ampliarlo porque ya no cabía, pero es de los pocos sitios en los que me siento bien.

No dije nada. Anduve lentamente posando mis dedos sobre las frías lápidas de piedra hasta que, al rozar una, mi cuerpo dejó de responderme para actuar a su libre albedrío. De pronto, mi conciencia fue una mera espectadora de lo que ocurría. Seguía estando allí, sin embargo, no era yo la que lo manejaba. Me giré inesperadamente sin que Haize lo esperase, provocando que tropezase conmigo y que nos quedásemos demasiado cerca mirándonos a los ojos. Levanté los brazos, le rodeé el cuello con ellos, me puse de puntillas y lo besé. Me sentí como una *voyeur* dentro de mí misma. Había pensado hacer eso alguna que otra vez, no iba a ser hipócrita, pero en ningún momento se me habría ocurrido lanzarme de esa manera. Noté cómo mi corazón se aceleraba y mis mejillas se sonrojaban. Fue como si mis ojos se transformasen en unos prismáticos con los que veía y sentía a través de una pantalla. El problema fue que cuando Haize bajó sus manos por mis caderas y me agarró con fuerza devolviéndome el beso, era a mí a quien se lo hacía.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí?

Mi corazón se detuvo. Haize se separó de mí, me agarró fuerte la mano y encaró al que acababa de interrumpirnos:

—Ekaitz, quería enseñarle a la señorita Blanca nuestro bellissimo

cementerio. Ya nos marchábamos.

—Sabes que no se puede estar aquí cuando está cerrado.

—Siempre está cerrado.

Antes de que nos fuésemos —esta vez sí, por la puerta principal—, me fijé en la última tumba que había tocado y pude leer en ella el nombre de Aintzira Azcoiti.

El corto camino de regreso al pueblo lo pasamos en silencio. Nos detuvimos frente al bar de Izar.

—¿Comemos aquí a ver cómo sigue de humor Izar?

Asentí con la cabeza, incapaz de articular palabra. Las mariposas de mi estómago estaban todavía revoloteando como locas.

—¿Ya estáis de vuelta?

—Te echábamos de menos —le dijo Haize. Le guiñó un ojo y le dio una inesperada palmadita cariñosa en el trasero.

—¿¿Qué?! ¿De pronto vais a volver a ser amigos? —Nahia estaba de pie frente a nosotros con unas ojeras impresionantes.

—Nunca es tarde para retomar viejas costumbres. ¿Te unes? —le ofreció Izar, separando la silla.

A partir de ese instante y tras bastantes cervezas, los tres comenzaron a recordar, a reír y a hablar como si nunca se hubiesen distanciado. Yo, simplemente, me limité a observarlos y a introducir alguna palabra de vez en cuando, pero poco más. No tenía ni idea de qué charlaban y tampoco quise inmiscuirme en su reencuentro. La noche llegó pronto y el sueño comenzó a apoderarse de mí.

—Creo que debería descansar para poder trabajar mañana en condiciones —les dije a modo de disculpa. Me levanté con la intención de marcharme y dejarlos allí.

—Cierto, es tardísimo. Te acompaño. —En el instante en el que recordé que tenía que regresar a la casa, el pánico se apoderó de mí—. ¿Estás bien?

—Cansada. No termino de acostumbrarme a esa casa.

—Aintzira adoraba ese lugar. Cuando murió, su madre cerró su habitación tal y como ella la había dejado y se marchó del pueblo. Me resultó extraño que te la alquilase a ti, ya que nunca lo había hecho. ¿Cómo diste con ella?

—Cuando nos dijeron los destinos de las prácticas y a mí me tocó venir, me puse a mirar en Internet. Pregunté por los hostales, pero al día siguiente me mandaron un correo diciéndome que, para tanto tiempo, me recomendaban que alquilase esta casa, y aquí estoy.

—Habrá cambiado de opinión. Ya han pasado muchos años desde que sucedió. ¿Estarás bien? —me preguntó cuando llegamos a la entrada.

—Sí —mentí.

Introduje la llave con manos temblorosas en la cerradura pensándome sola cuando Haize me giró por la cintura y ambos nos quedamos mirándonos a los ojos, iluminados por los escasos rayos de luna que las nubes dejaban pasar.

—Hoy hace trece años de la muerte de Aintzira y no quiero estar solo. ¿Vienes a casa conmigo? Podemos ver alguna película, si te apetece.

Aunque me hubiese dicho que íbamos a cazar lagartijas, mi respuesta habría sido afirmativa.

Vivía casi a las afueras del pueblo. La casa de dos plantas era de las pocas de construcción moderna que podían verse por allí. Nora nos recibió en cuanto entramos en el gigantesco jardín. Haize encendió la chimenea. La situación después de mi repentina muestra de efusividad en el cementerio era un tanto incómoda. Me senté en el sofá y Nora no tardó mucho en acomodarse sobre mi regazo. Acariciarla, jugar con ella y saber que no habría sobresaltos esa noche me tranquilizó. Haize puso una película como prometió y poco a poco mis párpados fueron cediendo hasta que me quedé completamente dormida.

A media noche me desperté sobresaltada por el ya familiar tictac del fantasmagórico reloj. Todo lo demás permanecía en silencio. Nora no estaba y su dueño tampoco. Haize me había tapado con un grueso edredón. Se estaba bien allí, pero el sonido me llamaba. Me levanté del sofá y fui en su busca. Al salir de la casa, vi justo al lado un cuartito en el que antes no había reparado. Definitivamente, el eco procedía de allí. Caminé despacio, abrí la puerta, y en su interior había un hombre de espaldas, agachado, metiendo papeles en un baúl apresuradamente. A su derecha se le cayó una fotografía de Nahia en ropa interior mucho más joven que ahora. Di un paso hacia atrás para que no me descubriese y volví corriendo a la casa.

Haize dormía plácidamente con Nora a sus pies. Me introduje en la cama junto a él procurando no despertarlo y volví a dormirme sin poder quitarme

de la cabeza al desconocido que estaba hurgando en las cosas de mi nuevo compañero.

Por la mañana, el olor a café recién hecho me despertó. Me levanté de un salto y fui a la cocina para hablar con Haize sobre el intruso.

—Estaba a punto de despertarte. ¿Has dormido bien?

—Sí. Perdona por usurpar tu cama, pero anoche había alguien en el cuarto de fuera y me dio miedo.

—Blanca, no hay ningún cuarto fuera.

—No puede ser. Yo lo vi igual que te veo a ti.

Salimos al exterior y, efectivamente, allí no había nada.

—Has debido soñarlo —me explicó preocupado—. ¿Quieres parar en tu casa para cambiarte antes de que vayamos a trabajar?

—Sí, gracias.

El sueño de anoche fue tan real como los anteriores, pero no podía obviar lo evidente: allí fuera no había nada.

Bajé a la casa para asearme un poco antes de empezar mi curro como secretaria mientras Haize sacaba a Nora a pasear. Desde fuera y a la luz del día no era tan tétrica, e incluso me atrevería a decir que tenía encanto. Al pasar por delante de la habitación abierta no pude evitar volver a entrar sin perder de vista el armario por lo que pudiese suceder. Cuando me acerqué, le di un puntapié a una de las cajas tiradas en el suelo y se abrió la tapa. Me agaché y saqué de su interior un cuaderno rosa pastel cerrado con un pequeño lacito beis. Lo metí en el bolso, cerré la puerta del armario y la del dormitorio, me cambié y salí justo cuando llegaba Haize a recogerme.

El resto del día transcurrió como lo imaginé, tecleando mucho y aburriéndome más aún. Fui a tomarme un merecido descanso de algunos minutos y saqué el tabaco del bolso cuando vi el libro que me había guardado. Me senté de nuevo, lo abrí y comencé a leer.

20 de diciembre de 2005

He decidido comenzar a escribir este diario para intentar cuadrar mejor mis suposiciones, que de ser

ciertas, me encontraría con un gran dilema moral. Pero no quiero adelantarme. Vayamos poco a poco.

Últimamente, Haize y yo nos hemos distanciado. Él tan solo viene a la ciudad dos fines de semana al mes, y yo, casi todo el tiempo lo paso con Izar y Nahia.

Nahia siempre ha sido la más pesimista, depresiva y triste de las tres, mientras que Izar es su némesis, un alma libre que ve el lado positivo del mundo. Lo único que le impide avanzar es el retrógrado de su padre y sus arcaicas costumbres. Yo tengo claro que me iré de este boquete pronto, muy pronto. Quiero viajar, conocer mundo, dibujar, escribir y cien cosas más. Todo lo contrario a lo que Haize tiene pensado para nosotros. Él terminará su carrera, tendremos dos hijos, una casa a las afueras del pueblo, un perro y trabajará en la obsoleta morgue en el negocio familiar de los muertos —esos nunca se terminan—, mientras que yo me quedaré en la casa cuidando las macetas, engordando y aguardando a que llegue de su dura jornada laboral... Pues va listo.

Hoy será el día. Me armaré de valor y se lo diré. Esta misma noche hemos quedado los cuatro en el bar de mis padres y estoy decidida a soltarles el bombazo.

—¿Se puede? —dijo Haize, asomando la cabeza en la oficina. Guardé rápido el libro de nuevo en el bolso—. Tenemos un cadáver. Ya puedes dejar de resoplar cada vez que escribes dos párrafos.

—No resoplo.

—Te escucho desde el final del pasillo...

—Vale, un poco. ¿Quién se ha muerto? —le pregunté demasiado entusiasmada—. Déjame adivinar: de aburrimiento, ¿a que sí?

—No, parece ser un infarto, y ya está abajo. La señora Uxue, la mujer que te alquila la casa.

—¿La que huele a natillas y lleva delantal siempre?

—La misma.

—¿Eso significa que no tengo que volver a pagar el alquiler?

—Pues si soy sincero, no terminé demasiado bien con la familia de Aintzira y no sé cómo localizarlos. Izar les compró el bar, así que puede que ella sepa algo. ¿Bajamos?

Ya estaba atardecido. Cuando llegamos a la morgue, la pobre señora abarcaba toda la mesa de autopsias.

—¿Quieres hacer los honores? —me ofreció Haize.

Había hecho prácticas con difuntos otras veces, pero era la primera vez que abría en canal a alguien que conocía, y la verdad es que era bastante distinto. Le hice la incisión en Y para comprobar los órganos. En el momento en el que introduje el bisturí, me rezumó un olor similar a almendra amarga. Conocía bien ese aroma porque las detestaba. En mi ciudad, cuando entraba el otoño, era típico irse a una especie de romería y atiborrarse de castañas, nueces y demás, y terminé cogiéndoles asco. No pude evitar arrugar la nariz.

—¿Te encuentras mal?

—¿No lo hueles?

Haize metió la nariz, literalmente hablando, dentro del cuerpo.

—No, a nada, ¿por qué?

Mi nariz siempre fue más parecida a la de un sabueso que a la de un humano. Recordé algo que estudié en la facultad y me puse a investigar un poco más, ignorando a Haize. La sangre presentaba un color rojizo brillante, las pupilas estaban dilatadas y hallé una diminuta punción en el cuello cerca de la vena aorta.

—¿Estás seguro de que fue un infarto? Mira esta marca de pinchazo de aquí.

—¡No sé cómo no me he dado cuenta! Efectivamente, está clarísimo lo que le ha pasado.

—¿A que sí?

—Claro, la ha mordido un vampiro mellado —concluyó, y me acercó la sierra circular de cortar cráneos—. Hay que separarle la cabeza.

—¿En serio? Joder, es de manual, la han envenenado con cianuro. Tiene todos los síntomas. Tan solo tenemos que analizar la sangre, la orina, el riñón y la vesícula para concretarlo.

—¡Para, para, Sherlock! Has visto demasiado *CSI*. Además, aquí no hay asesinos ni tenemos medios para hacer todas esas pruebas.

—¿Estás seguro de que no los hay? A lo mejor, Aintzira no pensaría igual si estuviese viva.

—Eso ha sido un golpe bajo. Lo de ella fue muerte natural. Lo pone en su informe.

—Y si lo tienes tan claro, ¿por qué ha desaparecido el informe de mi mesa? Dámelo para que lo mire.

—¡Porque no voy a consentir que una niñata de ciudad que aún no tiene ni puñetera idea de la vida remueva la mierda! —me gritó—. Vete a la oficina. Continuaré yo solo con la autopsia. Y haz el favor de no contarle a nadie esas estúpidas elucubraciones. Lo último que necesito es a todo el pueblo hablando sobre asesinos.

Salí echando humo por las orejas y dando fuertes y ruidosos pisotones mientras subía las escaleras. Aquello no quedaría así; eso lo tenía más que claro. Cogí mi bolso y decidí que mi jornada laboral había concluido. Salí y me fui al bar de Izar. Allí, sentada en la terraza, estaba Nahia visiblemente afectada con unas gafas de sol puestas, intentando disimular los tremendos lagrimones que le caían por las mejillas, pero eso de llevar gafas oscuras cuando ya había anochecido no era demasiado inteligente.

Me acerqué para intentar consolarla, le puse la mano en el hombro y le dije que lo sentía, pero justo cuando terminé de pronunciar la última palabra, ella me la apartó de un manotazo y me bramó:

—¡Todo esto es por tu maldita culpa!

Me quedé atónita y sin saber cómo reaccionar. Ella se levantó y se fue sin ni siquiera mirarme.

—Pasa de ella, siempre fue débil. Lo que ocurre es que ahora a la vejez quiere disimularlo y se ha convertido en una zorra fría y estúpida —me alentó Izar, que acababa de presenciar la escena.

—Yo solo he hablado con esa señora un par de veces. No comprendo por qué me echa la culpa de su muerte.

—Ya te he dicho que la ignores —me repitió, y me dio una cerveza.

Me quedé en el sitio que había estado ocupando Nahia, sentada, bebiendo, fumando y mirando al río. Al cabo de hora y media, Haize pasó delante de mí, me miró por el rabillo del ojo y continuó su camino sin dirigirme la palabra.

—¡Estúpido! ¡Todos los jodidos hombres son iguales! —dije en voz alta.

—¿Problemas en la morgue del amor? —se burló Izar, que recogía vasos de otras mesas.

—Por poco tiempo —le respondí mientras me levantaba—. He olvidado el teléfono en la oficina. Ahora regreso.

Me dirigí decidida a encontrar respuestas por mí misma. La cabezonería era algo que me caracterizaba cuando me enfadaba. Si estaba segura de tener razón en algo, no cesaba hasta que lo demostraba, costase lo que costase, y esta vez no iba a ser diferente a las demás. Entré con mis llaves. Todo estaba a oscuras y en silencio. Unos meses atrás pensaba que a los que tenía que temer era a los vivos y no a los muertos, pero ¿y si eso no era del todo cierto? Me quité ese pensamiento de la cabeza mientras bajaba las escaleras y me alumbraba tan solo con la linterna del teléfono. No quería que alguien viese luz y me delatase.

Una vez abajo y dentro de la sala de autopsias, encendí el interruptor, abrí la cámara frigorífica y me encontré frente al cuerpo de la pobre señora Uxue. Respiré profundamente y me aproximé un poco más a ella, justo cuando de pronto abrió los ojos y me miró fijamente. El color de sus pupilas era opaco, como en la foto de Aintzira. Di algunos pasos hacia atrás hasta quedar completamente pegada a la pared y sin dejar de vigilar el cajón abierto. El cadáver se incorporó y se sentó de lado, observándome con esa mirada vacía y perdida de pez muerto. Abrí la boca para intentar gritar, pero de sobra sabía que nadie oiría mi súplica. Puso un pie desnudo en el suelo y luego otro, y se acercó lentamente a mí con el brazo en alto y el dedo índice apuntándome a la frente. Juro que en ese instante casi me lo hice encima. Cuando su falange

rozó mi rostro, toda la habitación comenzó a dar vueltas cada vez más rápido hasta que por fin se detuvo y me sentí como cuando estaba en el cementerio. La única diferencia era que esta vez era espectadora desde la butaca y a través del cuerpo de Uxue.

Ella estaba alterada, angustiada y preocupada. Podía percibir que se encontraba mal consigo misma, pero también que pensaba ponerle remedio. Sabía de sobra que lo que estaba haciendo no era lo correcto. Por su mente pasó mi imagen sonriéndole asustada el día que me dio las llaves de la vivienda. «La pobre chica no tiene culpa de que seamos unos sinvergüenzas», pensó, dejándome descolocada ante ese nuevo dato. Una cosa era estafar y otra muy diferente intentar volver loca a esa criatura. Hablaría con él y zanjaría el tema. Si no estaba de acuerdo, lo denunciaría a la policía y aceptaría su parte de culpa.

El timbre del horno sonó y eso la hizo sonreír. Adoraba la repostería. Cogió la fuente con los guantes para sacarla justo cuando alguien desde atrás la agarró por el cuello haciendo que las magdalenas volasen. Levantó la bandeja incandescente y la apretó contra el antebrazo de su agresor, que era lo único que tenía a la vista, provocándole una quemadura considerable, pero la asía con mucha fuerza. Ella era una persona corpulenta y estaba intentando luchar con todas sus fuerzas, hasta que notó un pinchazo en el cuello. Segundos después comenzó a convulsionar y a vomitar, para a los pocos minutos dejar de respirar.

Cuando regresé a la realidad, estaba tendida en el suelo y el cajón aún seguía abierto. Me incorporé y comprobé la respiración de Uxue, por si acaso seguía viva o es que definitivamente estaba volviéndome majara, pero la mujer continuaba muerta y yo estaba empezando a parecer una jodida demente. Salí de allí lo más rápido que pude sin llevar a cabo mi plan de robo de órganos y documentos. Por una noche había tenido bastante, y lo peor era que ahora sí que estaba segura de que no había sido un infarto; el problema era demostrarlo. Si sumaba a mi lista de delitos el allanamiento de morada, no creía que la pena se incrementase demasiado, así que regresé al bar para sacar información y esperar a que todos se durmiesen.

—¿Te encuentras bien? Parece que has visto un fantasma. —El acertado comentario de Izar logró que me relajase y sonriese.

—Podría ser. ¿La señora Uxue tenía familia?

—Una hermana. Creo que vive en Madrid. ¿Por?

—Para ponerme en contacto con ella. Imagino que alguien debería avisarla.

—Sí, pobre mujer. Dicen que la encontraron bajo el puente sobre las escaleras esta mañana.

—Ya. Tengo que pedirte un favor.

—Usted dirá —ironizó Izar.

—He discutido con Haize porque me ha tocado vestir a la señora después de la autopsia y me he negado, ya que la ropa estaba sucia y mojada.

—Haize tan empático como siempre, aunque no creo que tenga nada en mi armario que le quepa.

—Ya, eso lo he supuesto, pero ¿sabrías cómo entrar en su casa y coger algo de ropa? Sería una obra de buena fe, no un robo ni nada parecido.

—Si esperas a que cierre, puedo ayudarte con eso. Digamos que tengo algunas habilidades secretas. Además, me mola que vivamos una aventura juntas.

Aguardé a que todos se hubieran marchado. La calle estaba desierta y en silencio. Poco a poco, las luces de las ventanas de las casas que nos rodeaban fueron apagándose. La vivienda de la difunta no quedaba lejos de allí. Debería haber estado nerviosa o algo así, pero en realidad me notaba ansiosa por comprobar si lo que había visto era fruto de mi reciente locura o aún peor, y si era verdad, entonces alguien intentaba provocármela.

Izar y yo nos paramos delante de la puerta de Uxue. Ella sacó de su mochila una cajita que contenía distintos ganchos. Cogió dos, y en menos de tres segundos, la cerradura cedió y la puerta se abrió.

—Listo. Te espero fuera vigilando que no venga nadie.

—¿Qué haces en tus ratos libres?

—Atraco casas y bancos, poca cosa —me respondió—. Mi padre es guardia, ¿recuerdas? Digamos que él siempre quiso tener un hijo y tuvo que conformarse conmigo. No jugábamos a las muñecas precisamente. Apresúrate, antes de que nos pillen.

De nuevo, mi teléfono me ayudó a poner algo de luz en toda aquella penumbra. Fui a la cocina y, en cuanto entré, una bofetada de olor a

desinfectante llenó mis fosas nasales. Era como si alguien se hubiese encargado de limpiarlo todo a conciencia. La bolsa de basura estaba vacía, ni rastro de las malditas magdalenas, sin embargo, los guantes sí que seguían en la encimera, los mismos de tela de flores feos que la había visto usar. Abrí el horno sin encontrar nada. Ya, como último intento desesperado, me tiré al suelo y me puse a mirar por debajo de los muebles. Cuando por fin encontré una, casi lloré. Salí corriendo de allí con mi trofeo en la mano como si fuese oro. Miré a Izar, le mostré el dulce y sonreí.

—¿Tú estás segura de que con eso la tapas entera? —me preguntó, mirándome como si acabara de írseme la olla.

—¡Mierda, la ropa! —Se me había olvidado por completo la excusa que puse para venir.

—Si te hace tanta ilusión, mañana te compro una bolsa para ti solita, pero ¿quieres coger la puñetera ropa de una vez para poder largarnos de aquí?

Volví a entrar de nuevo, encontré el dormitorio y rebusqué en los cajones algo que ponerle a Uxue para el velatorio. En el primer cajón de la mesita de noche tenía un sobre con unos seis mil euros y su nombre escrito fuera. Lo dejé donde estaba, cogí la vestimenta y, esta vez sí, salí de allí corriendo. Izar me esperaba, magdalena en mano.

—La tengo, mil gracias.

—¿Quieres venir a casa un rato a tomar algo?

La verdad es que no me apetecía nada regresar a la mía, y después de mentirle, mi conciencia no estaba lo que se dice tranquila; bueno, eso y que ahora era seguro que alguien quería hacerme creer que estaba demente. La idea de regresar sola no me hacía mucha gracia.

Izar vivía justo encima del bar, con lo que, para ella, conseguir alcohol no era ningún problema. Tenía una casa moderna, llena de colores y de muebles blancos. Si no supiese que estaba en aquel sitio, pensaría que había sido sacada de una revista de decoración.

—¿Sabes? Me recuerdas mucho a ella.

—¿A quién?

—A Aintzira. Ella también se habría colado en una casa para ponerle ropa decente a un muerto y habría mandado a la mierda a Haize, como tú.

—Aún no he podido ver su informe. ¿Qué sabes de eso? —Aproveché que

el grado etílico de ambas ya tenía unos niveles considerables para sonsacarle cosas.

—Pues Haize fue el principal sospechoso. Aintzira tenía la costumbre de salir a correr todas las mañanas por el mismo sitio, pero jamás iba tan lejos. La única forma de llegar hasta donde la encontraron era que se hubiese montado en el coche con alguien que conociese y por una buena razón.

—Creo que murió ahogada, ¿no?

—Esa es otra cosa que no me entra en la cabeza. Aintzira era la mejor nadadora del pueblo, así que jamás en la vida se habría ahogado —me dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y no crees que fuese Haize?

—Si soy sincera, al principio creí que sí. Ellos tenían problemas y pensaban distinto con respecto al futuro, pero ahora mismo no sé qué pensar.

Decidí dejar el tema y continuamos bebiendo hasta que perdí el conocimiento. Me despertaron los rayos del sol que entraban por la ventana. La cabeza estaba a punto de explotarme. Me levanté como pude de la cama y me puse en pie. Bajo las sábanas aún dormía Izar, roncando como un camionero. Me eché las manos a la cabeza. No tenía ni idea de lo que habíamos hecho. Tan solo esperaba que mi primera relación lésbica no hubiese sido esa, entre otras cosas porque no me acordaba de una mierda.

Salí corriendo. Ya era casi la hora de estar en el trabajo; imposible ir a casa y cambiarme de ropa. A la primera persona que me encontré en cuanto crucé la puerta fue a Haize, que me miró sorprendido y continuó andando. Después de eso, auguré que mi día no sería divertido.

Me metí en la oficina y me puse a teclear, aunque en el fondo sabía que si quería descubrir si estaba en lo cierto con lo del cianuro, tendría que hacer las paces con Haize, quien, después de que hacía dos noches me metiese en su cama y luego me viera salir de casa de Izar, no creo que estuviese muy por la labor, pero ya se me ocurriría algo.

Cogí la bolsa de la ropa y fui a su despacho con esa excusa. Haize estaba en mangas cortas con la bata blanca en la mano a punto de ponérsela. Una venda cubría su antebrazo derecho.

—¿Qué te ha pasado ahí? —le pregunté, señalando la gasa.

—Hola, buenos días, ¿se puede pasar? Sí, por supuesto, adelante, entre.

—Perdona, venía distraída. ¿Me lo cuentas?

—Me quemé con la chimenea, no es nada. ¿Qué quieres? —casi me escupió.

—He ido esta mañana a casa de Izar a por algo de ropa para la señora Uxue porque la que tenía estaba sucia.

—Y por solidaridad no te has cambiado tú tampoco, ¿no? —«*Touché*»—. Blanca, ya somos mayorcitos para dejarnos de juegos y tonterías. Puedes hacer con tu vida privada lo que te dé la gana. Si no quieres nada más, estoy ocupado.

—¿Quién encontró el cuerpo? —agregué, ignorando el gratuito ataque.

—Ekaitz. Se ve que como está a punto de jubilarse, le han quitado horas del trabajo y patrulla el pueblo para entretenerse.

—¿Te has planteado lo de hacerle las pruebas que te dije?

—Sí, y no pienso gastar dinero de los contribuyentes en conjeturas ridículas.

Le dejé la bolsa sobre la mesa y salí dando un portazo. De pronto, casi todo empezó a cuadrarme. Si él había sido el asesino, no querría que le hicieran ningún tipo de análisis que lo delatasen. Tenía que hablar con alguien que me escuchase, y ya sabía de un candidato perfecto.

Capítulo cinco

La memoria

El resto del día fue aburridísimo. Estaba segura de que Haize no vendría a molestarme, así que cerré la puerta, me preparé un café, me encendí un cigarro y continué leyendo el diario de Aintzira como si de una novela de suspense se tratase.

24 de diciembre de 2005

No ha resultado ser tan buena idea eso de soltar la bomba de que me marché a primeros de año. A la única que ha parecido importarle menos, para mi sorpresa, ha sido a Nahia. Izar se lo ha tomado a la tremenda, como siempre, es típico en su carácter, pero es que Haize se ha colado tres pueblos. Lo cierto es que le dije la noticia después de haber tomado algunas cervezas, y él no está acostumbrado a beber, pero aun así no es excusa. Me cogió por las muñecas, me zarandeó delante de todos y me gritó que si me había vuelto loca, que qué iba a ser de nosotros y que no pensaba esperar a que regresase, todo eso junto con otras miles de mierdas machistas más. Lo quiero muchísimo, pero a veces me pregunto si lo nuestro es amor o costumbrismo. Después de todo, tan solo tengo diecisiete jodidos años. ¿Eso quiere decir que estaré solo con él el resto de mi vida?

Es hora de plantearme si seguir juntos, y más tras esta

última gran falta de respeto; eso sí que no lo consentiré. Aunque tampoco es que yo me quedase corta, ya que le di un sonoro guantazo y me fui de allí sin mirarlo. Lo que sí que tengo claro es que esta noche es para mí y para mis amigas, y nadie va a estropeármela.

Llevamos todos estos días sin hablar. Sé que él está en el pueblo, pero si su orgullo es grande y no piensa dar el primer paso, yo mucho menos. He quedado con las chicas para salir en un rato, divertirme y tomar algo, y si conozco a alguien, pues bienvenido sea.

Me sentía bastante identificada con ella. Yo también había sufrido relaciones tóxicas en mi vida y, al igual que Aintzira, había terminado mandándolas a paseo. Necesitaba seguir leyendo. Era como fisgonear en la vida de alguien a quien realmente no conocía, pero es igual que esos programas de cotilleos que detesto: si están puestos, al final terminas viéndolos.

26 de diciembre de 2005

Hoy lunes, y ya mucho más tranquila, puedo escribir en la soledad de mi habitación. En estos dos días ha pasado un poco de todo. Nahia vino a buscarme con un traje de señora de prostíbulo, por llamarlo de forma recatada y no escribir lo que realmente pensé al verla. Llevaba un vestido negro cortísimo, con un escote de campeonato, unas medias de boquetes y tacones de aguja. Yo iba con vaqueros y un jersey de lana. ¡Joder, es diciembre! ¡Hace frío!

Cuando íbamos de camino a casa de Izar, Nahia me

preguntó si podía hacerle el favor de decir que esa noche dormiría conmigo en casa. No me hizo ni pizca de gracia. Si le sucedía algo, yo sería la única culpable y la encubridora, pero después de prometerme unas mil veces que tendría cuidado, terminé aceptando. Intenté sonsacarle con quién había quedado, pero no hubo forma de que dijese absolutamente nada.

Izar tiene los dieciocho, es mayor que yo por días y ya posee el carnet de conducir. Aquella noche le robó el coche a su padre y yo alcohol a los míos, y nos fuimos a la Cascada del Cubo a beber con los demás que suelen quedar allí, lejos de las miradas acusadoras y chismosas de las viejas del pueblo. Nos unimos a los demás y comenzamos a bailar y reír. Por una vez en mucho tiempo, me sentí libre sin Haize al lado sermoneándome.

En la improvisada fiesta estaba Nikanor. Es el más atractivo de todo el pueblo, y puede tener a la chica que le dé la real gana, pero esa noche se acercó a mí. Me dio una cerveza y nos fuimos al lado del río a hablar tranquilamente. Me sorprendió bastante que también tenga la intención de irse de aquí y ver mundo. No me queda claro si estaba diciéndome lo que quería escuchar porque ansiaba echarme un polvo o si realmente era lo que pensaba. Si soy sincera, no estuve demasiado atenta a la conversación porque me perdía en sus ojos azules y me volvían loca los hoyuelos de su cara.

Entonces, como si fuese un fantasma, la cara de

Haize se cruzó por mi mente mandando al garete mis pensamientos libidinosos para con el chico. Le dije que me encontraba mal y regresamos con los demás, pero solo nos dio tiempo a levantarnos cuando la imagen de mi mente se proyectó frente a mí y le propinó un señor puñetazo en la nariz al pobre Nikanor, dejándolo sangrando y K.O. en el suelo. Me puse echa un basilisco y mandé otra vez a la mierda a Haize. Entre Izar y yo levantamos al chico y lo ayudamos a parar la hemorragia, pero eso no fue lo único que se cortó; mis ganas de estar allí desaparecieron al instante en el que vi a Haize, así que Izar nos dejó en casa a Nahia y a mí. Esperamos una media hora sentadas en las sillas de la terraza hasta que un coche oscuro aparcó al otro lado del río y nos hizo señales con las luces.

Al día siguiente, Nahia apareció en mi dormitorio con las medias rotas y un ojo morado. Me juró que no volvería a verlo, y ambas inventamos una historia creíble del porqué del hematoma. Me sentí tremendamente culpable tanto por la nariz de uno como por el ojo de la otra, aun sin haber sido yo la mano ejecutoria.

Sigo sin saber de quién se trata y, después de que Nahia viese mi reacción, sé que no me lo contará.

Sin lugar a dudas, las mosquitas muertas eran las peores. Después de leer sobre la parte oscura y agresiva de Haize, me prometí a mí misma no volver a enfadarlo y no enfrentarme más con él. No veía el momento de marcharme a casa. Aunque pareciese extraño, después de conocer mejor a Aintzira, me

daba menos miedo estar allí.

—¿Se puede? —preguntó Haize, golpeando la puerta con los nudillos.

Apagué rápido el cigarro, abrí la ventana, eché colonia, quité el cerrojo de la puerta y salí apresuradamente antes de que él entrase para que no fuese a oler a tabaco.

—Dime, ya estaba por irme.

—Toma. —Me puso un dossier en la mano—. Quiero que lo leas y saques tus propias conjeturas. Ya he tomado las muestras de la señora Uxue que me pediste. Mañana las mandaré al hospital.

Me dejó sin palabras, sorprendida y desconcertada. Cogí los papeles, los guardé y me fui a casa para intentar poner en orden mis ideas. Estaba segura de que esos documentos me ayudarían bastante a descifrar el enigma sobre la muerte de Aintzira, y él acababa de facilitármelos. En ese momento no sabía si me los había dado para que lo descartase como sospechoso de ambas muertes o si realmente era inocente.

Esa fue la primera vez que entré sin miedo. Me preparé un baño y una copa de vino. Luego fui a la habitación de mi nueva amiga, me tumbé en su cama y leí el informe de su autopsia. El folio tenía la mancha que le había hecho el primer día que lo tuve en mis manos y me sentí culpable por ello.

El cadáver fue encontrado por el subinspector de la policía foral Ekaitz Ocariz.

Inspección ocular

Circunstancias de la muerte: Ahogamiento.

Descripción del lugar de los hechos: Cuerpo encontrado en la Cascada del Cubo a 23,9 kilómetros de la localidad de Ochagavía.

Estudio del cadáver. Examen externo:

-Mujer caucásica encontrada en la Cascada del Cubo.

-Medio cuerpo fuera del agua, y extremidades posteriores sumergidas. Tumbada boca abajo, uñas de la mano derecha rotas.

-Llevaba pantalones deportivos grises, sudadera negra y zapatos blancos con cordones, ropa sin roturas.

-Identificación: diecisiete años, delgada, caucásica, restos de espuma en la

comisura de la boca, labios azulados, coloración azul de piel y mucosas.

-Sin objetos personales, ni teléfono, ni cartera, ni llaves.

-Indicios de violencia: sin indicio aparente.

Conclusiones

-Cronotanatodiagnóstico, hora aprox. de la muerte 07:15h

-Muerte accidental.

-Ahogamiento húmedo.

En cuanto tiene el honor de exponer según su leal saber y entender.

Da fe. Don Mateo San Juan. Colegiado 31-11-17810

Al ver escrita la fecha de la muerte de Aintzira, mi memoria se activó de pronto. Sabía que ese día en concreto me era familiar, pero ya habían pasado demasiados años desde que sucedió. Después de que mi madre me llevase a psicólogos, psiquiatras y atiborrarme de pastillas, creo que mi mente aisló aquel momento casi borrándolo por completo de mi vida. No me vi con fuerzas para seguir leyendo. Me acurruqué en la cama de mi nueva amiga, abracé su almohada y me dormí, prometiéndome seguir la mañana siguiente desde el trabajo.

Estaba en el coche con mi padre. Lo miraba con los ojos de una niña enfadada. Yo quería quedarme en casa de una amiga y él se negaba rotundamente. Nunca le gustó que durmiese con nadie. Siempre decía que era su pequeña princesa, a lo que yo contestaba que ya tenía once años y que era una pirata sanguinaria. Esa frase lo hacía reír y a mí enojarme aún más.

Justo al pasar por las vías del tren, las barreras descendieron dejándonos sobre ellas. Cuando intentamos bajar antes de que el tren nos arrollase, los pestillos se activaron solos y las ventanas se quedaron bloqueadas. Mi padre me metió debajo del asiento del copiloto, se puso sobre mí, me dio un beso en la frente y me dijo que me quería. Lo miré a los ojos y detrás de él vi una sombra. Eso, seguido de unos focos y de un estruendo, fue lo último que recuerdo de esa noche.

Desperté en el hospital con mi madre al lado. Había estado en coma casi un mes. Mi padre murió en el acto y yo dejé de respirar durante tanto tiempo que los médicos no supieron decirle cómo sería mi estado cuando despertase, si es que lo hacía. Les expliqué lo sucedido a decenas de personas y todas

ellas me diagnosticaron que sufría un trauma y que alteraba la realidad. El caso es que pensaban que mi progenitor intentó suicidarse esa noche conmigo al lado. Cada vez que oía esa versión entraba en cólera y destrozaba todo lo que hubiese a mi alrededor.

Finalmente, terminaron por tenerme medio sedada la mayor parte del tiempo durante al menos un año. Creo que, poco a poco, mi psique lo aisló y levantó un muro encerrando ese momento de mi vida en él. Pero al leer la fecha escrita junto con la frase «muerte accidental» reviví todos los sentimientos de aquellos tiempos, lo que me dejó totalmente destrozada.

Me desperté gritando y sudando. Los papeles estaban esparcidos por el suelo, junto a las cajas de zapatos. Las fotos de Aintzira me miraban suplicantes. Sabía que no iba a volver a dormirme, así que las cogí e intenté de nuevo leer el informe.

Según el forense que realizó la autopsia, Aintzira no tenía objetos personales encima. ¿Perdona? ¿Qué adolescente no lleva como mínimo el teléfono móvil? Me levanté y miré las fotos del corcho. Efectivamente, en una de ellas tenía un Sony Erikson en la mano con unos cascos colgando, que más se parecía a un walkman que a un móvil en sí. Estaba segura de que lo usaba para correr. Ya la conocía lo suficiente como para saber que adoraba la música y el ejercicio, y que por eso mismo tenía ese teléfono en concreto. Y de estar en lo cierto, ¿dónde estaba? Allí en el cuarto no, desde luego, y si tampoco lo hallaron en la escena del crimen, tendría que tenerlo alguien.

El informe también decía que no había signos de lucha pero que las uñas de la mano derecha estaban rotas. Seguí mirando. En ningún jodido sitio ponía que se hubiese analizado si había restos debajo de las mismas. Miré todas las fotos, pero no encontré nada de las manos. ¿Cómo era posible? De espaldas, de frente y hasta de lado. Justo cuando vi esa última del costado descubrí un tatuaje de un lauburu. ¿Por qué Haize no lo dijo cuando le pregunté en la cascada? Sus únicas palabras fueron: «Realmente tienes curiosidades peculiares», e Izar también tenía que saber de su existencia, teniendo en cuenta que eran tan amigas. Por un momento puse en duda mi cordura, pues no podía ser que todos estuviesen en complot en un ardid extraño en mi contra. No tomaba las pastillas desde hacía mucho tiempo y no iba al psicólogo desde que consiguieron que dijese que todo lo que conté sobre el accidente era fruto de mi imaginación.

El resto de la noche transcurrió sin sobresaltos. Me duché y me fui a trabajar. Tenía que hablar con el padre de Izar. Él sabría algo más de lo que ponía en el escueto informe. Haize no apareció. Su padre me dijo que llamó diciendo que se encontraba mal. Podría pasarle a cualquiera, solo que, por alguna razón, no terminaba de creérmelo.

Aproveché para adelantar mi curro de mecanografía, impaciente por seguir leyendo el diario. Estaba totalmente enganchada a su historia y quería saber más. Necesitaba saber más.

1 de enero de 2006

Hoy era el día en el que se suponía que me marchaba. Esta mañana ya tenía listas las maletas y me he despedido de casi toda la gente que me importa dejar atrás. Bueno, excepto de Haize. Ni él ni yo nos hemos puesto en contacto el uno con el otro. Me dolía en el alma irme así, pero a lo mejor era lo más fácil para ambos.

Estaba con Izar en la parada del autobús esperando a que llegase Nahia. Le dejamos unos cien mensajes de texto sin que respondiese a ninguno. De pronto, el teléfono de Izar sonó. El bus acababa de estacionar en la parada. Me sentía feliz y no tenía ninguna duda de que eso era lo que tenía que hacer con mi vida. El conductor nos hizo señales para que fuésemos subiendo. Miré a Izar para despedirme. Su cara estaba pálida de repente. Bajó la mano con el teléfono asido, pero se le resbaló y cayó al suelo sin que mi amiga hiciera nada por evitarlo. Cuando se me agarró llorando, supe que no iría a ninguna parte.

—¿Se puede? —Izar estaba detrás de la puerta. Desde lo que pasó o no pasó la otra noche, no había vuelto a hablar con ella, y la verdad era que me moría de vergüenza—. ¿Has descansado? Ayer no supe de ti.

—Sí, lo siento. Necesitaba estar en casa tranquila y poner mis ideas en orden. Izar, ¿crees que a tu padre le importaría que le preguntase algunas dudas que tengo sobre el informe de Aintzira?

—Guau, directa al grano. Pues no creo que le moleste. A él le encanta hablar hasta por los codos, y si es de trabajo, más aún. Lo que no sé es si sobre ese tema en particular te dirá mucho. Todo el pueblo se quedó muy afectado. Yo hace poco que lo superé, y mira los años que hace.

—Lo entiendo. Tengo un rato ahora. ¿Estará libre?

—Sí. Te acompaño si quieres. Yo también dispongo de unas horas.

Preferí no decirle nada sobre el tatuaje. Necesitaba que su padre me respondiese, y si la presionaba demasiado, podría cerrarse en banda.

La casa de Ekaitz estaba al otro lado del río. Tenía un porche con un sillón columpio como los de las películas que tanto me gustaban. Entramos sin llamar, pero ni rastro del hombre por ninguna parte.

—Tiene que estar detrás, en el taller. Con tanto tiempo libre, se aburre y fabrica cosas, o lo intenta —se burló Izar mientras me conducía a la parte trasera de la casa.

Era un cuarto con un signo de un lauburu sobre la puerta. Izar la abrió y vi la espalda de Ekaitz, sentado frente a una mesa, exactamente igual que en casa de Haize la noche en que fui a dormir. Me quedé paralizada y olvidé todo lo que tenía pensado plantearle.

—¡Hola, papá! ¿Qué haces? —le preguntó, y le dio un cariñoso beso en la frente.

—Arreglando estas viejas cajas polvorientas y tirando cosas inútiles. El ser humano tiende a acumular basura por puro sentimentalismo. Izar, tienes que dejar de meterme cosas aquí. ¿Ha pasado algo?

—No, tranquilo. Blanca está repasando el caso de Aintzira y quería preguntarte algunas cosas.

Noté cómo los orificios de su nariz se ensancharon. La mandíbula se le tensó y su cuerpo pasó de una posición relajada a una de defensa sin que su hija se diese cuenta, pero, desde luego, yo sí.

—Hace muchos años de eso y a los muertos hay que dejarlos descansar, señorita.

Mientras me hablaba, percibí una sombra negra que le dibujaba la silueta, como la que vi en mi padre la noche del accidente. Mi mente se quedó en blanco, las piernas empezaron a fallarme y decidí salir de allí antes de que me diera un síncope.

—Tiene usted razón, disculpe las molestias. Izar, se me ha hecho tardísimo y tengo que regresar al trabajo. Nos vemos luego.

Me fui corriendo, sin darles tiempo a contestarme. Algo allí me ponía los pelos de punta y me hacía sentir mal.

Entré como alma que lleva el diablo en mi pequeña pero confortable oficina, cerré la puerta con llave, me encendí un cigarro, abracé el diario como si este pudiera transmitirme algo de paz, lo abrí y seguí leyendo donde lo había dejado.

16 de enero de 2006

Hace dos semanas, Nahia apareció junto al río con una paliza dada. Estaba medio muerta cuando la encontraron. Los primeros días fueron críticos. Tan solo me separé de su lado para comer y ducharme. Me sentía tremendamente culpable. La policía nos preguntó al círculo más cercano si teníamos alguna idea de lo sucedido y me callé como una puta; en parte por miedo y en parte por saber que era tan responsable como el que se la había dado. Cuando por fin abrió los ojos, su mirada era sombría y triste.

Por mucho que lo hemos intentado, se ha negado a articular palabra. Finalmente, los especialistas les han recomendado a sus padres ingresarla en el psiquiátrico Benito Menni, en Elizondo, un pueblo cerca del nuestro.

Se trata de un edificio que, ya sin saber que es para albergar a enfermos mentales, tan solo contemplar su estructura da miedo. Sí, es cierto que está rodeado de árboles, vegetación y tranquilidad, pero cada vez que vamos a visitarla, el eco de los gritos que se escuchan por los pasillos te hiela la sangre.

Hay una monjita que asume una atención especial con mi amiga. Se llama Marie y tiene un divertido acento francés. Es la típica anciana con arrugas en la cara y ojillos negros de botón que resaltan al contraste blanco del hábito que siempre viste.

Una mañana me escapé a fumar bajo uno de los árboles que rodean la enorme finca y ella me pilló. Antes de que lo tirase para que no me amonestase, me quitó el pitillo de la mano y le dio dos enormes caladas consumiéndolo por completo. Me dejó de piedra. Pensaba que las monjas no fumaban ni hacían cosas similares, pero ella se limitó a sonreír al ver mi cara y me dijo: «Si no cometemos errores, ¿cómo aprenderemos a superarlos? La vida está llena de decisiones que tomamos, y todas ellas influyen tanto en nosotros como en el resto del mundo, pero eso no significa que tengamos que llevar el peso de este sobre nuestra espalda. Ten cuidado y protégete de los que tengas más cerca, porque en tu final está su victoria». No tengo muy claro por qué me dijo eso. Fue como si supiese lo que pensaba. Al parecer, fui totalmente transparente ante los ojos de esa pequeña

mujer sonriente. Cuando iba a preguntarle por qué me lo había dicho, otra hermana vino corriendo y nos avisó de que Nahia estaba teniendo un nuevo ataque.

Juro que descubriré al malnacido que le ha hecho esto a mi amiga, aunque sea lo último que haga.

Ahora tenía otro cabo del que tirar. Si nadie aquí estaba dispuesto a darme respuestas, a lo mejor en la clínica psiquiátrica podría conseguirlas. Miré el mapa y vi que estaba a 137 kilómetros y poco de allí, a unas dos horas de trayecto. Si me iba enseguida, llegaría antes de que anocheciera. Recogí mis cosas, arranqué el coche tras varios intentos y cogí la carretera de los Valles Orientales sin decir a nadie adónde me dirigía.

La fachada principal realmente daba miedo. No escuché gritos como decía Aintzira en su diario, pero eso no la hacía menos tétrica. Subí la escalinata de piedra y me topé con un mostrador y una mujer con hábito sentada detrás de él, leyendo entretenida. En cuanto me vio, se extrañó.

—Lo siento, pero la hora de visitas terminó hace tiempo, señorita.

—Ah, no se preocupe. Estoy aquí en calidad de profesional. Necesito unos informes.

—No estoy autorizada para dar ningún tipo de documentación sin que antes me lo hayan dicho. Puede hablar con el médico de guardia si quiere.

—Perfecto, gracias.

La mujer descolgó el teléfono, habló con alguien y me aseguró que en breve estaría allí. Después de más de veinte minutos apareció un hombre regordete con bigote y bata blanca que me examinó de arriba abajo antes de llegar hasta mí.

—Buenas noches. Dígame.

—Buenas noches, soy la forense en prácticas de Ochagavía. Estamos introduciendo todos los informes en la nueva base de datos, pero se ve que hay algunos que no tenemos. Venía a comprobar si ustedes los tenían.

—No creo que haya problema. ¿Trae el certificado de su superior?

—¿Disculpe?

—Usted sabrá que debido a la ley de Protección de Datos no podemos facilitar fichas médicas confidenciales de nadie, y menos si no lo ha solicitado con anterioridad por escrito.

—¿Podría hablar con la hermana Marie? Me han dicho que ella conocía bien a una de las pacientes de las que necesito la información. Es francesa, muy mayor y bajita.

—Señorita, aquí nunca ha trabajado nadie con esas características.

—Vaya, pues creo que he recorrido dos horas de trayecto para nada.

—Siento no serle de más ayuda.

Me despedí procurando parecer cordial, aunque por dentro estuviese acordándome de todas las generaciones del viejo. Salí abatida y decepcionada, me senté en un columpio de un pequeño parque infantil que había al lado de los aparcamientos y me quedé mirando al más allá durante un rato. Acababa de quedarme sin nada con lo que continuar. Sentía como si le hubiese fallado. Yo era la única persona que quería descubrir qué le sucedió realmente y ya no tenía ni idea de por dónde continuar. Tan solo deseaba estar en lo cierto y que las pruebas de la señora Uxue dieran positivas y poder hacer justicia con una de las dos. Necesitaba llegar a casa y leer un rato antes de dormir. Por lo menos, el dichoso tictac nocturno hacía algunos días que no me molestaba.

Ya era noche cerrada. La luna estaba oculta tras unos enormes nubarrones negros y, para colmo, justo cuando me metí en el coche, comenzó a llover. Si pensaba que no podía empeorar el día, a los pocos kilómetros el motor empezó a hacer cosas raras, hasta que se detuvo. Al menos me dio tiempo de meterme en el arcén y quitarme de en medio de la carretera. Lo único que me faltaba era tener un accidente.

Cogí el móvil para llamar a la grúa y este no tenía ni una maldita barrita de cobertura. Estaba en el culo del mundo, sin coche, incomunicada y lloviendo. Dejé caer la cabeza sobre el volante, derrotada, presionándolo con demasiada fuerza, haciendo que sonase el claxon y dándome un susto de muerte. La levanté de un salto y oí unos golpecitos en el cristal. Giré la cara y vi unos ojillos brillantes negros mirándome a través de la ventana. Casi me dio un infarto, y pegué un grito que seguramente superaba con creces los del sanatorio. La extraña mujer con paraguas de lunares me saludó sonriente con

la mano. Bajé la ventanilla sin tener claro cómo había llegado esa anciana hasta allí.

—Buenas noches, hija. ¿Podrías llevarme? —El cantarín acento francés de la señora delataba su nacionalidad.

—El motor no arranca, pero entre rápido antes de que coja una pulmonía —le insté a la desconocida.

Chorreando, la señora se sentó a mi lado, me miró pensativa y me preguntó:

—¿Un mal día?

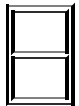
—Un nefasto día, un terrible día, un día de los que no olvidaré. Tan solo quiero llegar y dormir. Nada de lo que me había propuesto hacer hoy ha resultado como esperaba.

—¿Sabías que el que se rinde nunca avanza? Si todo fuese sencillo, ¿dónde estaría la gracia? —La señora me limpió una lágrima con el dedo índice, arrastrando junto con ella una pestaña—. Cierra los ojos, pide un deseo y sopla.

Sonreí ante la inocente idea de que una pestaña solucionase todos mis problemas, y tan solo por eso obedecí.

—¿Cómo se llama? —le pregunté mientras seguía sus instrucciones, deseando estar de vuelta en casa de Aintzira, en su cama, acurrucada entre las mullidas y calentitas mantas.

—Marie. Me recuerdas a alguien que conocí hace algunos años. Veo su espíritu dentro de ti. Sigue buscando, hija. La verdad solo tiene un camino.



Capítulo seis

El desaparecido

Cuando abrí los ojos, la señora había desaparecido y yo estaba en la cama acostada. Seguía lloviendo y era de noche. Llevaba puesta la misma ropa que el día anterior. El coche seguía estacionado en la puerta y tenía las luces encendidas. La última vez que lo cogí se encontraba en la fachada de la clínica. Salí corriendo a apagarlas y vi que sobre el sillón del copiloto descansaba una vieja carpeta azul. En el frontal de esta había una pegatina que ponía: «Confidencial». Dentro, en la primera página, encontré la foto de una Nahia más joven, despeinada y con la mirada ida.

—¿Todo bien? —Justo detrás de mí estaba Ekaitz, empapado.

—Señor, me ha asustado.

—Disculpa, iba dando un paseo y he visto desde lejos las luces. Venía a avisarte para que no te quedases sin batería.

—Ha escogido una mala noche para pasear —le respondí. Me di la vuelta con la intención de entrar en casa y separarme de él.

—Me gusta la lluvia.

—A mí no. Buenas noches.

—¿Te importa si paso? Así me seco un poco y te respondo a eso que querías saber al mediodía.

—Es muy tarde y en un rato tengo que trabajar. Siento ser grosera, pero llevo un día muy largo.

—Bueno, no pasa nada. La juventud de hoy en día no es como la de antes. Nosotros no dormíamos tanto. Tenemos pendiente esa charla.

Entré en la casa con el corazón acelerado y me asomé por la ventana del salón ocultándome detrás de las cortinas para confirmar que se había marchado, pero seguía bajo la lluvia en medio del camino, parado. Una sombra negra volvió a revolotear sobre él. Cerré los dos pestillos de la puerta principal y me metí en la cama corriendo. Sin darme cuenta, había dejado de usar mi habitación. No sabía por qué, pero estaba más cómoda en la de Aintzira.

Los informes de Nahia eran bastante alarmantes. Después de algunos días sin hablar y sin reaccionar a ningún estímulo externo, de pronto comenzó a gritar hasta el punto de que tuvieron que sedarla. El examen físico del hospital también estaba adjunto en los papeles. Decía que había sufrido abusos sexuales, tenía tres costillas rotas, el hombro dislocado y diversas contusiones por todo el cuerpo. Lo que me pregunté fue cómo había sobrevivido a tan tremenda paliza.

No eran horas para continuar leyendo tales atrocidades puesto que esos datos no iban a ayudar a mis miedos nocturnos, así que cogí el diario y esperé que fuese un poco más liviano que el dossier.

20 de enero de 2006

Nahia se recupera lentamente de sus heridas, pero continúa sin hablar. Izar y yo hemos decidido que, al ser viernes, pasaremos todo el día allí con ella.

Haize ha estado conmigo todo este tiempo y la verdad es que ha vuelto a ser el amigo del que me enamoré. Distanciarnos parece que ha servido para que ambos recapacitemos y nos demos cuenta de que no podemos estar el uno sin el otro. Pero ayer realmente me sorprendió. Me dijo que cuando Nahia estuviese mejor se tomaría un año sabático y se vendría conmigo a ver mundo, que si estaba junto a mí, el resto era prescindible. Lo amé cuando dijo eso.

No quiero hacerme ilusiones. Sé que no va a cambiar de la noche a la mañana y que cuando el burro se hace pasar por corcel finalmente rebuzna, y es por eso por lo que he decidido tomármelo con calma en lo que respecta a nuestra relación.

Todo iba de maravilla entre nosotros hasta que ha saltado la noticia de la misteriosa desaparición de Nikanor. Su coche ha aparecido abandonado en el aparcamiento de la Cascada del Cubo. La última vez que lo vieron fue cuando tuvo la pelea con Haize. Nadie se ha dado cuenta de que no estaba porque sus padres son comerciantes, viajan mucho y a veces él los acompaña, pero al regresar han comprobado que su hijo hace semanas que no va a casa. Por lo visto, la comida estaba podrida en el frigorífico y el chico no les ha contestado al teléfono desde entonces y por eso han vuelto antes.

Se han dado batidas por la Selva de Irati, sin éxito. No sé si preguntarle a Haize qué hizo esa noche después de que se marchase de allí. Si fuese él y me pusieran en entredicho, me mosquearía muchísimo. La policía ha hablado con los que estuvimos en esa fiesta y han terminado enterándose del altercado. Haize está en el punto de mira como principal sospechoso, pero sin cuerpo no hay delito, así que lo han dejado ir a la espera de nuevas pruebas que digan lo contrario.

Hoy queríamos pasar un día de chicas con Nahia. Cuando Haize me ha llamado para acompañarnos le he dicho que esta vez iríamos solas. Se lo ha tomado bastante mal, pero no le queda otra que obedecer. Desde que Nikanor ha desaparecido, es un poco el paria del pueblo y tan solo nos tiene a nosotras.

Cuando hemos llegado al sanatorio, Nahia estaba en

el patio, sentada y tomando el sol. Al verme llegar, ha sonreído y se ha puesto en pie. Es la primera vez en este tiempo que reacciona. Le he dado un abrazo y ella me ha dicho al oído:

—Lo siento, tendría que haberte hecho caso.

Me he quedado helada, me he separado y le he cogido la barbilla de forma cariñosa.

—No has hecho nada, lo sabes, ¿verdad? Dime quién fue, Nahia.

—Fue...

En ese instante ha llegado Izar, que estaba aparcando el coche. Cuando Nahia la ha visto, se ha sentado de nuevo y se ha puesto a chillar como una loca, meciéndose de un lado a otro y tapándose los oídos con las manos. Los enfermeros han llegado corriendo, la han sedado y se la han llevado en una silla de ruedas.

—¡¿Qué coño ha sido eso?!

—Ni idea, Izar, pero ha estado a punto de decirme quién fue.

Hemos vuelto al pueblo sin hablar, sin que eso haya quitado que dentro de mi cabeza las voces continuasen gritando algo obvio: cada vez que Nahia ve a Izar, le tiemblan los párpados o grita. Una vez incluso se orinó encima.

Hay signos que me dicen que mi otra amiga tiene algo

que ver con lo sucedido. Por mucho que mi corazón se niegue a creerlo, mi mente me indica lo contrario y las evidencias aún más. La próxima vez iré sola.

¡Joder! No creí posible que Izar hubiese tenido nada que ver con lo que le pasó a Nahia, pero si Aintzira estaba comenzando a dudar, que la conoció muchísimo mejor que yo... Los pelos se me pusieron de punta con tan solo planteármelo, aunque si eso hubiera sido así, el otro día no habrían estado sentados los tres hablando tan tranquilos. Y luego estaba el tema de Nikanor. ¿Por qué nadie me había dicho nada sobre eso? Sí, que cuando alguien llega nuevo no se le dice: «Hola, bienvenido, ha habido tantos muertos y tantas desapariciones». Hasta ahí de acuerdo, pero era otra turbia situación en la que se había visto envuelto Haize, y con esa ya iban tres, que yo supiese: Aintzira, Nikanor y la señora Uxue. Porque ¿quién me decía que no había contaminado las pruebas para que diesen un falso resultado y demostrarme que estaba equivocada y callarme la boca?

La cabeza estaba a punto de explotarme. Dejé el diario junto con los informes de Aintzira y de Nahia dentro de la caja de zapatos y la devolví al armario. No me gustó ver a Ekaitz curioseando por allí a esas horas de la noche y preferí curarme en salud por lo que pudiese pasar. En ese momento no me fiaba absolutamente de nadie en ese jodido lugar.

A las tres de la mañana me despertó el tictac como si estuviese sonándome en el oído. Fui demasiado optimista al pensar que su soniquete había terminado. No supe si levantarme y buscarlo o si taparme la cabeza como hacía cuando algún mosquito intentaba picarme. Opté por lo segundo, así que me cubrí con la almohada y lo ignoré. Algunas semanas antes, si algo de eso me hubiera sucedido en mi casa, seguro que me habría tirado por la ventana.

A los pocos minutos, la cama comenzó a temblar. Fue como si alguien estuviese zarandeándola con fuerza y un tren pasase justo por en medio del dormitorio. Cuando todo terminó, me incorporé rápido. La puerta del armario seguía abierta, la caja de zapatos en el suelo, del corcho se habían caído todas las fotos y la lámpara estaba hecha añicos. Me levanté y recogí con cuidado los cristales. Me encantaba esa lámpara de hadas. Entre los restos hallé el medallón que había visto en mi sueño-visión, o llámale como quieras.

Cuando lo agarré con la mano, comencé a marearme y a sentir cómo algo me lanzaba fuera de mi cuerpo. Por fin todo se detuvo y delante de mí se encontraba la risueña mujer con acento francés vestida de hábito.

—¿Vienes sola, Aintzira?

—Quería hablar con ella.

—¿Estás segura de querer descubrir la verdad? Hay verdades con las que no pueden lidiarse tan fácilmente.

—Sí, lo estoy. —Entramos en la habitación, pero Nahia no estaba allí—. ¿Dónde está? —le pregunté a Marie, pero al girarme, ella ya no estaba.

—¡¡Blanca, Blanca, despierta!! ¡¡Blanca, por Dios, abre los ojos!! —Oí el lamento de Izar como si estuviese muy lejos. Estaba empezando a dudar qué era real y qué no—. ¡¡Blancaaa!!

—¿Qué haces aquí?

Estábamos en el suelo. Izar me sostenía la cabeza sobre sus muslos y tenía medio ataque de nervios.

—¡No te muevas! ¡Estás sangrando!

Me miré asustada de cuello para abajo sin verme nada raro. Lo único era que la cabeza me dolía a rabiar, así que hice caso omiso y me senté. La caja de zapatos no estaba. Me incorporé demasiado rápido y sentí náuseas.

—¿La tienes tú? ¿La has cogido?

—Blanca, no sé de qué estás hablándome. ¿Quieres decirme qué te ha pasado? Déjame al menos que te lleve al cuarto de baño a limpiarte.

Me puse la mano a la cabeza y, al bajarla, vi que estaba cubierta de sangre. En el espejo comprobé el porqué de su impaciencia. Tenía una considerable herida en una de las sienas. La mayor parte de la sangre estaba seca, pero la herida aún seguía abierta. Me senté en el servicio y dejé que me enjuagase.

—Si sigues dándote golpes, vas a tener un jodido cadáver muy mono.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es? ¿Cómo has entrado?

—Me llamó preocupado el doctor porque no habías ido a trabajar. Son las once de la mañana y la puerta estaba abierta. ¿Algo más?

—Eso es imposible, cerré con pestillo. Estoy totalmente segura.

—Pues se ve que no, y menos mal, porque si no, a ver cómo hubiese

entrado.

—¿Has cogido la caja?

—¿Qué caja? Por cierto, ¿cómo es que está abierto ese cuarto?

—Queréis volverme loca, ¿no es cierto? Estáis todos en complot para que me marche y seguir escondiendo vuestras mierdas. ¡Fuera de aquí!

—Pero, Blanca...

—Ni Blanca ni hostias. ¡Fueraaa!

Me levanté y fui empujándola hasta la puerta. En cuanto salió, di un portazo y puse de nuevo los cerrojos tal y como estaba segura de que hice la noche anterior. Miré bien por todos lados para comprobar que realmente no había nadie dentro. Estaba volviéndome paranoica, pero creo que nadie podría reprochármelo.

Una de las ventanas del salón tenía el pasador roto y, aunque la cerrases, podría abrirse con un simple empujón. Salí fuera a tomar aire. Estaba comenzando a ahogarme y, esa vez, el inhalador no me hizo demasiado efecto. Me apoyé en la pared, intentando respirar con normalidad; el frío ayudaba. Me agaché mirando al frente. Juro que notaba mi corazón latir en mi cabeza. No comprendía cómo me había hecho eso. Debajo del coche había algo. Desde donde estaba podía verlo. Repté por el suelo y agarré un listón de un tamaño considerable. Cuando me levanté, vi una sombra negra y mi primer instinto fue atizarle con el mismo palo que acababa de rescatar una y otra vez con todas mis fuerzas.

—¡Paraaa! Blanca, soy yo. —Haize estaba cubriéndose la cara e intentando que no lo desfigurase.

—¿Qué demonios haces aquí?

—¡He venido a ver cómo estabas y te he encontrado tirada en el suelo casi debajo del coche! Y cuando he venido a recogerte, te has puesto a pegarme en plan bateador con eso lleno de sangre. ¡Sangre! ¿Dónde me has dado? ¿Estoy herido? No lo noto. ¡Ay, Dios! ¡Tengo una conmoción, no siento el dolor!

—¡Oh, por favor! No seas más hipocondríaco. Es mía, no tuya.

—¿Tuya? ¡Madre mía, tu frente! ¿Estás bien?

—Sabes que estamos manteniendo una conversación de besugos y que has

gritado como una niña al ver la sangre, ¿verdad? Vaya mierda de forense estás hecho.

—Eh, que si es de otros, no me importa, pero mía es otra cosa.

—Entra, anda. Creo que necesito puntos.

Haize me siguió avergonzado. Después de ver su reacción, estaba segura de que él no fue el que me había apaleado mientras dormía. Le saqué el pequeño botiquín que tenía para emergencias y comenzó a coserme la herida.

—¿Cómo te lo has hecho? ¿Te subiste al techo y te clavaste la rama de un árbol al caer o qué?

—Mira, estoy cansada de secretos y verdades a medias. Te lo contaré con dos condiciones: la primera que no creas que estoy loca, y la segunda que dejes de mentirme. ¡Joder, eso ha dolido! —protesté.

—Perdona, pero estoy acostumbrado a los muertos, y esos no se quejan.

—Pues resulta que yo estoy vivita y coleando, de muy mala leche, y protesto porque me da la gana.

—¿Dónde está Blanca y qué has hecho con ella?

—Resulta que Blanca se ha cansado de ser estúpida. Alguien ha entrado en casa, me ha robado y me ha dejado inconsciente en el suelo.

—Vamos a la policía en cuanto termine de coserte.

—De eso nada. No sé quién está metido en el ajo y quién no.

—¿Y entonces por qué confías en mí?

—Porque eres mi principal sospechoso y prefiero tenerte vigilado.

—Creo que tanta sinceridad está empezando a abrumarme.

—Pues acostúmbrate porque habéis conseguido que se me hinchen las narices. ¿Por qué no me dijiste que Aintzira tenía un medallón con un lauburu?

—A ella le gustaban mucho los colgantes, las pulseras y demás abalorios. Disculpa, pero no tengo una lista de cada uno de ellos.

—Claro, no sabes si tenía un colgante, pero seguro que el tatuaje sí que se lo viste alguna que otra vez.

—¿Qué tatuaje? A Aintzira le daban pánico las agujas. Jamás se hubiese hecho uno de esos.

—Venga ya, Haize. Salía en las fotos de la autopsia.

—He mirado esas fotos cientos de veces y nunca lo he visto. ¿Seguro que te encuentras bien? Te han dado un buen golpe. Creo que tendríamos que ir a hacerte unas placas. Saca la carpeta de la autopsia y lo comprobamos. Verás como no.

—No la tengo. Eso, junto con su diario y el informe del psiquiátrico de Nahia, ha sido lo que se han llevado.

—¿Cómo tenías todas esas cosas en tu poder?

—Es una larga historia. Confía en mí, es mejor que no lo sepas.

—Han llegado los resultados de la señora Uxue. Vamos a la clínica a ver qué dicen. No he querido abrirlos sin que estuvieses delante por si a tu cabecita conspiranoica le daba por pensar que los había cambiado.

El resultado de la sutura no quedó lo que se dice discreto, pero, bueno, me hice a la idea de que eran marcas de guerra. Nos fuimos a mi oficina.

—Haga usted los honores.

Haize me dio la carta y la leí buscando los resultados:

—Hipoxia citotóxica. Se han encontrados dosis letales de cianuro y carbamato en el organismo. Cianuro 200 mg. Carbamato 150 mg. Muerte por envenenamiento. Componentes habituales en productos de desratización especializados.

—Tenemos que poner esto en conocimiento de la policía, Blanca. Finalmente, estabas en lo cierto. Lo que no comprendo es quién podría querer muerta a esa pobre mujer.

—¿No podemos esperar al menos veinticuatro horas más? Ya está muerta; no es que vayamos a salvarla ni nada parecido. Cuando estuve en casa de Uxue encontré bastante dinero en un cajón. Seguro que si investigamos un poco más, daremos con el que lo hizo.

—Blanca, han entrado en tu casa y te han dado casi una paliza. Si el que la mató te vio esa noche husmeando, intentará deshacerse de ti. Esto ya no se trata de un juego. Tu vida está en peligro. Y por cierto, se supone que ibas a por ropa, no a cotillear.

—Daños colaterales. ¿Quién fue el último con vida en ver a la señora Uxue?

—No vas a dejarlo, ¿verdad?

—No. Además, estoy segura de que en el diario de Aintzira está el nombre de su asesino. Tenemos que recuperarlo.

—Un día te doy, solo eso. Y ten por seguro que no voy a separarme de tu lado. Me da igual si Izar se enfada.

—¡No tengo nada con ella! Además, digamos que ahora mismo no soy su persona favorita en el mundo.

—¿Por dónde empezamos?

—Pues hay muchos frentes abiertos, pero creo que el primero sería interrogarte a ti.

—¿En serio?

—¿Dónde estabas la noche de la muerte de Uxue?

—Durmiendo. Y no, no tengo a nadie que me sirva de coartada.

—¿Y la mañana de la muerte de Aintzira? —Haize agachó la cabeza—. ¿Pasa algo?

—Estaba en su casa. Esa noche dormimos juntos. Ella se levantó y se fue a correr, así que fui el último en verla con vida. Le rogué que se quedase conmigo en la cama, pero ella era muy cabezota, y si se le metía algo en la cabeza, cuanto más le dijese que no lo hiciese, peor.

—Fue más o menos la misma fecha en la que Nahia entró en el psiquiátrico, ¿no?

—Sí, ella estaba obsesionada con descubrir quién le dio la paliza.

—¿Nunca se supo?

—La policía acusó a Nikanor. Desapareció la noche anterior, pero tranquilamente él pudo darle la paliza y huir. Además, cuando Nahia se repuso, confirmó que fue él. El problema es que Aintzira ya no estaba con nosotros para saberlo.

—Eso no me cuadra. ¿Por qué el chico más popular y con toda una vida por delante haría tal cosa? Y luego está lo del coche. Si fue él, ¿cómo se fue?

—Blanca, lo único que sé es lo que te he contado. Cientos de veces he pensado que ella lo descubrió y él la mató, pero por aquel entonces ya estaba desaparecido y no creo que se atreviese a regresar. Su foto salió en los

telediarios y en la prensa.

—¿Vamos a hablar con Nahia?

—¿Ya estoy descartado de su investigación?

—Por el momento.

—No creo que Nahia te diga absolutamente nada. Después de eso, ella se volvió una persona fría y reservada. Cuando se enteró de lo de Aintzira, se fue del pueblo. Ha vuelto hace poco.

—¿Y qué sugieres?

—Ekaitz. Podemos hablar con él. Llevó el caso de Aintzira y encontró a la señora Uxue.

—Me da miedo ese hombre.

—No es malo, Blanca. Él podría ayudarnos si se lo contamos.

—¿Te fías cien por cien de él?

—Sí, es un gruñón, pero pondría mi vida en sus manos.

—¿Tienes las fotos de Uxue cerca? Quiero comprobar una cosa. —En las fotos que se le hicieron de espaldas, en el omoplato derecho se distinguía el mismo tatuaje del lauburu que tenía Aintzira—. ¿Viste esto en el reconocimiento?

—¡Mierda, no! ¿De dónde ha salido?

—Es igual que el de Aintzira. Lo que no sé es cómo les sale después de muertos. Si tal y como dijiste ella no lo tenía, es probable que esta mujer tampoco.

Eso de tener a tu jefe de acompañante de locuras estaba bastante bien porque no era necesario poner excusas para escaparme del trabajo. Haize llamó a Ekaitz y quedamos con él en su casa. Cuando llegamos, recibimos un mensaje disculpándose porque se le había complicado el trabajo y que tendríamos que posponerlo.

—No tengo ganas de meterme entre esas cuatro paredes a escribir en el ordenador. ¿Vamos a la cascada? Hoy traigo el teléfono y tengo pendiente hacer algunas fotos para mandárselas a mi madre.

Mientras recorríamos el kilómetro y poco que separaba el aparcamiento de la cascada, dimos un agradable paseo rodeados de vegetación. Aunque era

mediodía, hacía bastante frío por aquella zona y el musgo campaba a sus anchas por los árboles y las piedras, pero esta vez no necesité que me ayudase nadie, ya que conocía el camino y sabía que tenía que llevar paso firme. Lo que me faltaba era caerme de culo y llenarme de barro y hojas.

Sobre la cascada había un saliente que hacía las veces de mirador. Dejamos atrás un pequeño refugio en el que no reparé la primera vez. Decidí que aquel sería el lugar idóneo para hacer unas buenas fotografías. Pensé que realmente había sido buena idea dejar la locura del pueblo y las muertes durante unas horas, incluso el golpe de la cabeza parecía dolerme menos. Haize se había tomado al pie de la letra eso de no separarse de mi lado. Esperé que a la piedra, después de tantos años en esa ubicación, no le diese por ceder con el peso de los dos. Esa era la única parte del río en la que el agua no era tranquila. Después del deshielo, el caudal del río estaba al máximo y la fuerza de la corriente de la cascada era considerable.

Cogí mi teléfono e intenté hacer fotografías en condiciones. Casi siempre, la lente no capta la belleza del momento como la retina. Por mucha tecnología que inventen, una mirada no es un clic. Vi una sombra que subía lentamente desde los dos metros y pico que tendría de honda aquella parte y, de pronto, un cuerpo salió a flote y fue arrastrado por la corriente río abajo. Haize y yo nos miramos, entre sorprendidos y asustados, y corrimos tras él. Finalmente, quedó varado en la parte contraria del río. Desde donde estábamos podíamos distinguir un cuerpo en avanzado estado de descomposición con unas cuerdas colgándole y moviéndose al son del agua.

—¿Qué ha sido eso?

—El que es de aquí eres tú, así que dime si es normal que floten cadáveres cuando los visitantes echan fotos.

El cuerpo empezó a desprenderse de su agarre en la orilla. Si no hacíamos algo, se lo llevaría la corriente. Toqué el río con la mano con la intención de tirarme y rescatarlo, pero el agua de Navarra en febrero estaba congelada. Si después de un segundo casi no me noté las puntas de los dedos, no quise pensar en el resto del cuerpo. Creo que Haize leyó mis intenciones.

—Llama a la Guardia Civil, di que traigan un equipo contra la hipotermia y cuéntales que hemos encontrado a un muerto —me dijo, quitándose los zapatos y metiéndose en el agua.

Obedecí rápidamente. El guardiacivil que me contestó me aseguró que no

tardarían en llegar.

Por esa parte no cubría más de un metro y medio, pero era suficiente como para que al pobre muchacho se le congelasen sus partes nobles. Fue caminando despacio y estoicamente hasta alcanzarlo. Cuando lo tocó, vi cómo parte de la poca piel que le quedaba reblandecida por la humedad se le adhería a las manos y me entraron ganas de vomitar. Haize tiró del cuerpo, asiéndolo esta vez por la ropa, hasta colocarlo sobre unas piedras, desde donde me sonrió temblando y levantó el pulgar.

Tal y como prometieron, al poco apareció un equipo de montaña con Ekaitz delante y dos camillas que no tardaron en rescatar a lo que fuese que había salido de la cascada. Este no era precisamente mi plan de día tranquilo en el campo... Haize usó el destartalado y sucio refugio para ponerse la ropa seca que le trajeron. El lugar tan solo tenía una mesa, un banco, unas estanterías y un altillo al que se accedía por unas escaleras de madera. Les explicamos a los guardiaciviles lo sucedido y nos dejaron el cuerpo en la morgue para que intentásemos analizarlo y decirles de quién se trataba.

—¿Estáis bien? —Ekaitz se había quedado con nosotros en la clínica.

—Sí, gracias por la premura —le respondí.

—Niña, desde que llegaste, hay un rastro de cadáveres en este pueblo.

—Ella no tiene nada que ver. Ha sido casualidad —me defendió Haize.

—No creo en las casualidades.

—Ekaitz, ese cuerpo, según el estado en el que está, lleva bastante más tiempo que Blanca aquí.

—Tan solo digo que hasta que ella apareció, nuestra vida era mucho más tranquila. Me han dicho que la vieron entrar de noche en casa de Uxue. ¿Es cierto?

—Necesitábamos ropa para el velatorio, ¿o querías que dejásemos a la señora llena de mierda dentro del ataúd? —Haize fue rápido respondiendo.

—¿Y cómo entraste? —me preguntó, mirándome fijamente a los ojos.

—Mi padre tenía unas llaves. Ella misma se las dejó aquí por si se le cerraba la puerta. Ya sabes la confianza que tenía la señora Uxue con mi madre, y esto está más cerca que la casa de ellos —contestó por mí.

—No me acaba de convencer nada de esto. Haize, estaré observándoos, no

lo olvidéis.

—Y nosotros estaremos encantados de que lo hagas, pero ahora mismo me gustaría cambiarme y comenzar a trabajar en el desconocido. Te mantendremos informado —le prometió Haize, empujándolo disimuladamente fuera de la sala.

—Me da que la conversación ha quedado anulada, ¿verdad?

—Me temo que sí. No es malo, Blanca, es solo que se preocupa por este pueblo. Me cambio y comenzamos con la autopsia. En una cosa tiene razón.

—¿En qué?

—En que desde que llegaste, tengo más trabajo —se burló, dándome un cariñoso golpecito en el hombro y dejándome a solas con el cuerpo metido en una bolsa negra sobre la mesa de trabajo.

Capítulo siete

Las sombras

Estuve tentada a abrir la bolsa, pero después de mi anterior experiencia con la señora Uxue no me sentí preparada y aguardé a que Haize llegase. Yo podría haber ido tomándole las pertinentes fotografías al cuerpo y casi lo hice, pero justo cuando fui a coger la cámara, Haize apareció con ropa de deporte y su bata blanca.

—¿Querías empezar sin mí? —protestó mientras la abría y dejaba al descubierto el cuerpo.

En el momento en el que tuve en primera plana lo que quedaba de aquella persona, salí corriendo de allí para no vomitarle encima. La camiseta estaba hecha jirones. Los trozos desgarrados de tela se habían fusionado con la carne y la habían dejado sobresaliendo y en relieve. El pelo, las uñas y la piel eran inexistentes. Mantenía la boca abierta, y a través de la oquedad se veían —o, más bien, no se veían— las piezas dentales que revelaban la mandíbula. Los párpados junto con los globos oculares fueron seguramente devorados por las truchas y demás predadores del río. De las muñecas, cuello y tobillos colgaban unas cuerdas rojas, como las que se usan para los tendederos. La dantesca imagen logró que se me clavase a fuego en la pupila y que, aun sin tener el cadáver enfrente, fuese capaz de describirlo a la perfección. Era la primera vez que veía un cuerpo en ese estado de descomposición.

—¿Estás bien? —Preocupado, Haize salió conmigo al pasillo.

—Voy al baño. Enseguida lo estaré —me disculpé. Agaché la cabeza y aguanté las arcadas. Cuando me dirigí a las escaleras, me sorprendió toparme en el primer escalón con un chico apoyado en la barandilla que me daba la espalda—. Disculpa, no puedes estar aquí abajo. ¿Buscas a alguien?

El muchacho se giró y me miró. Lo cierto es que era bastante atractivo. Simplemente se quedó parado frente a mí, observándome. Me acerqué unos pasos más y, cuando estábamos a tan solo unos metros, el chaval abrió la boca intentando hablar, pero en lugar de palabras, de ella salió un caño de agua negra con un espantoso hedor a putrefacción que me empapó desde el pecho hasta los pies. Su mirada suplicante fue lo que evitó que saliese

corriendo en dirección contraria y chillase como una perturbada. Tragué saliva, me giré y regresé a la morgue sin mirar si continuaba de pie e inmutable bajo las escaleras.

—Sé quién es nuestro cuerpo.

—¿Han reventado las tuberías del baño?! —me preguntó alterado Haize en cuanto me vio llena de fango y agua sucia.

—Se trata de Nikanor.

—Blanca, eso es imposible, hace doce años de su desaparición. Si hubiese estado ahí todo este tiempo, de él tan solo quedarían sus huesos, y a lo mejor ni eso, porque ya se habría desmontado y estarían distribuidos por los ríos de medio país. Este cadáver tiene menos tiempo.

—Busca algo que demuestre que estoy en lo cierto, porque lo estoy.

—Tendría que hacerle una prueba de ADN. Tengo aquí su historial clínico y podríamos cotejarlo, pero tardaría unos días. Y desde ya te confirmo que no lo es.

—Si no supieses que es imposible que se mantenga en ese estado, ¿habría alguna posibilidad de que fuese él? Lo viste la noche que desapareció y le diste un puñetazo, así que no me digas que no lo recuerdas.

—¿Cómo sabes eso? —me preguntó, respondiéndose él mismo—. Si alguna vez lo recuperamos, quiero leer ese diario. Y para tu información, no recuerdo mucho de esos años. Ahora que hago memoria, creo que Nahia estaba loca por él. Casi seguro que podría contarnos más. Además, la Guardia Civil tiene que tener las fotos que colgaron cuando desapareció.

Continuamos con la autopsia sin hallar nada que nos revelase las causas de la muerte. Que estuviese bajo el río atado a piedras para que no flotase era ya un signo evidente de que no estaba dándose un baño, pero yo necesitaba demostrar que estaba en lo cierto. Mi instinto y mi ropa llena de mierda me lo decían, por mucho que la ciencia dijese lo contrario. En esos días había aprendido que no todo tiene una explicación racional.

Ahora, con Ekaitz en nuestra contra, Izar enfadada y la Guardia Civil pendiente de ese nuevo cuerpo, nuestra libertad de movimientos se había visto bastante menguada. Al menos tenía a Haize de mi lado. Continuaba sin fiarme de él al cien por cien, pero sola no hubiese sido capaz de seguir. Necesitaba su ayuda.

—No me dio tiempo de terminar de leer el informe de Nahia ni el diario de Aintzira —me lamenté.

—Casi prefiero no saber cómo los conseguiste.

—Pues el diario estaba en la habitación que alguien se empeñaba en tapar y el expediente de Nahia..., digamos que me lo facilitaron en el sanatorio. Nikanor fue el principal sospechoso de la agresión. ¿Crees de verdad que ella nos contará algo?

—No somos los mejores amigos, pero podríamos intentarlo.

Haize llamó a Nahia para que fuese a identificar el cadáver. Seguía sin creer que se tratase de él. Haize era un hombre de ciencia y se negaba a aceptar cualquier otra explicación.

—Todavía no entiendo qué tengo que ver yo con el muerto que habéis encontrado.

—Nahia, sabemos que puede resultar traumático para ti, pero tenemos a un desconocido en la mesa de autopsias que no concuerda con la descripción de ninguno de los desaparecidos recientes de la zona. Nikanor se esfumó en extrañas circunstancias después de lo que te pasó, por lo que queríamos descartar que fuese él.

—¡Nikanor! —exclamó sorprendida—. Haize, ¿es algún tipo de broma? Porque si es así, no tiene ninguna gracia.

—Nahia, solo dinos qué recuerdas de esa noche. ¿Con quién quedaste la vez anterior cuando apareciste en casa de Aintzira con las medias rotas? —le pregunté, suavizándolo todo lo posible para que no saliese corriendo. Que esa información estuviese en mi poder, cuanto menos la puso nerviosa.

—No pienso contestaros a eso. Enseñadme el cadáver y os confirmaré si era él. Es lo único que voy a hacer.

Bajamos a la morgue, no sin antes advertirle del estado de descomposición del fallecido.

—Nahia, la muerte de Aintzira sigue siendo un misterio. Sé que erais buenas amigas, por eso estoy segura de que si ella estuviese en tu lugar, haría lo imposible para descubrirlo.

—¿Qué fácil es hablar sin saber? La muerte de Aintzira me acompañará de por vida. Es un peso que tendré que llevar a cuestas hasta que me muera —se lamentó.

Haize sacó el cadáver del cajón, abrió la bolsa, y tanto él como yo nos quedamos de piedra.

—¿Cómo cojones quieres que intente identificar esto?

Dentro tan solo había huesos. La carne no estaba, ni la ropa ni nada de lo que había hecho que me fatigara. De los dos, Haize era el que tenía la cara más desencajada.

—¡Es imposible! ¡Han debido cambiarlo, pero no nos hemos movido de aquí! Nahia, te juro que había un cuerpo con carne y ropa. Mira las fotografías.

Cogió la cámara y puso las fotos que le habíamos sacado momentos antes. En ellas se veía exactamente lo mismo que teníamos enfrente: un montón de huesos sueltos.

—Nikanor tuvo una rotura de fémur. Mira si concuerda con alguno de los restos que tenéis ahí.

Acompañé a Nahia a la salida y dejé a Haize quebrándose la cabeza intentando explicar lo que acababa de suceder.

—¿Tomamos un café? No creo que Haize perciba que no estás. Ahora mismo, el puzle óseo es más importante que tú.

Fuimos al bar de Izar y nos sentamos en la terraza al sol. Mi antigua amiga no estaba trabajando, cosa que agradecí. Lo último que quería era un ataque de celos al verme con Nahia a solas.

—No fue Nikanor el que te agredió, ¿verdad?

—Blanca, no es tan sencillo como crees. Deja las cosas como están, es lo mejor para todos.

—¿Para Aintzira también?

—A Aintzira no puede sucederle nada más. En cambio, a ti sí.

—¿Estás amenazándome?

—No, estoy avisándote. Si yo fuese tú, recogería mis cosas y me marcharía de este pueblo.

—Pero, por suerte, no lo eres.

Justo entonces llegó Izar en su todoterreno con la compra del bar y nos vio discutiendo. Nos saludó con la mano como si no hubiese pasado nada entre

nosotras y comenzó a bajar las cosas. Entre muchos botellines de cerveza, latas de refrescos, leche y demás artículos, había una caja que ponía «Matarratas profesional». Me levanté de un salto, dejando sola a Nahia, y me puse a ayudarla a descargar.

—Veo que te han cosido el golpe. ¿Estás mejor?

—Sí, siento haber sido tan borde esta mañana.

—Si sigues juntándote con esa, tu nivel de antipatía aumentará por minutos.

—¡Te he oído! —se defendió Nahia.

—¡Y yo lo he dicho para que me escuches!

—¿Tienes problemas de ratas? —le pregunté, y cogí la caja que me interesaba.

—No, me la encargó mi padre. Por lo visto, tiene algunos roedores comiéndose las verduras que ha plantado. Tengo que ir a llevárselo. ¿Me acompañas?

Acepté y recé para que Ekaitz estuviese de mejor humor que hacía un rato.

—¿Qué relación tienes con tu padre? —me atreví a preguntarle.

—Cuando mi madre murió, él se encargó de que no me faltase nada. Sé que puede parecer un hombre tosco y malhumorado, pero es mi vida. Si me faltase, no sé qué haría.

La casa estaba vacía. El hombre estaría en el cuartel investigando hasta mi ficha dental. Le dije a Izar que tenía que ir a mi domicilio a por unos papeles. Me escondí tras unos árboles y esperé a que se marchase. Tenía que saber qué ocultaba en las cajas de las que tanto se afanaba en deshacerse.

Cuando se marchó, entré en el cuartito de trastos que estaba fuera. La puerta no estaba cerrada con llave. Lo primero que hice fue buscar las cajas con las que lo vi la noche que soñé con él. Hurgué por todas partes, procurando no descolocar nada, pero sin éxito. Lo que fuese que hubiese escondido, ya no estaba allí. El motor de un coche llegando hizo que mi corazón se desbocase. No podía salir y que me viese. No tenía ninguna excusa y no quería proporcionarle más motivos para hostigarme. Me escondí detrás de una mesa justo cuando se abrió la puerta. Desde el ángulo de visión que quedaba libre entre el suelo, la mesa y demás trastos amontonados, vi cuatro piernas.

—Tenía esto en su poder. ¡¿Cómo lo ha conseguido?! —gritó Ekaitz.

—Esto tiene que terminar. Nunca he dicho nada, y no va a ser ahora cuando lo haga. Ella está cerca. Tan solo tiene que atar cabos.

Nahia estaba hablando con Ekaitz sobre mí. Procuré tranquilizarme. Si se paraban a escuchar, podrían oír mi respiración. Estaba a punto de darme un ataque de asma.

—Ella no sabe una mierda, y tú, por la cuenta que te trae, deberías dejar de hablar y de venir aquí. No quiero volver a verte.

—No te interesa amenazarme. Tengo demasiadas cosas en tu contra. Te juré que te haría la vida imposible, y ten por seguro que cumpliré mi palabra.

—Esto se queda aquí —concluyó Ekaitz, metiendo algo en un cajón de la mesa que me ocultaba—. No hagas estupideces y ambos estaremos bien.

Al rato volví a oír el motor alejarse. No fue hasta entonces que me atreví a echarme el inhalador. Si hubiesen tardado unos minutos más, no sé qué habría hecho. Miré en el cajón y encontré una bolsa con el diario y el expediente de Nahia dentro. Les hice fotos a todas las páginas y volví a colocarlos en su sitio. Si me los llevaba, sabrían que alguien había estado allí y mi vida estaría en peligro. Tenía que contarle todo a Haize. Corrí por el sendero que llevaba al pueblo. Cuando me faltaban pocos metros para alcanzar la primera casa, me crucé con Ekaitz.

—¿Me buscabas?

—¿Yo? No, claro que no, qué tontería.

—Blanca, este camino tan solo conduce a mi casa.

—Estuve allí con tu hija para dejarte unas cosas de desratización que le pediste.

—No quiero verte más ni por allí ni con ella. ¿Has entendido?

—Creía que la gente del norte era más hospitalaria.

—No con los que vienen a desmontarnos la vida.

Lo finté para continuar mi camino, implorando que alguien apareciese, cuando de pronto me arrebató el bolso de un tirón y lo volcó en el suelo delante de mis narices.

—No me fío de las personas que vienen a visitarme cuando saben que no estoy. —Pisó mi teléfono y continuó andando dándome la espalda.

La pantalla había quedado totalmente destrozada. Sentí una mezcla de impotencia, coraje y miedo. Lo recogí todo y regresé a la clínica. Haize continuaba allí, echando fotos a los restos. Cerró el cajón y lo abrió rápido como si fuese la chistera de un mago y de ahí fuera a aparecer un conejo de pronto o algo.

—¿Estás bien?

—No, tu querido amigo Ekaitz acaba de amenazarme y pisotearme el móvil. Y para colmo, Nahia me ha recomendado que abandone el pueblo.

—No puedo dejarte sola.

—No tiene gracia —protesté—. Y para tu información, fue él quien me robó los papeles y el que me dio el cachiporrazo.

—¿El qué?

—¡¡El cachiporrazo, el viaje, el golpe, el bimbazo, el que casi me abre la cabeza!!

—¿Te lo ha dicho?!

—Menos mal que eres guapito... ¡¿Cómo va a decírmelo?! Me colé en su casa y encontré las cosas en un cajón.

—¡¿Que hiciste qué?!

—No me grites todavía. No me los llevé, no soy tan tonta. Les hice fotos, pero el simpático ha bailado flamenco sobre la pantalla.

—A ver, déjame ver.

Haize conectó el teléfono al ordenador y al momento comenzaron a salir las hojas por la impresora. Las cogí aún calentitas y las abracé. Cuando el diario desapareció, me entró la misma angustia que si hubiera perdido una parte de mí.

—¡Eres genial!

—No te alegres tanto. Prométeme que no volverás a hacer ninguna estupidez.

—Lo intentaré. Ekaitz tenía matarratas en su casa. Se lo encargó a Izar. Creo que fue él quien mató a la señora Uxue.

—Blanca, eso es un artículo que todo el mundo tiene por aquí, no es una prueba —me informé, y volvió a abrir el cajón.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de mirar los huesos?

—Es que no lo comprendo. Te juro que yo mismo toqué la carne putrefacta y vi el cuerpo.

—Desde que llegué aquí, he recordado una cosa que creí que había superado.

—¿Cuál?

—Que no todo es lo que parece ni todo tiene explicación. A veces hay que mirar las cosas con la mente abierta y desde otro prisma. Es mejor no hacerse preguntas.

—Tengo que mandar una muestra del hueso para que lo analicen y compararlo con el ADN de Nikanor. Si estás en lo cierto, tengo un problema.

—¿Por qué?

—Porque fui de los últimos en verlo con vida hace doce años, y si realmente es él, soy el principal sospechoso de su muerte. El delito no ha prescrito.

—Pero no fuiste tú, y ahora tenemos más motivos para descubrir quién y por qué y si está relacionado con la muerte de Aintzira. Te dejo cortando huesos y me voy a casa a leer, jefe. Necesito saber qué ocultan Ekaitz y Nahia para tener tanto empeño en que cese la investigación.

—De acuerdo, pero no te muevas de allí. En cuanto salga, iré a buscarte.

Llegué a casa, cerré con pestillo la puerta, puse un pasador en la ventana para que no pudiese abrirse desde fuera, me tumbé en la cama y comencé a leer el diario. Sabía que el informe de Nahia también era importante, pero me apetecía seguir conociendo a Aintzira.

22 de enero de 2006

Izar ha estado distante todo el fin de semana mientras que Haize, al contrario, no se ha separado de mi lado. Sé que está preocupado por lo que le ha pasado a Nahia, pero comienza a asfixiarme que esté tan encima de mí. El padre de Izar nos ha recomendado que hasta que no se

sepa nada, no salgamos solas de noche. Ayer por la mañana se armó un gran revuelo en el pueblo. La Guardia Civil vino a hablar con los padres de Nikanor. Por lo visto, Nahia les ha confesado que fue él quien intentó matarla y que luego la dio por muerta. Supongo que al descubrir su error, huiría a Francia y de allí vete tú a saber a dónde. Aquella noche en la cascada ellos dos no hablaron y no vi ningún signo de interés en él por mi amiga. Es por eso por lo que me siento aún más estúpida y culpable.

Jamás entenderé la mente humana ni lo que pasa por la cabeza de una persona para llegar a hacer eso. Al menos, mis sospechas iniciales son totalmente infundadas. Es lo único bueno que puedo sacar de todo esto, que soy una paranoica y que veo fantasmas donde no los hay. Cuando se lo conté a Haize, suspiró aliviado. No tiene que ser divertido que te acusen de asesinato. Él tiene muy mal genio y un carácter de mil demonios, pero nunca pensé que pudiese hacer algo así. Parece que todo va solucionándose poco a poco. En cuanto las aguas hayan vuelto a su cauce, retomaré mi tan ansiado viaje.

Estaba segura de que los huesos que habíamos encontrado eran de Nikanor. La pobre Aintzira no sabía lo equivocada que estaba entonces. Me dio pena pensar en lo ilusionada que se sentía pensando en el viaje que nunca hizo. «¿Quién especulaste que fue, querida amiga?».

Me dormí imaginándonos a las dos visitando Londres como si nos conociésemos de toda la vida, pero ese pensamiento se transformó en sueño. Todo iba bien. Por una vez, era uno placentero y no una de mis habituales

pesadillas, hasta que de pronto el escenario cambió y me vi de nuevo en la clínica, en concreto en la morgue. Veía a Nahia llorando y rogando por su vida. ¡Era a mí a quien se lo pedía! No comprendía qué ocurría. Miré mis manos y en una de ellas llevaba un bisturí y la amenazaba con él. Intenté dar marcha atrás sin que mi cuerpo me obedeciese, igual que aconteció en el cementerio. Di un paso tras otro. La pobre chica se agachó y se cubrió la cara con los brazos. Me lancé sobre ella y la levanté tirándole del pelo, la agarré por la espalda y, de un solo movimiento, cercené su blanco y delicado cuello con mi instrumento de trabajo, sin que ello me supusiese ni tan siquiera un latido extra en el corazón. La arrojé al suelo y aguardé a que se desangrase lentamente. No tenía prisa ni miedo.

Nahia continuaba viva. Me miraba con lágrimas en los ojos y lograba tener algún débil parpadeo muy de vez en cuando, hasta que por fin los mantuvo abiertos el tiempo suficiente, dándome a entender que ya no respiraba. Dentro de mí, la satisfacción por concluir una etapa abierta hacía mucho fue tal que me permití el lujo de sonreír y de sentirme orgullosa conmigo misma. La última vez no pude terminarlo, pero ahora sí. Ahora, esa pequeña zorra no podría estropear me la vida como pretendió la primera vez.

Intenté despertarme; estaba convencida de que aquello no era real y de que esos pensamientos no eran los míos. Mientras luchaba con mi subconsciente por huir de aquella escena, vi un reflejo en las puertas de acero inoxidable del armario de cuerpos. Haize estaba de pie frente al cadáver de Nahia con el bisturí en la mano, la bata llena de sangre y la mirada perdida.

Me levanté sudando como si me hubiesen tirado un cubo de agua encima y con la imperiosa necesidad de contactar con Haize. En mi fuero interno sabía que algo no andaba bien. Después de llamarlo unas diez veces en menos de dos minutos, escondí las hojas debajo del colchón y salí corriendo hacia la clínica. Estaba cerrada y a oscuras, y suspiré aliviada. Estaba volviéndome loca, pero no pude evitar bajar y comprobar que todo estaba bien. Al abrir las puertas, pisé algo húmedo en el suelo. Encendí la luz y a mi lado estaba Nahia, tal y como la acababa de ver en mi sueño: inerte sobre un gran charco rojo, con los ojos abiertos y la garganta cortada. Delante de mí se encontraba Haize con las manos en la cabeza, la cara descompuesta y llorando como un niño.

—¡Blanca, te juro que no he sido yo! —me gritó mientras se incorporaba y se aproximaba a mí con el arma aún en su temblorosa mano.

Salí corriendo lo más rápido que mis piernas me lo permitieron y continué por la calle que daba al puente, rezando por encontrarme a alguna persona que me ayudase. Haize me seguía y me chillaba. Estaba demasiado cerca y yo demasiado asustada. El aire empezó a faltarme en los pulmones y no podía dejar de mirar hacia atrás. Me daba miedo volver la vista al frente y a la siguiente vez que girase la cabeza encontrarlo pegado a mí. Hasta que, de repente, me golpeé con algo.

—¿Qué pasa?!

Ekaitz me tenía sujeta por los hombros e intentaba tranquilizarme. Miró a mi espalda y vio a Haize lleno de sangre y con el escalpelo en alto. Me situó detrás de él y, antes de que mi persecutor pudiese hacer nada, le propinó dos puñetazos en la cara y uno en el estómago, dejándolo tirado sobre los fríos adoquines del puente.

La ambulancia, la Guardia Civil y los curiosos no tardaron en aparecer. Se llevaron a Haize esposado en un furgón y los conduje hasta donde se hallaba Nahia.

Capítulo ocho

Vuelta a casa

Después de horas de interrogatorio y de decir por activa y por pasiva que me había olvidado unos documentos allí y que por eso había regresado a la clínica, finalmente me dejaron ir a la espera de que fuese el juicio y testificase en contra de Haize.

Cogí mis cosas, me monté en el coche y, sin pensarlo dos veces, me vi conduciendo en dirección a Cádiz, de regreso a mi querido hogar. Necesitaba el olor a playa, a mar, ver el gentío en las plazas y a las señoras gritándoles a los chiquillos en medio de la calle. Ansiaba llegar a la tranquilidad de mi casa. Durante las horas que conduje se sucedieron por mi cabeza las imágenes de todo lo acaecido esos días. No podía continuar allí.

Al llegar a la zona conocida, sin pensarlo, tomé por la parte que llevaba a las vías. Al percatarme, me detuve y me quedé mirando el verde círculo del semáforo durante algunos minutos hasta que el coche situado detrás de mí se cansó de esperar y comenzó a pitarme repetidas veces. Estaba bloqueada y temblando. Fue como si, de pronto, todo lo que sucedió esa noche se repitiese a cámara rápida en mi mente. La insistencia de los pitidos logró que reaccionase y que continuase la marcha, pero dejar atrás el lugar no significó que no siguiese reviviendo el accidente.

Llegué a casa de mi madre ya de noche. Solté la maleta en mi dormitorio y la busqué, pero no estaba. Seguramente se encontraba sumida en la labor de dar de comer a una colonia de gatos que tenía adoptada. Me metí en la ducha y me quedé más tiempo del necesario; quería quitarme el olor a culpabilidad. Me sentía como cuando un niño rompe algo, no lo cuenta y no puede descansar hasta que lo dice. La sensación que tuve en ese momento fue exactamente igual.

De pronto, alguien abrió la puerta de la mampara de la ducha. Salté asustada y me cubrí mis partes nobles como pude.

—¡¡Aaah!!

Mi madre se hallaba con la fregona en la mano y me amenazaba con el mocho, apuntándome directamente con los flecos llenos de lejía. Acababa de

darme cuenta de que con todo el revuelo no la había avisado de mi regreso y la pobre mujer estaba al borde de un síncope. Antes de que se descubriese quién era su intruso, me atizó un fregonazo en la cabeza y me abrió la herida.

—¡Mamá, para, soy yo!

—¡Blanca, ¿qué diantres haces aquí?!

—¡¿Ducharme?!

—¡¿Y por qué no has avisado?! ¡Qué alegría verte!

—¡Mamá, ¿por qué seguimos gritando?!

—¡No lo sé!

—Pues baja el arma, deja de chillar y déjame salir, o los vecinos van a llamar a la policía.

—¡¡Blanca, estás sangrando!! —continuó vociferando.

—¡Mamá, me has dado con una fregona, palo incluido!

Cuando por fin mi progenitora se tranquilizó y logré que saliese del cuarto de baño, hurgué en el armario buscando algo con lo que curarme, pero allí tan solo había puntos de aproximación. Me los puse a sabiendas de que la cicatriz no me la quitaba ya ni el papa. Al final me iba a parecer a Frankenstein.

Pedimos la cena en un conocido bar de allí, la Buhardilla, y nos sentamos en el sofá a charlar. Pero, claro, mi madre no era tonta, y entre otras cosas me había parido. La conversación que temía no tardó en producirse:

—Nena, me alegra mucho que vengas a verme, pero Navarra no es que esté aquí al lado precisamente. ¿Qué ha pasado?

—Las cosas se volvieron un poco caóticas por allí arriba y necesitaba estar en casa un tiempo.

—A otra con ese cuento...

—¿Recuerdas cuando el accidente? He vuelto a ver cosas.

—Creí que eso ya lo habíamos superado.

—Evitarlo, esconderlo y no hablar sobre el tema no es superarlo, mamá.

—El pasado es mejor dejarlo tranquilo. ¿Quieres que vayamos a por la medicación? No te haría mal.

—¡Nooo, Pepa! ¡Quiero que por una vez seas sincera conmigo y me digas qué pasó esa noche! —Cuando me enfadaba, la llamaba por su nombre, al

igual que hacía mi padre. Sabía que eso le molestaba.

—Me duele la cabeza. Va a saltar el levante. —Se levantó a medio cenar, me dio un beso en la frente y agregó, cambiando de tema—: No te acuestes tarde, cariño.

Odiaba cuando hacía eso. Engullí el resto de la comida y me embutí en mi camita. Echaba de menos el olor del suavizante de la ropa de mi madre. En mi maleta tenía las hojas que Haize rescató de mi móvil y sentí curiosidad por seguir leyéndolas, pero esa noche no. Esa noche quería estar tranquila y olvidar el infierno que había vivido de buenas a primeras.

El ya conocido tictac del reloj me despertó y abrí los ojos desubicada. Por un momento creí que había soñado el viaje de vuelta, pero cuando me incorporé, reconocí mis cosas y suspiré aliviada; el subconsciente me había jugado una mala pasada. Me recosté de nuevo e intenté relajarme, sin embargo, el insistente sonido regresó sin dejar de aumentar sus decibelios. Provenía del armario; estaba segura. Di una vuelta tras otra y me tapé la cabeza con la almohada hasta que finalmente me levanté de un salto y me dirigí decidida a abrir las puertas. En cuanto lo hice, un caño de agua salió de él tumbándome y llenando la habitación en segundos.

Todo estaba oscuro. Algo me agarraba la pierna y tiraba de mí hacia la lobreguez del interior del mueble. Intenté gritar, pedir auxilio, pero en vez de sonidos, de mi garganta salieron leves gemidos. Estaba ahogándome en mi propio dormitorio. Miré al lado para agarrarme a la pared, pero había desaparecido. En su lugar había frondosos árboles. Miré hacia arriba y vi la piedra en la que estuvimos Haize y yo haciendo fotos a la cascada donde descubrimos el cadáver. En la orilla, una sombra negra me contemplaba inmutable. Mi agonía iba en aumento y estaba cansada y asfixiada.

A lo lejos escuché unos golpes y la voz de mi madre gritando:

—¡Blanca, abre la puerta! Sale agua de tu cuarto. ¡¡Blanca!!

Finalmente, las fuerzas me pudieron y me hundí. Estando allí abajo, vi la cara de Aintzira frente a mí. El pelo le ondeaba de forma antigravitacional, sus ojos me observaban tristes y de mi boca se escapó la última burbuja de oxígeno que guardaban mis pulmones. Aintzira estiró su brazo, me agarró la mano y tiró fuerte de mí hasta la superficie. Abrí los ojos justo cuando mi madre entró en la empapada habitación. Se sentó a mi lado, me ayudó a incorporarme y me sostuvo entre sus brazos mientras sollozaba.

—¿Estás bien? ¡Hija, dime algo!

Tan solo pude sonreírle para que dejase de preocuparse. Todo estaba mojado, y yo no era la excepción. Nos levantamos, me cambié, cerramos la habitación y, sin decir nada más, mi madre me acostó en su cama. De sobra sé que se quedó el resto de la noche mirándome como si de mi ángel de la guarda se tratase.

—Blanca, ¿estás mejor? Despierta, cariño, tenemos que hablar. —Me incorporé como pude, sintiendo todo el cuerpo dolorido, al igual que si acabasen de darme una paliza—. Nena, al vecino se le ha roto la tubería y por eso se ha anegado tu dormitorio. Ya he llamado al seguro, no te preocupes. Solo ha sido un susto.

—¡No, mamá! No ha sido eso. He dejado de estar aquí. ¿Es que no lo entiendes? ¡Algo malo pasa conmigo!

Lloré como hacía años que no lo hacía, con el corazón encogido, con los ojos llenos de lágrimas y con la mayor desesperación que había sentido en mi vida.

—Blanca, ¿recuerdas la noche en la que murió papá? —Asentí—. Él intentó mataros a los dos. Esto es un castigo por lo que hicimos.

—¡Eso no es cierto!

—Escúchame en silencio, porque si me interrumpes, no sé si tendré las fuerzas suficientes para continuar. Tu padre y yo íbamos en el coche. Era tarde. Veníamos de casa de tu abuela paterna y ellos habían discutido. Él estaba cansado y nervioso. Mi querida Blanca iba en los asientos traseros en su cuquito. Nos marchamos corriendo de allí y no me dio tiempo a ponerle al capazo los cinturones de seguridad. De pronto, tu padre se saltó un semáforo y atropelló a una mujer que cruzaba la calle con su carrito. Mi bebé salió disparado por la luna delantera, cayendo a pocos metros de ella. Nos apresuramos, pero ya mi pequeña Blanca no respiraba. La pobre señora sufrió la misma suerte. Cuando el caos y el pánico nos llenaron a tu padre y a mí, al lado de la acera, algo dentro de los restos del carrito comenzó a hacer ruido. Los dos corrimos hasta allí. Yo tenía a mi Blanca sin vida en los brazos y tu padre te agarró a ti. Nos miraste con esos enormes ojos y tus mofletes sonrosados y nos sonreíste. Cogí a mi pequeña criatura ensangrentada y la coloqué en tu lugar. Los dos nos montamos en el coche de nuevo y nos fuimos de allí como si nada hubiese pasado. —No podía creer lo que estaba

escuchando. Todo mi mundo se vino abajo en segundos. Todo lo que había creído y querido no era más que una farsa—. Después de eso, tu padre comenzó a beber y a ver sombras donde no las había. Nunca descubrieron quién atropelló a esa mujer y a su hija. Cuando la noticia salía en la televisión, simplemente la pagábamos y seguíamos con nuestra mentira. Tú estabas con nosotros, fue como una segunda oportunidad, así que nos hicimos cargo de ti y te amamos al igual que a nuestra hija. Él empezó a perder la cabeza y a visitar a una extraña vidente a la que le contó lo que hicimos. Ella le dijo que el destino no permitiría que nos fuésemos de rositas. Una noche fue a recogerte y se quedó en las vías del tren esperando que este terminase con su sufrimiento y llevarte con él también, tal y como se suponía que tenía que haber sucedido la primera vez. Nadie se explicó cómo sobreviviste al accidente. De nuevo, la vida te concedió otra oportunidad, a ti y a mí.

—¿Cómo me llamo, mamá?

—Blanca, cariño...

—¡¡Nooo!! ¡Ya has jugado bastante con mis recuerdos y con mi vida! ¿Cómo coño me llamo?

—Gaia Ocariz Chivite —me respondió llorando mi madre.

Me levanté ignorando sus suplicas, me vestí y me marché sin mirarla. Tenía demasiado que asimilar.

Conduje intentando centrarme en la carretera hasta que me di cuenta de que había terminado en uno de mis sitios favoritos del mundo, una playa solitaria de las pocas aún vírgenes que quedan en Cádiz: Camposoto. Sin pensarlo, mi subconsciente me llevó hasta el último aparcamiento. Bajé del coche, anduve hasta casi la orilla, me senté allí y me quedé hipnotizada observando cómo las olas del mar golpeaban su blanca y fina arena. Al fondo veía el castillo de Sancti Petri. Se mantenía en pie aguantando las tempestades y la furia del mar.

Por un momento deseé transformarme en piedra ostionera y poder seguir recibiendo los golpes sin notarlos o convertirme en la espuma salada que las acaricia. Por un instante anhelé que el mundo dejase de lastimarme y que alguna de aquellas noches la parca hubiese hecho bien su trabajo. Las lágrimas rodaron por mis mejillas cayendo en la arena y dejando surcos redondos en ella. En mi cabeza no dejaron de resonar las palabras que Pepa acababa de decirme. Aunque las había escuchado, no podía creerlo. ¿Cómo

alguien tenía la sangre fría de abandonar el cuerpo de su propia hija en la calle como si de una cucaracha se tratase? ¿Cómo se puede ser tan cínico de querer darme lecciones durante todos estos años mirándome a los ojos sabiendo que toda mi maldita vida era una vil mentira? Fueron muchas las preguntas sin respuestas y sin lógica alguna, más que la de que eran unos jodidos psicópatas. Después de tantos años de psicólogos y pastillas, del tiempo que pensé que estaba mal de la cabeza, finalmente resultó que eran ellos los locos.

Me sequé las lágrimas y me percaté de que las horas habían pasado como segundos y que el color anaranjado del cielo señalaba que el anochecer estaba a punto de llegar. Tenía que encontrar a la mujer a la que mi padre, por llamarlo de alguna manera, le había contado todo lo que le pasaba por la cabeza. Si los demonios que lo hostigaban a él eran los mismos que los míos, a lo mejor ella sabía cómo eliminarlos, así que me armé de valor y regresé para hablar con Pepa.

—Dime dónde encontrar a la vidente, médium o lo que quiera que sea, o te juro que le contaré a la policía todo lo que sé —la amenacé en cuanto entré con toda la sangre fría que pude reunir.

—Blanca, hija mía... —comenzó, aproximándose a mí.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarme nunca más!

Se marchó a su habitación y regresó a los pocos minutos con una amarillenta tarjeta en la mano. Se la arrebaté, procurando no rozarla, cogí mi maleta, aún sin deshacer, y salí de esa casa con la certeza de que esa sería la última vez que iba a estar en ella.

En el antiguo papel no había teléfonos, tan solo una dirección: calle Real, 157. No sabía exactamente dónde era, pero tampoco tenía nada mejor que hacer en aquel momento. Dejé mis cosas en el coche y me puse a buscar el número. Mis esperanzas menguaron cuando me topé con un antiguo palacete en ruinas justo al lado del número de la tarjeta. El exterior estaba cubierto por una lona para evitar que si se caían trozos de cascotes, golpearan a algún transeúnte. Desde luego, si esa era la ubicación, hacía bastantes años que nadie se había atrevido a poner un pie en su interior.

Abatida, suspiré y me encendí un cigarro mirando la puerta. De pronto, tras un chirrido, esta se abrió lentamente. Miré a ambos lados y pude observar que la calle estaba totalmente desierta. Me armé de valor, encendí el mechero y

entré sin pensarlo dos veces. Eso de tener un teléfono con linterna me habría ayudado bastante.

La puerta se cerró en el instante en el que estuve en el interior de la vivienda. Un número considerable de palomas enfadadas por profanar la tranquilidad de su morada revolotearon sobre mi cabeza, dándome un susto de muerte. Anduve pisando escombros hasta que entré en una zona algo más iluminada. Era un gigantesco patio interior rodeado por columnas. No tengo muy claro por qué no salí corriendo de allí en cuanto en la segunda planta se iluminó una estancia. En vez de eso, subí las maltrechas escaleras sosteniéndome a lo que quedaba de la endeble balaustrada y procurando no caerme. Nadie sabía dónde estaba, y aquel lugar no parecía demasiado transitado que digamos. Toda esa zona estaba llena de puertas de habitaciones en el mismo estado o incluso peor que la parte de abajo.

Como si fuese una luciérnaga, seguí la luz hasta llegar a una sala como sacada de otra época. Había una mesita redonda en el centro, sitiada por dos sillas y presidida por tres velones prendidos sobre ella. Cuando estuve dentro, algo me rozó el hombro desde atrás. Salté, me giré y me topé con los negros ojillos de la mujer que recogí en la carretera en Navarra cuando salí del psiquiátrico. Me miró y me sonrió.

—Estaba esperándote, Gaia —me saludó con su peculiar acento francés.

—¿Qué hace usted aquí? ¡¿Cómo es posible?!

—Deberías usar menos la lógica y tirar más de lo que te dicta tu corazón. ¿Nos sentamos? —me ofreció, y señaló una silla forrada de una tela desgastada con adornos florales. El techo estaba cubierto por dibujos de querubines en cada esquina.

—¿Qué le contó mi padre?

—Nada que yo no supiese, pero sí que tú deberías saber.

—¿Está siguiéndome?

—Las cosas no son blancas o negras. Existe el gris, aunque no suelen verlo.

—¿Va a responderme a cada cosa que le pregunte con evasivas en plan Yoda?

—Si le das un pez a alguien que tiene hambre, comerá un día, pero si le das una caña y le enseñas a pescar, nunca más volverá a pasar hambre, ¿no

crees?

—¿Y qué se supone que tengo que aprender de toda esta locura? ¿Tengo familia, mi padre real vive?

—A veces tenemos que saber querer escuchar la respuesta antes de hacer una pregunta.

Me dio la mano y sus huesudos dedos apretaron los míos hasta dejarme una marca roja en ella. La separé rápido. El poco blanco que se veía en sus ojos me tenía hipnotizada. Era como si el negro fuese extendiéndosele por segundos. Miré el lugar donde me apretó y bajo el rojo empezaron a parecer unas delgadas líneas que fueron formando el dibujo de un lauburu. Me asusté, me levanté tirando la silla al suelo, volví a mirar a la anciana y, tal y como me había parecido antes, sus ojos se habían vuelto por completo oscuros. El cabello blanco se le cayó delante de mis narices y los restos de carne fueron desprendiéndose de sus marcados pómulos. Abrió la boca y, después de un grito aterrador, la mandíbula se le descolgó y cayó al lado de una de las velas. Las palomas entraron y comenzaron a agujerear su cuerpo como si fuesen buitres arrancándole la ropa y haciendo jirones con ella. Las plumas de los animales se tornaron negras y sus pupilas rojas. En medio de todo aquello, volcaron las velas y la mesa comenzó a arder.

Di un paso atrás y tropecé con la silla que estaba tirada en el suelo. Hasta ese momento no se habían percatado de mi presencia y yo no me había movido un milímetro, pero tras el ruido, todos los ojos rojos se posaron sobre mí. Corrí con todas mis fuerzas y bajé las escaleras quitándome a esas ratas voladoras del pelo, notando cómo los picos me producían heridas en las partes del cuerpo que tenía al descubierto. Conseguí llegar hasta la puerta principal. Una vez en la calle, la cerré y la aguanté dejando caer mi peso sobre ella mientras oía los cuerpos de esos bichos golpear uno tras otro la robusta madera. Entonces, un grito desgarrador quebró el silencio de la noche:

—¡Regresa!

Me monté en el coche, temblando, me limpié la sangre con la manga de la chaqueta y conduje de vuelta a Ochagavía. No podía ser una casualidad todo lo que había descubierto ni que esa mujer o lo que quiera que fuese estuviera en San Fernando. Me quedaban muchos kilómetros para pensar y no iba a desaprovecharlos.

Capítulo nueve

La familia

Volver a respirar aire limpio, a naturaleza y a hierba mojada consiguió que me sintiera como en casa en cuanto pasé por la cruz que había en medio del pueblo. Llegué a casa de Aintzira, llené la bañera y me di un largo y merecido baño. Cuando salí, cerré bien la puerta, cogí las hojas del diario, me metí en la cama y comencé a leer a sabiendas de que estaba muerta por las horas conducidas y que no duraría demasiado. Me había restregado con todas mis fuerzas con la esponja la marca de la mano. El repentino tatuaje del lauburu en mi piel me producía una mezcla entre miedo, desasosiego e incertidumbre, aunque no tenía claro si estaba más permanente en mí la marca o la cara de la anciana descomponiéndose. Retiré esa imagen rápido y agarré las páginas.

24 de enero de 2006

La madre de Izar y su hermana se han ido a Cádiz a casa de un familiar a pasar unos días. Por un momento he pensado que ella también las acompañaría, pero desde que la pequeña nació, no se lleva demasiado bien con su madre. Alguna tarde, Nahia y yo nos hemos quedado con el bebé mientras iba a la ciudad, al médico o a hacer algún recado. Cuando cogía en brazos a Gaia, se le iluminaba la mirada. No creo que tenga más hermanos a estas alturas. Mis padres ya tienen bastante con el bar, y creo que Izar tampoco tiene pensado tenerlos, pero de pronto ha aparecido Gaia sin ser llamada. Sus padres nunca se han llevado del todo bien, por eso la noticia de que iban a tener otro hijo ha descolocado un poco a todo

el mundo, y al que más al propio Ekaitz. No recuerdo haberlo visto todavía tener una muestra de afecto para con la niña. Izar siempre ha sido más de su padre, y para no variar, lo ha apoyado también en esto. Sé que cuando las dos se han marchado, ellos han respirado tranquilos.

Espero que estar un tiempo a solas la haga volver a ser ella, porque desde que vimos a Nahia, Izar no ha vuelto a ser la misma.

Tuve que dejar de leer; seguían siendo demasiados datos para poder asimilarlos todos. No creo que fuese una coincidencia que la hermana de Izar se llamase como me llamaba supuestamente yo cuando nací. Si eso era cierto, ya conocía a Aintzira, y casi seguro que había tenido una aventura con mi propia hermana.

Estaba en estado de *shock*. Me quedé mirando fijamente la pared durante algunos minutos sin saber cómo reaccionar hasta que alguien aporreó con todas sus fuerzas la puerta principal. No tenía ganas de que me molestasen, y menos en ese momento, así que salí hecha una energúmena a abrir la maldita puerta y me topé de frente con los ojos sorprendidos de Haize.

—¡¿Tú?! —exclamamos los dos al unísono.

—Creí que te habías marchado.

—Y yo que estabas preso por asesinato.

—Pues mira, los dos nos hemos equivocado. Solo he venido a ver si se había colado alguien. He visto luz dentro.

—Sí, porque que esté mi coche aquí fuera no es suficiente señal. ¿Quieres pasar?

—¿No te da miedo quedarte a solas con un homicida?

—Últimamente hay pocas cosas que pueden llegar a darme miedo. ¿Entras? —Haize anduvo con Nora a su lado. Esta no dejaba de lamerme y saltarme encima. Yo también la había echado de menos. Hay momentos en los que prefería la compañía de los animales a la de los humanos. Preparé dos

tazas de chocolate y nos sentamos uno frente al otro en el salón—. ¿Qué sucedió?

—Que me acusaste de asesinato sin tener pruebas. Creí que estábamos juntos en esto.

—Perdona por pensar que fuiste tú. Tan solo entré en plena noche en la morgue y te encontré con un cuchillo ensangrentado y el cuerpo sin vida de Nahia a tus pies. Realmente no sé cómo pude pensarlo...

—Escopolamina.

—¿Qué?

—Pedí que analizaran mi sangre. Después de encontrar los restos de veneno en el cuerpo de la señora Uxue, ya no me extrañaba nada. Hallaron residuos en ella suficientes como para anular mi voluntad y que no recordase nada de lo sucedido. Blanca, no sé si fui yo quien lo hizo, pero lo que sí sé es que, de ser así, no era consciente de ello. Tienes que creerme.

—¿Y se sabe quién te drogó?

—No, por eso me alivió saber que no estabas. ¿Por qué has vuelto? Podemos hacerte una baja por enfermedad o algo con lo que puedas regresar a tu casa, al menos hasta que todo esto se aclare.

—Ahora esta es mi casa. —Haize me miró extrañado—. Es una larga historia. ¿Te importaría quedarte conmigo a dormir esta noche? No quiero estar sola.

Cuando Haize vio la puerta abierta de Aintzira, no pudo evitar entrar.

—¿Sabes que después de tantos años aún me huele a ella? Me colaba a hurtadillas por la ventana cuando ya era de noche y dormíamos juntos. Roncaba más que yo y tenía un humor de perros al despertarse, pero me conformaba con tenerla entre mis brazos.

—¿Sigues enamorado de ella?

—Nunca dejé de estarlo. Creo que por eso no cumplí mi promesa y me marché de este pueblo cuando tuve oportunidad. Permanecer aquí me hace estar más cerca de ella. Sé que no es lo que hubiese querido, pero jamás le hice caso, y no voy a empezar a hacerlo a estas alturas.

—¿Podemos regresar mañana al cementerio?

—Una petición un poco extraña a estas horas y sin venir a cuento, ¿no te

parece?

—Quiero visitar la tumba de la madre y la hermana de Izar.

—¿Te habló de ellas? Nunca suele hacerlo. Fueron unas muertes trágicas que los marcaron tanto a ella como a Ekaitz.

—Necesito ir.

—Pero primero creo que tendrías que descansar. Prefiero no saber las horas que llevas sin dormir.

Nos metimos en la cama y, tal como había descrito hacía unos instantes, simplemente nos tumbamos sobre las sábanas. Me abrazó por la espalda rodeándome con sus brazos y me dormí profundamente. Necesitaba sentir que algo era real, y él me servía de amarre para no perder la poca cordura que todavía conservaba.

Como me había prometido, por la mañana nos fuimos al cementerio. Al pasar por la puerta del bar con el coche nos cruzamos con Izar, que nos miró sorprendida y no nos saludó. ¿Cómo iba a explicarles toda esta locura? ¿Cómo les diría que la hija y hermana a la que no deseaban y de la que creían que se habían deshecho estaba viva y era una de las personas que peor les caía en el mundo? No estaba lista ni para decirlo en voz alta, así que mucho menos contárselo a nadie.

El cementerio estaba vacío como la vez anterior, pero con la gigantesca puerta de hierro negro abierta. Cruzamos el camino de cipreses hasta llegar a la pared del fondo. Allí, en una esquina del muro blanco de piedra descansaba una cruz robusta de cemento en la que ponía: «Familia Ocariz». Ni un nombre ni una palabra de alivio o muestra de cariño como habitualmente se ponía en estas cosas. No sé, «madre, esposa e hija». Pero en vez de eso solo habían escrito el primer apellido de Ekaitz. Sabía el segundo mío, y gracias a habérselo sonsacado a Pepa.

Me dio mucha lástima ver aquello. Limpié de rastros la parte de abajo, le robé un par de flores a una tumba cercana y se las puse a ellas dos. Esa pobre criatura había sido tan, o aún más, mancillada que yo, porque ella ya no podía defenderse, pero yo sí sería su voz. La cara acusadora de Aintzira vino a mi mente. Ahora entendía qué hacía allí, por qué esa casa apareció de pronto en mi vida. Necesitaban que contase su verdad, mi verdad, nuestra verdad.

Haize estaba frente a la tumba de Aintzira de rodillas, mirándola fijamente

con los ojos vidriosos. No estaba segura de que no hubiese matado a Nikanor por despecho, pero de lo que sí estaba convencida era de que a ella no pudo hacerle nada malo.

Regresamos a la morgue y el padre de Haize nos dijo que habían llegado los análisis de los huesos que encontramos.

—Estabas en lo cierto. Los restos eran de Nikanor.

—¿Nahia llegó a revelar la identidad de su atacante?

—Ya te dije que sí. Ella contó que fue Nikanor al salir del psiquiátrico, y cuando se enteró de la muerte de Aintzira, fue voluntariamente a testificar. Lo curioso es que justo cuando iba a desmontarse su historia, alguien va y la mata.

—Bueno, alguien...

—Creo que había quedado claro que no tuve nada que ver con eso, y de ser así, no era consciente de lo que hacía.

—¿Tienes los informes de la autopsia de la madre y la hermana de Izar?

—Deben estar, pero sigo sin comprender ese interés que te ha entrado de repente por ellas.

Estábamos en mi minioficina con la puerta abierta y oí la voz de Ekaitz hablando con el padre de Haize en la entrada de la clínica. Me asomé, procurando que no me viese. El hombre estaba de pie charlando con el anciano y lo observaba con ternura. Era la primera vez que me fijaba realmente en él como persona. Tan solo hacía unos días que no lo veía, pero era como si hubiese envejecido diez años en ese tiempo. Intentaba hablar de forma tranquila, pero se le notaba tenso. Las arrugas de sus ojos se habían acentuado y tenía un leve temblor en las manos que pretendía disimular escondiéndolas a la espalda. Por una milésima de segundo, esa persona que podría ser mi padre me dio lástima. Hasta que nuestros ojos se cruzaron. Entonces empalideció y se marchó casi corriendo, no sin antes lanzarme una mirada amenazadora desde la puerta que logró que mis sentimientos volviesen a ser los de siempre.

Al viejo doctor le dio uno de sus ataques de tos. Haize lo llevó a su casa y me hizo jurarle que no me movería de allí hasta que regresase. No es que me alegrase de que al pobre hombre le fuese a dar un patatús, pero poder ver los informes tranquila sin que Haize me preguntase de nuevo era lo que

realmente necesitaba.

Las fotos eran las de una mujer adulta y un bebé sobre la fría mesa de autopsias. Aunque no me tocasen nada, me habría afectado igual verlas. Siempre era triste enterarse de cómo el destino truncaba dos vidas de esa forma. Decía que ambas murieron en el acto; la madre por rotura craneal, pero el bebé no estaba claro. Se habían encontrado restos de vidrio en el cuerpo de la criatura que no concordaban con las rodaduras del accidente tal y como los peritos supusieron que se produjo. Eso me demostraba que Pepa, aunque solo hubiera sido por una vez, no me había mentado.

Si me fijaba bien, y conociendo ahora la realidad, la pequeña tenía la nariz de mi supuesto padre y la boca de Pepa. En las fotos de cuerpo entero se le podía ver un antojo en la parte interior del muslo derecho de un tamaño considerable, el mismo que yo no poseía. Quienquiera que hubiese ratificado la identidad de las víctimas no podía haber pasado ese detalle por alto. Y si había tenido algún contacto con la niña —es decir, conmigo—, debería haber notado que algo andaba mal.

—«Isabel Chivite» —leí en alto, acariciando el rostro de mi madre en la fotografía.

Tenía el pelo tan negro como yo y mis mismos ojos oscuros. Incluso después de muerta, su belleza era notoria. La nariz respingona y chiquitita era otra cosa que compartíamos, además de un diminuto lunar sobre el labio. La genética era a veces demasiado certera incluso sin pruebas de ADN. No pude evitar que una lágrima resbalase por mi mejilla al pensar lo distintas que habrían sido nuestras vidas si esa noche mi destino no se hubiese cruzado con el de la pequeña y verdadera Blanca.

En los documentos ponía que Izar junto a su padre fueron los que estuvieron en el reconocimiento de los cuerpos. Ya sabía que le tenían inquina a la criatura —bueno, a mí—, pero ¿hasta el punto de no darse cuenta de que no era yo realmente la que había muerto?

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Haize al entrar y verme con las lágrimas saltadas.

—Demasiadas cosas para asimilar, supongo. —Se acercó a mí y me abrazó durante un rato, el suficiente como para que me desmoronase y llorase a moco tendido.

—Tengo algo que seguro que te alegrará —me dijo sonriendo—. Bueno, a

una persona normal lo mismo no, pero a ti sí.

—Sorpréndeme.

—He conseguido «legalmente» las llaves de la casa de la señora Uxue. La hermana me dio permiso para que donase sus cosas e investigase lo que necesitase.

—Perfecto, necesitamos saber qué tiene en común con Nahia y con Aintzira —le dije, cambiando de humor y dando un salto de la silla.

—Tienes que hacerte mirar ese lado macabro. Estás empezando a darme miedo.

—¿Te recuerdo que te vi con el bisturí en alto y con un cadáver a tus pies?

—Y dale...

Entramos en la casa de Uxue, y una de dos: o a la hermana la había poseído un demonio o alguien había estado buscando algo desesperadamente. Estaban todos los cajones vacíos y su contenido esparcido por el suelo. Tuvimos que ir pisando en los huecos libres donde no había ropa o papeles. Fui al cajón de la mesita donde encontré el dinero la vez anterior, pero como ya esperaba, allí ya no quedaban ni las arañas.

—Creo que aquí poco vamos a encontrar —me lamenté—. Quiero ir a hablar con Ekaitz.

—¿Estás segura? No creo que le apetezca mucho vernos.

—Perro ladrador...

Efectivamente, cuando llamamos a la puerta del guardia y nos vio, no es que hiciese una fiesta, pero tampoco nos increpó que estuviésemos allí. Nos hizo pasar a un oscuro y polvoriento salón con muebles de madera maciza. La falta de un toque femenino era bastante obvia. Olía a café y a tabaco mezclado con un pequeño toque a humedad.

—¿Y bien? —nos preguntó malhumorado por nuestra presencia.

—Necesitamos una muestra del raticida que te trajo Izar el otro día —me apresuré a decir.

—¿Dentro de vuestras locas cabezas soy ahora culpable de matar ratas?

—No, tan solo queremos analizar el matarratas de todos los vecinos para...
—Justo frente a mí había un antiguo reloj de cuco de madera con una ventanita y diminutas casitas en su exterior. Estaba parado en las tres menos

pocos segundos de la madrugada. Al levantarme y ver mi distorsionado rostro reflejarse en el péndulo dorado, mis piernas comenzaron a temblar y de mi boca tan solo salieron balbuceos sin sentido. La imagen del reloj me tenía hipnotizada.

—Era de Isabel —añadió Ekaitz al verme mirándolo fijamente—. A ella siempre le gustaron estas cosas. Nunca usaba reloj de pulsera, pero en casa, el insistente tictac de ese artilugio del demonio la tranquilizaba. Se pasaba las tardes ahí sentada donde estás tú, mirando oscilar el péndulo.

—¿Cómo murió su mujer? —me atreví a preguntar mientras observaba a Haize levantarse en dirección al reloj, seguramente buscando lo que tanto me había fascinado de aquella vieja reliquia.

—Un accidente de tráfico. Falleció ella y mi otra hija. Nunca se encontró al culpable.

—Lo siento mucho... ¿Quién reconoció los cadáveres? —continué como si fuese la pregunta más normal del mundo.

—¡Blanca! —me amonestó sobresaltado Haize, golpeando sin querer el reloj.

Este se activó de pronto, y las tres campanadas que le correspondía haber tocado hace años comenzaron a sonar introduciéndose en mi cabeza y en mis tímpanos hasta el punto de hacerme quedar paralizada.

—¿Estás bien? —me preguntó Ekaitz, ignorando lo poco sutil que había sido con mi anterior pregunta. Al parecer, en el sillón en el que me senté era donde él debía dormir la siesta o algo, ya que el reposabrazos estaba lleno de pelos cortos. Con disimulo, cogí algunos.

—Me duele la cabeza, y ese sonido no ha ayudado.

—Tengo el veneno en el cuarto de las herramientas. Si os esperáis, lo traeré y terminaremos con esta estupidez.

Salimos con él. El sitio estaba mucho más ordenado que la vez anterior que estuve y eché las fotos a lo que me había robado. La mesa de escritorio continuaba allí, pero esta vez con un candado en los cajones. Eso era como decir «ven a abrirme» en mi idioma. Cuando Ekaitz se agachó, del interior de la camisa se le salió un colgante de plata que brilló y se me grabó a fuego en la pupila. Era exactamente igual al que me robaron y como el que llevaba la persona que me atacó en el sueño. Aquello comenzó a ser mucho más de lo

que podía soportar y empecé a marearme.

—Blanca, ¿estás bien? —insistió esta vez Haize.

—Sí. ¿Podemos irnos?

—¿Me dices qué te ha pasado? —me preguntó en cuanto dejamos atrás la casa de Ekaitz.

—Sospecho que la niña que murió aquella noche no fue la hija de Ekaitz.

—Blanca, estás viendo fantasmas donde no los hay.

—Déjame terminar de hacer unas pruebas y te lo contaré todo. Lo prometo.

Pasamos por el bar de Izar de camino a la clínica. Ella estaba allí sentada tomándose una cerveza y con la mirada perdida, por lo que no nos vio hasta que no estuvimos justo a su lado.

—¿Habéis vuelto? —casi nos escupió sin moverse, y dio un largo trago.

—Yo también me alegro de verte —mentí. Me senté a su lado mientras Haize permanecía incómodo de pie.

—¿A quién hay que matar para beber algo en este bar?

—No sé, pregunta a tu amiguito, que tiene práctica en eso de salir impune de los asesinatos.

—¡No pienso tolerar...! —empezó a defenderse Haize.

—¡Ni yo tampoco voy a aguantar que te quedes ahí parado delante de mí después de lo que le has hecho a Nahia! —gritó Izar. Dio un golpe en la mesa con el vaso y lo hizo añicos.

—Blanca, vámonos.

Izar tenía la mano ensangrentada. Algunos cristales se le habían clavado sin que ella hiciese ni una mueca de dolor. Sabía que lo más ético habría sido marcharme con él, pero necesitaba respuestas y ganarme de nuevo la confianza de Izar. En ese momento, era de vital importancia para mí.

—Mañana nos vemos en el trabajo, Haize —me negué, rezando para que me dejase explicárselo al día siguiente.

—Pero, Blanca —insistió suplicante.

—Será mejor que te vayas. Mañana hablaremos —le repetí mientras él se giraba y se iba a paso rápido perdiéndose en la oscuridad.

Cogí algunas cosas del botiquín del bar, le saqué los cristales a Izar y le curé la herida.

—No hacía falta que lo hicieras.

—Quería hacerlo.... No te muevas o no tendrás piruleta —bromeé, haciéndola reír—. ¿Cómo llevas lo de Nahia?

—¿Cómo crees? Desde que Aintzira murió estábamos distanciadas. Luego, ella se marchó del pueblo y no volví a saber nada hasta pocos días antes de que tú llegases, que fue cuando regresó. Pensé que después de que estuviésemos aquí los tres la otra noche, bebiendo y riendo, a lo mejor todo podría volver a ser como siempre. Pero, para variar, estaba equivocada —se lamentó. Le gritó al camarero que trajese más cerveza.

—Hablando de equivocarse, ¿estás totalmente segura de que el cuerpo de la niña que viste en la morgue era el de Gaia?

—¿Y eso a qué viene ahora? ¿Estás investigando mi vida? A los muertos es mejor dejarlos descansar. —Me dijo casi las mismas palabras que me reprochó su padre hacía solo unos días. Entonces, cambió de tema—: Además, ya está bien de hablar de cosas tristes. Creo que hoy necesito emborracharme, así que tienes dos opciones: o me sigues o te vas a tu casa.

Bebí con moderación hasta que mi vista comenzó a nublarse y el grado de amabilidad de Izar conmigo había subido lo suficiente como para comenzar a hacerme sentir incómoda. Me despedí suplicándole que no se enfadase y regresé a casa para continuar leyendo el diario de Aintzira, si es que mi neurona después de los tragos me lo permitía.

Me había quedado a mitad del martes veinticuatro de enero. Faltaba poco más de una semana para el día de su muerte y aún no sabía qué fue lo que le rondó por la cabeza en un principio para comenzar a escribirlo.

Hoy he comprado unos preciosos colgantes con la esvástica de un lauburu. Siempre me ha llamado la atención esa figura porque no es cien por cien un trébol de la suerte, pero sí que tiene una forma bastante similar. Sé que cuando lleva las aspas a la derecha significa el sol,

la vida y todo por lo que merece la pena luchar, pero que si el sentido es a la izquierda, representa la muerte. Puede parecer una tontería y estar sacado de contexto, pero, en mi cabeza, que un mismo amuleto de un lado o de otro sean dos cosas tan diferentes me recuerda la fragilidad de la balanza del destino, así que he cogido tres: uno para Izar, otro para Nahia y otro para mí. No estaremos juntas mucho más y me hace ilusión saber que si los llevamos, nunca estaremos solas. Los he metido en bolsitas de regalo y he ido al psiquiátrico a llevarle la suya a Nahia. Tenía una conversación pendiente con ella y no quería que Izar estuviese presente, así que le he pedido a Haize que me llevase y se quedase en el aparcamiento esperando.

Nahia no estaba en el cuarto. Les he preguntado a las monjitas, pero ninguna la ha visto, así que he comenzado a preocuparme. Finalmente, he salido para ver si por casualidad la hermana Marie la había sacado a tomar un poco el sol. Cuando he mirado abajo del edificio, he visto dos figuras de pie detrás de un árbol y me he quedado escondida observando. Una de ellas era Nahia. Lloraba a moco tendido e intentaba agarrarle la cara al hombre que estaba justo detrás del tronco. Este le ha retirado bruscamente las manos y la ha agarrado de la negra melena con fuerza, moviéndole la cabeza hacia un lado. Ella ha comenzado a temblar y ha caído de rodillas delante de él. Ya había visto suficiente cuando me he

armado de valor y he decidido encararlo, pero entonces el hombre se ha agachado también, ha vuelto a sostenerla de la melena y la ha besado.

Desde donde me encontraba, he podido distinguir perfectamente de quién se trataba. Me he quedado helada y petrificada sin saber exactamente qué hacer. He dado un paso tras otro lentamente, intentando que no descubriesen que los he visto, pero me he tropezado con alguien. Al girarme, he visto los negros ojillos de Marie, que estaba fumándose un cigarro y me miraba.

—¿Podrías elegir qué vida merece la pena salvar? ¿La tuya o la de ellos? —me ha preguntado la extraña anciana. Me ha puesto los vellos de punta.

Juraría que el color de sus ojos era cada vez más negro y que por instantes el blanco iba desapareciendo poco a poco. A su lado había un montón de plumas negras con sangre en el extremo. Me he asustado y he dado un pequeño grito.

El ruido que hemos hecho ha advertido a Nahia y a su acompañante y este no ha tardado en salir corriendo para pasar a mi lado y lanzarme una mirada amenazadora. Me he disculpado con la monja y he regresado corriendo al coche donde estaba esperándome Haize medio dormido.

No tengo muy claro por qué he mentado o por qué los he encubierto. A veces creo que desvelar la verdad es peor que no saberla. En estos momentos que escribo no sé

todavía qué hacer con esta nueva información. Si ha sido él quien ha atacado a Nahia y ella está enamorada, jamás lo acusará, pero ¿y si la siguiente vez que se enfadasen esta acaba muerta? ¿Y qué ha pasado realmente con Nikanor? Estoy aterrada. A lo mejor no saben que lo sé. Intentaré dormir un poco y poner mis ideas en orden. Espero poder verlo todo mejor mañana.

No podía dormir, ahora tenía aún más dudas que antes. Si el amante de Nahia fue quien mató a Aintzira, también podría haber envenenado a Haize para que Nahia no lo delatase. En el cuartito oí a Ekaitz discutir con ella cuando le enseñó el diario y los papeles que me quitaron, aunque por días estaba más segura de que la cicatriz de mi frente tenía que agradecérsela a él. No era tan descabellado pensar que se trataba del artífice de todo, ya que fue quien encontró a la señora Uxue. Sabía de las escapadas de su hija y del resto de jóvenes a la Cascada del Cubo. Era el guardián del pueblo y no se movía una hoja sin que se enterase. Nahia lo había amenazado con decir la verdad y hundirle la vida. Pero si Aintzira tenía tres colgantes, ¿dónde estaban los otros dos? Había que abrir ese cajón y comprobar qué se empeñaba en esconder. Sabía de asesinos que atesoraban recuerdos de sus víctimas, pero lo peor de todo era que ese psicópata podría ser mi verdadero padre. La cabeza me iba a explotar de un momento a otro cuando la puerta principal comenzó a sonar dándome un susto de muerte.

Capítulo diez

Nahia

Para mi sorpresa, cuando abrí la puerta, frente a mí estaba Izar llorando y borracha como una cuba.

—¿Puedo pasar? —La llevé al salón, pero ella quiso entrar al baño y vio la habitación de Aintzira abierta—. No podías dejarlo estar, ¿verdad?

—Vivo aquí. Tenía que saber qué había ahí detrás.

Izar entró, miró las fotos del corcho y se sentó en la cama.

—He estado aquí tantas veces que en ocasiones no sabía si este era mi propio dormitorio.

—¿Por qué la cerraron?

—Fui yo. Aquel día, cuando te encontré en la terraza medio muerta, te traje y la vi. Era demasiado doloroso volver a recordar aquellos tiempos, así que la cerré de nuevo.

—¿Nunca le dijiste lo que sentías por ella?

—Aintzira me veía como a una hermana. Ella tan solo tenía ojos para ese paleta con aspiraciones. Una vez me atreví a decírselo, pero no acabó como esperaba y ya nunca tuve oportunidad de volver a sacar el tema.

—Izar, tengo que hacerte una pregunta y creo que no va a gustarte demasiado —la advertí mientras me sentaba a su lado y la miraba a los ojos—. ¿Sabías si tu padre engañaba a tu madre con Nahia?

—¡¿Qué?! —gritó. Se levantó—. Mira, Blanca, mis padres no eran la pareja idílica que sale en las películas, pero mi padre jamás mantendría una relación con una menor, y menos aún con Nahia.

—Pero Aintzira pensaba que...

—¡¡Aintzira está muerta!! Y tú seguramente deberías haber sufrido su mismo destino —me chilló a la vez que me abofeteaba la cara. Salió de la casa tirando todo lo que encontró a su paso.

Había ido exactamente lo mal que en un principio pensé que iría. En mi cabeza no sonaba tan cruel como cuando lo dije en alto. Comprendí que se

enfadase, pero por mucho que ella lo negase o que lo desconociese, yo estaba casi segura de que Ekaitz era el artífice de todo. Lo único que me faltaba eran pruebas.

Mientras recogía los trozos de vidrio del jarrón que Izar había embestido en su huida, volvieron a llamar a la puerta. Pensé que a lo mejor quería disculparse, pero cuando abrí, me topé con Haize y Nora. La noche prometía ser movidita...

—Haize, siento haberte dejado solo antes —me disculpé, y lo hice pasar.

—Creo que, aunque me hayas tratado como a una mierda, me preocupaba por ti, pero acabo de ver salir a Izar bastante alterada, así que supongo que no corrías ningún peligro que digamos. Seguramente, ella te da algo que yo no puedo.

—Voy a ignorar lo que acabas de insinuar porque necesito que te centres y me hagas de vigilante —le dije. Procuré no estallar ante el comentario sobre mi sexualidad, lo que, dicho sea de paso, no era de su incumbencia—. Tenemos que volver a casa de Ekaitz y abrir el cajón del cuarto de tastos que estaba cerrado con candado.

—Blanca, esto está yéndosete de las manos.

—¿Quieres descubrir qué pasó con Aintzira o no?

Eso fue lo único que tuve que alegar para convencerlo y que participase en mi nueva disparatada idea. Fuimos a su casa a dejar a Nora. Haize cogió una cizalla que pesaba una barbaridad para poder seguir con nuestro plan y nos dirigimos a casa de Ekaitz. Su coche no estaba en la puerta, lo que quería decir que o estaba deambulando por el pueblo en plan vigilante nocturno o estaba de guardia en Elizondo. De cualquier manera, no estaba allí, pero podría regresar y cogernos con las manos en la masa.

Tal y como habíamos concertado, Haize se quedó agazapado tras la pared del cuarto y yo entré con una linterna y la herramienta en la mano como si tuviese la menor idea de lo que estaba haciendo. Apuntar con la luz a la cerradura y usar el mamotreto a la vez no fue nada divertido. Al final, me coloqué la linterna entre las piernas y comencé a apretar con todas mis fuerzas el hierro del candado con la guillotina, logrando tan solo hacerle una mínima muesca. A los cinco minutos, Haize entró y me vio de esa guisa tan ridícula sudando la gota gorda.

—¡Se suponía que estabas vigilando!

—Y que tú no ibas a tardar más de dos minutos.

—Esto está duro para toda la vida —protesté. Haize cogió el artilugio y, con un solo movimiento, el candado cayó roto al suelo—. Ya estaba casi todo hecho. No te eches flores.

—Claro, claro.

Casi le tiré la linterna. Me puse a rebuscar dentro del cajón. Allí estaban las fotos de Nahia que vi en mi sueño mezcladas con un montón de papeles junto con el dinero del sobre que encontré en casa de Uxue. Al sacarlos, el cable de unos auriculares se enganchó y trajo consigo el teléfono móvil que vi en las fotos de Aintzira. Ambos nos miramos sin saber qué decir. Él también había reconocido el móvil y estaba petrificado.

Justo entonces el motor de un coche acercándose nos alertó de que ya no estábamos solos. Apagó la linterna y nos escondimos tras unas cajas. El corazón me latía más deprisa de lo que había recordado jamás. Haize estaba agazapado a mi lado, mirando fijamente la puerta con la cizalla en la mano, preparado para romperle la cabeza al primero que entrase. Entonces, detrás de él, la misma sombra que ya había visto tantas veces apareció y fue acercándosele poco a poco hasta ponerse encima. Se fundió con su figura formando una sola.

El miedo recorrió mi cuerpo y, de pronto, lo que pudiese hacernos Ekaitz pasó a un segundo plano. La sombra fue adentrándose en el cuerpo de mi amigo hasta desaparecer por completo. Fue entonces cuando en su frente fueron creándose un entramado de líneas que terminaron formando el símbolo del dichoso lauburu. No pude evitar aproximar mi mano a su cara e intentar borrarlo con el pulgar como cuando una madre le quita el churrete a un niño de la cara. Él me contempló equivocando las señales y, sin saber muy bien por qué, le pareció un buen momento para acercarse a mí y besarme. Le devolví el beso usándolo como excusa para no llorar. Todos en los que había visto esa señal, excepto en mí, eran personas fallecidas, y la primera vez que vi esa sombra, ente o llámalo como quieras, fue justo antes de que mi supuesto padre muriese. No podía ser una casualidad. Aquello empezaba a tener un patrón, y si por desgracia estaba en lo cierto, a Haize y a mí no nos quedaba mucho de vida. Así que sí, le devolví esa muestra inoportuna de cariño sintiéndome como Judas por no contarle mis conjeturas

y simplemente permanecer allí aguardando a lo que tuviese que pasar.

A los pocos minutos oímos la puerta de la casa cerrarse y aprovechamos para poner pies en polvorosa y correr con todas nuestras fuerzas con las nuevas pruebas. Entramos en la mía, cerré todo a cal y canto, y no fue hasta que estuvimos seguros en el dormitorio de Aintzira que no rompimos el silencio:

—¿Este era el teléfono de Aintzira? —le pregunté, entregan-doselo.

Haize lo cogió como si fuese a romperse con tan solo tocarlo e intentó encenderlo sin lograrlo. Abrió la tapa, retiró la batería y buscó desesperado la tarjeta, sin encontrarla. Aquello, así tal y como estaba, no nos serviría de mucho como prueba para ningún jurado, pero para nosotros significaba un mundo.

—Estoy seguro de que es el de ella, y también sé que esa mañana como tantas otras se lo llevó para oír música mientras corría. ¡Te juro que voy a matar a ese malnacido!

—Creo que Aintzira descubrió que tenía una aventura con Nahia y que fue él quien casi la mató a golpes. Por eso la hizo desaparecer. Tenemos que encontrar algo que lo relacione con alguno de los asesinatos, el de Uxue, el de ella o el de Nikanor.

—Y el de Nahia...

—Y el de Nahia —repetí.

Saqué las fotos del bolso. Efectivamente, eran las que medio pude contemplar por encima del hombro de Ekaitz la noche que lo vi guardándolas. En ellas salía Nahia en sujetador mirando a la cámara, una niña pequeña casi sin desarrollar con ojos temerosos y mirada perdida que hacía todo lo que su amante decía, una joven enamorada de la persona equivocada y encaprichada de un hombre que sabía perfectamente cómo manejarla, alguien que escogió mal y que por esa fallida elección habían sufrido las consecuencias tantísimas personas.

Volvimos a intentar dormir juntos en la cama en la que incontables veces había yacido con ella. Me abrazó como si fuese Aintzira y lo oí llorar en silencio. Noté cómo alguna lágrima rodaba desde su cara hasta mi cuello. Sé que se sentía culpable por haberla abandonado, por no continuar indagando, por darse por vencido y simplemente seguir con su vida aguardando a que

pasasen los días y que el dolor remitiese. Le agarré con fuerza las manos que tenía entrelazadas delante de mi pecho, le besé el puño y me dormí con la imagen de esa niña asustada en mi mente.

Estaba todo oscuro. Me sentía feliz pero asustada e intentaba parecer mayor de lo que era, y creía que lo había conseguido. Esta vez le daría un ultimátum. No podía soportar ser la otra. Sabía que esos pensamientos no eran míos, que esos sentimientos no eran míos, que volvía a ser una mera espectadora y no podía hacer nada por evitarlo. Siempre me decía que no mantenía relaciones con su esposa y que me amaba más que a nada en este mundo, pero de pronto apareció ella, esa pequeña bolita blanca de pelo negro y ojos grandes que sin saberlo destrozó mi mundo e hizo añicos mi corazón.

Estaba con Aintzira esperando a que viniese a recogerme cuando casi por un momento deseé confesárselo todo a alguien. No poder hablar con nadie, estaba matándome por dentro. De sobra sabía que lo que hacíamos estaba mal y que no aguantaría demasiado tiempo con aquella farsa, pero esa noche me armaría de valor y le pediría que escogiese. La llegada de Gaia fue como un chorro de agua fría que ninguno esperábamos, pero ni Isabel era la Virgen María ni yo tan tonta como para creerlo. Me asustaba comprobar la reacción de Izar cuando se enterase de lo nuestro. Para ella, su padre era lo más grande del mundo y lo admiraba como a nadie, pero por una vez sería egoísta y antepondría mis sentimientos a los del resto del mundo. Si no lo aceptaban, tan solo tendríamos que huir a otro sitio donde no nos conociesen y por fin ser felices.

El coche llegó y corrí a su encuentro temerosa por la decisión que acababa de tomar. Ekaitz estaba desaliñado, olía a alcohol y a tabaco, tenía los ojos vidriosos y le temblaban las manos. Me sostuvo la cara con fuerza y me besó, introduciendo su lengua hasta mi campanilla y casi ahogándome. Arrancó el coche. Con una mano cogió el volante y con la otra tiró de uno de los agujeros de mis medias, destrozándolas. Nos dirigimos a la salida a una zona donde sabíamos que no habría nadie a esa hora que nos molestase. Introdujo su mano por la cintura de mis bragas y me apretó el pubis, lastimándome. Le sostuve el brazo para que se detuviese, pero en vez de eso frenó el coche y se lanzó sobre mí. Le pedí que parase, le dije que esto no podía seguir así. Como pude alcancé la manilla de la puerta, la abrí y me lancé al suelo mientras lo esquivaba. Él salió rápido en mi busca y me

levantó asiéndome por el pecho y golpeándome contra el capó del vehículo con el motor aún caliente.

—¡Lo nuestro no puede continuar! No puedo llegar cada día con moratones. ¡Estoy cansada de mentirles a todos y que tú sigas con tu vida como si no pasase nada y encima estés follándote a esa puta! —No sé cómo ni de dónde saqué el valor para hablarle así. Me di cuenta de que era la primera vez que lo encaraba.

Empezó a golpearme una vez tras otra. Notaba el líquido caliente caer por mi frente. En la boca tenía un sabor metálico que nunca olvidaría, si es que vivía para poder recordarlo. Me pateó en las costillas aprovechando que estaba en el suelo. Intenté ponerme en posición fetal para defenderme, pero mi cuerpo no reaccionó a mis órdenes y simplemente permanecí inmóvil aguantando el dolor de cada embestida hasta que no sé cuándo dejé de percibir el mundo y mi consciencia se esfumó.

Me desperté gritando y llorando. Me dolía todo el cuerpo como si esa paliza me la hubiesen dado a mí en vez de a ella. Haize estaba a mi lado. Intentó incorporarme para abrazarme, pero el dolor era tan grande que incluso pestañear era insoportable. Tan solo me quedé tumbada bocarriba y llorando sin poder articular palabra. Haize me subió con cuidado la camiseta y comprobó espantado los enormes hematomas que recorrían todo mi abdomen. Se levantó de un salto, encendió la luz y se sentó a mi lado temblando.

—Tranquila, estarás bien, estarás bien —me repetía una y otra vez con la voz entrecortada y sin saber qué hacer.

Esta vez, el sueño había ido más allá de una simple pesadilla o de una sensación de ahogo o asfixia. En esta ocasión, reviví lo que le sucedió a Nahia como si me lo hubiesen hecho a mí misma. Pude notar cada bofetada, cada patada y cada golpe en mi cuerpo, pero si soy sincera, el que más me dolió fue el de los trozos rotos de su corazón, que se había ido astillando por segundos tras ver la ira en los ojos y escucharle decir que no le estropearía la vida ni a él ni a su familia.

No recuerdo el tiempo que estuve durmiendo, pero para cuando abrí los ojos estaba cubierta de vendas y Haize permanecía sentado a mi lado, aguantándose la cabeza con las manos, con los dedos metidos entre el cabello y la mirada perdida fija en el suelo. Tosí, notando cristales en mi garganta y,

al oírme, se giró rápido.

—Blanca, si he sido yo el que te ha hecho eso, tengo que entregarme. No estás segura a mi lado. Te juro que no lo recuerdo. ¡Estoy volviéndome loco! ¡Perdóname, te lo ruego, perdóname! —me suplicó llorando.

Continuaba sin poder hablar, no podía decirle que él no había sido el artífice de aquella atrocidad, y aunque pudiese hacerlo, ¿cómo iba a explicárselo?, ¿cómo decirle que no era a mí a quien habían maltratado, sino que fue a esa pobre e ingenua niña a la que casi mataron esa noche y a la que dejaron por muerta en una cuneta? Solo pude mover un poco el brazo y sostenerle la mano con fuerza. Le sonreí como pude y volví a los brazos de Morfeo.

Olía a desinfectante y a algodón y las sábanas eran ásperas y rígidas. No sentía ropa en la parte trasera de mi cuerpo y noté un pinchazo en el antebrazo. Tenía la boca seca, como si llevase días sin beber agua. El estómago me rugía y estaba totalmente desorientada. Al abrir los ojos, me encontré en una habitación en penumbra. Estaba en una cama con un gotero puesto. Cuando fui a levantarme, me percaté de que unas cinchas me comprimían contra el colchón evitando cualquier tipo de fuga. Fue entonces cuando el pánico regresó. El aire empezó a faltarme y entré en un estado de ansiedad repentino. Miré a mi lado, aterrada, y vi a Izar sentada en una silla, dormida, y junto a ella, un monitor que escaneaba mis constantes, las mismas que se habían disparado hasta un punto casi crítico. Estaba comenzando a marearme y la habitación empezó a darme vueltas. Entraron dos enfermeras corriendo, pincharon algo en la cánula de mi brazo y volví a verlo todo negro.

—¿Sabes que destrozaste mi maldita vida?

—De lo único de lo que me arrepiento es de no haber acabado contigo cuando tuve ocasión.

—Inténtalo y estarás el resto de tu vida entre rejas. ¿Crees que habría vuelto si no tuviese las espaldas cubiertas? Ya no soy esa niña asustada a la que podías manejar a tu antojo. Sé que mataste a Aintzira, y te juro que terminaré demostrándolo.

—¡Estás mal de la cabeza! Jamás le puse una mano encima. Fue ese al que te tirabas, Nikanor. —Le dio un guantazo tan fuerte que me dolió la mano, pero fue un dolor tan placentero y tan aguardado para ambas que valió la pena.

—Tu hija va a enterarse de quién es su padre en realidad —lo amenazó.

Entraron en el cuarto de los trastos donde yo estaba escondida. El resto de la conversación fue lo que ya había oído.

—¡Ni se te ocurra meter a Izar! Tenía esto en su poder. ¿Cómo lo ha conseguido? —gritó Ekaitz.

—Ella está cerca. Tan solo tiene que atar cabos

—Blanca no sabe una mierda, y tú, por la cuenta que te trae, deberías dejar de hablar y de venir aquí. No quiero volver a verte.

—No te interesa amenazarme. Tengo demasiadas cosas en tu contra. Te juré que te haría la vida imposible, y ten por seguro que cumpliré mi palabra.

—Esto se queda aquí —concluyó Ekaitz, y metió algo en un cajón de la mesa que me ocultaba—. No hagas estupideces y ambos estaremos bien.

Volví a despertar algo menos turbada que la vez anterior pero con todo dándome vueltas. Miré a mi lado de nuevo y, esta vez, en el sillón dormía Haize, desaliñado, con la camisa por fuera, despeinado y barba de varios días. Tragué saliva y lo llamé.

—¡Blanca! ¡Enfermeraaaa! —gritó, y vinieron corriendo otras dos mujeres.

Me apuntaron con una luz en las pupilas, me tomaron la temperatura y salieron al pasillo para hablar con él. Por primera vez era la espectadora silenciosa de mi vida y no de la de los demás. A los pocos minutos, Haize entró de nuevo en el cuarto, se sentó a mi lado en la cama, me acarició la mejilla y me sonrió.

—Estás fuera de peligro. Les he dicho que te he encontrado así en tu casa. Ekaitz ha desaparecido y lo culpan a él de tus heridas. Sé que he sido un cobarde por no decir que estábamos juntos, pero después he pensado que a lo mejor entró esa noche y volvió a drogarme y que luego te apaleó. No tengo otra explicación. No había heridas en mis nudillos y algunos de los hematomas de tu estómago tenían marcas de suelas de zapatos que no eran míos. Lo siento, lo siento tanto... —me confesó atropelladamente el pobre chico casi sin respirar.

Intenté sentarme, pero el dolor aún era considerable y desistí rápido de mi empeño.

—Sé que no fuiste tú.

—Fue él, ¿verdad? ¡Ese grandísimo hijo de la gran puta!

—Chist —lo mandé callar. Lo último que necesitaba era alterarme y que esos matasanos volvieran a sedarme para continuar con mi pesadilla interna personal sin opción a salir de ella—. ¿Izar?

—Ella estuvo aquí los primeros días, aunque mucho me temo que lo único que quería era que despertases para que exculparas a su padre. A la semana dejó de venir y de hablarme.

—¿Semana?

—Blanca, llevas aquí dieciséis días. Los golpes que has recibido casi te matan, y lo peor es que yo estaba justo allí y no me enteré de nada. De verdad que lo siento —volvió a gimotear, partiéndome el alma.

Al menos, el signo de su frente había desaparecido, al igual que el de mi mano. A lo mejor habíamos hecho algo para cambiar el destino y eso había servido para ponernos a salvo, o eso deseé.

Los siguientes días pasaron lentos pero sin más sueños, visiones ni altercados. Haize llamó a Pepa a escondidas para decirle que viniese a verme, que él le pagaba el viaje, cosa a la que por suerte rehusó. Lo último que necesitaba era también tener a esa embaucadora allí haciendo como la que se preocupaba por mí. Cuando por fin me dieron el alta y regresé a mi casa, fue como si el tiempo no hubiese pasado. Todavía tenía las costillas magulladas, pero eso ya era solo cuestión de tiempo, al igual que superar el trauma por el que Nahia había pasado y que yo reviví con ella. Desde que conocí la verdad, empecé a sentir empatía por la pobre chica. Ahora estaba segura de que fue Ekaitz quien terminó con su vida para que no lo delatase. Me detuve a pensar que si tanto temía que Nahia sacase todo a la luz era porque debía tener alguna prueba que desconocía en su poder. Y ese sería mi próximo objetivo: encontrarla. El exilio no era suficiente castigo para ese ser tan despreciable. Necesitaba pagar por todo lo que había hecho, y no cesaría hasta verlo entre rejas, tal y como dijo Nahia.

Por lo visto, el bar de Izar llevaba varios días cerrado. Todos pensaban que estaba encubriendo a su padre, así que la guardia no tardó en ir y registrar tanto el local como la casa del piso de arriba, pero ni rastro de ninguno. Fue entonces cuando empecé a temer por la vida de la otra joven. Sabía que Ekaitz la amaba más que a nada en este mundo, pero ¿hasta qué punto antepondría su vida a la de ella?

Capítulo once

Revelaciones

Necesitaba ir a casa de Nahia. Si tan solo me hubiese revelado qué era y dónde tenía lo que incriminaba a Ekaitz, todo sería un poco más sencillo. Pero en vez de eso, a su espíritu le dio por darme la paliza del siglo. Haize permaneció a mi lado todo el tiempo que estuve convaleciente tanto en el hospital como en la casa. Eso de que su padre fuese el jefe se lo puso bastante fácil. Me recordó a cuando leí en el diario de Aintzira que tras su discusión se mantuvo excesivamente cercano a ella. Pues conmigo estaba actuando de la misma forma, llegando incluso a agobiarme. No había vuelto a besarme, y ni mucho menos habíamos mantenido relaciones. Tan solo se encargaba de cuidarme y de estar ahí, mirándome de tal manera que a veces me hacía sentir extremadamente incómoda, pero no podía decirle nada, y menos culparle. Dentro de su cabeza, a mí casi me habían matado estando él durmiendo a mi lado plácidamente, así que el sentimiento de responsabilidad debía ser bastante considerable.

—Quiero ir a casa de Nahia.

—¿Cómo?!

—Esto no ha acabado, por mucho que intentes disimular que sí, Haize.

—No, esto terminó en el instante en el que casi te pierdo a ti también.

—Soy mayorcita y voy a hacer lo que me dé la gana —protesté. Odiaba que me dijese lo que tenía o no que hacer, y esa mañana en particular estaba de un humor de perros sin saber por qué.

—Blanca, ¿no puedes estarte quietecita por lo menos hasta que lo encuentren, por favor? —me suplicó, poniendo cara de pena y haciéndome sentir una completa zorra.

—No haré nada si regresas al trabajo.

—No pienso dejarte sola.

—Tu padre no puede con todo, y además ya han debido llegar las pruebas que mandé. Necesito que me las traigas.

—Blanca, no me fio de ti ni un pelo.

—Yo tampoco me creería a mí misma, pero con tal de no aguantarte después sermoneándome hasta la muerte, ten por seguro que no haré ninguna tontería —le dije, e intenté poner mi mejor y más cobista sonrisa.

—Eres realmente terrible, ¿lo sabías?

—Lo sé.

—Y a veces te comportas como si fueses una cría.

—Cierto.

—Y además...

—Estás tentando demasiado tu suerte, ¿no crees?

—Me voy —concluyó, y sonrió como hacía tiempo que no sonreía. Me dio un beso en la frente y se fue.

Justo cuando cerró la puerta oí el pestillo de la llave girarse. Corrí hasta ella, pero Haize ya se había apresurado a salir casi corriendo para hacer como el que no me escuchaba gritarle. El muy desconfiado me dejó encerrada a propósito para que no pudiese escapar. Lo que no recordó era que la ventana del salón ni tenía rejas ni se bloqueaba del todo. Me vestí y salí por una de las lamas cerrándola tras de mí.

En la ficha del psiquiátrico de Nahia venía la dirección, aunque con eso de que las calles no tuviesen nombre era un poco complicado acertar dónde estaba exactamente, y no tener llaves no facilitaba para nada la tarea de investigación. No creí que Izar quisiese ayudarme en esta ocasión, pese a que yo no había revelado quién estuvo a punto de matarme, entre otras cosas porque a ver cómo lo explicaba sin que terminasen encerrándome a mí también.

Subí el río y, junto a la cruz, me metí por una de las calles que conducía a la patatera del pueblo. Allí había una pequeña casita adosada con un buzón blanco junto a la puerta que ponía su nombre. Como era de suponer, la puerta estaba cerrada. Pese a ser de día, no había mucha gente en la calle, y esta en particular estaba desierta. Le di la vuelta a la vivienda yendo pegada a la pared e intentando abrir las ventanas desde fuera. Justo la más pequeña de todas que estaba a la espalda cedió en cuanto la forcé un poco. Entré procurando no hacer ruido y no estropearme aún más las ya golpeadas costillas, para caer de cabeza a una pequeña bañera color verde. Me levanté con bastante dificultad y entré en un largo pasillo parecido al de la casa de

Aintzira. Por lo visto, allí, estaban todas hechas por el mismo constructor.

Nahia vivía sola y el sitio lo decía a gritos. Accedí a un dormitorio en el que había una gran cama de matrimonio en la parte central y un armario empotrado que abarcaba toda la pared lateral como el de Aintzira. No había nada fuera de lugar, todo estaba perfectamente colocado, y en el resto de la estancia sucedía lo mismo. Pensé que el viaje y el esfuerzo fueron en vano hasta que regresé a su cuarto y abrí el armario. Desde mis anteriores experiencias con ellos les guardaba bastante respeto y también el miedo que nunca les tuve de niña. Antes pensaba que los monstruos no salían de esos sitios, pero ya no lo tenía tan claro...

El mueble era de los modernos. Llevaba un palo metálico para bajar la barra superior y así poder tener las prendas más cerca para cuando fuesen a cogerse. En el momento en el que lo bajé, la pared del fondo se quedó al descubierto y distinguí algunas fotos pegadas en ella. Retiré rápido todas las camisas, faldas y demás y la dejé totalmente libre mientras iba quedándome de piedra al descubrir lo que era. Nahia había estado vigilando a Ekaitz desde que salió del hospital. Era como los murales de las series policíacas de la tele, pero con la peculiaridad de que este parecía más bien el de un acosador. Había fotos de Ekaitz saliendo del trabajo, vestido de guardia, entrando en su casa, recogiendo leña, desayunando con Izar, y en todas las circunstancias habituales que una persona normal podría tener en su vida diaria. Lo que realmente me puso los pelos de punta fue que en todas las que salía Izar, esta tenía la cara tachada con bolígrafo rojo hasta el punto de llegar a rasgar el papel. Busqué en los cajones y revolví la maldita casa entera sin hallar nada que involucrase a Ekaitz ni con la paliza ni con los asesinatos. Le hice fotografías al extraño *collage* y salí de allí procurando que no se notase mi visita.

Olvidé que se suponía que estaba encerrada en mi casa y fui a la clínica a ver si habían llegado los resultados de paternidad. En cuanto Haize me vio entrar, frunció el ceño enojado.

—¿De verdad pensabas que cerrando la puerta ibas a dejarme allí?

—Sinceramente, casi he preferido no pensarlo mucho —me confesó, y me dio un sobre cerrado—. Ha llegado esto para ti. Te recuerdo que aún no tengo ni idea de qué es.

—Gracias. —Lo abrí impaciente y leí directamente el resultado final.

El presunto padre no es excluido como el padre biológico de la niña. Basándose en los resultados de los análisis obtenidos de los loci de ADN listados, la probabilidad de paternidad es de un 99,9999%.

Y de pronto, tuve que sentarme porque las pocas esperanzas de que todo aquello fuese mentira acababan de desaparecer. La confirmación de que mi vida había sido una burda farsa finalmente había sido confirmada con un simple cabello.

—¿Sucede algo? —me preguntó preocupado Haize a la vez que me ponía la mano en el hombro. Le di la carta y me quedé mirando la pared como si allí estuviese la respuesta a todos mis problemas—. ¿De quién son estas comparativas, Blanca?

—De Ekaitz y mías. —Haize se puso blanco y se sentó a mi lado. Arrugó la frente sin comprender absolutamente nada—. No fue Gaia quien murió en ese accidente en Cádiz, sino yo... Bueno, ella. Uf, es muy complicado de explicar. El resumen es que nos cambiaron y yo he vivido su vida y ella simplemente murió. Pero no murió, ¿entiendes? ¡Soy yo y estoy viva, soy ella, soy Gaia!

—Entonces... ¿Ekaitz ha intentado matar a su propia hija? ¿Él sabía la verdad?

—No, no lo sé, supongo que no. Y luego está la locura del *collage* en casa de Nahia.

—¿¿Has ido a casa de Nahia?!

—Eso no es lo que importa. Mira —le dije, y le enseñé las fotos que había tomado para ver si así la pelotera era menos grande.

Haize se quedó helado al ver el grado de obsesión que tenía Nahia. Ella intentó llevar una vida normal, pero creo que la culpa de pensar que su amiga murió por no contar la verdad no la dejó pasar página. Si hubiese estado en su lugar, ciertamente no sé si habría podido volver a dormir.

—¿Has encontrado algo que lo incrimine?

—Nada de nada, y he mirado hasta dentro del microondas —me lamenté.

En ese instante, Izar entró en el despacho. Tenía unas enormes ojeras, los párpados hinchados y la nariz colorada. Ver esa cara de desesperación hizo que olvidase que mintiese sobre mi muerte. Estaba segura de que ella sabía de sobra que el bebé que le mostraron no era el de su hermana y aun así

continuó como si nada cada día, viviendo una gran mentira.

—Necesito vuestra ayuda. Creo que le han tendido una trampa a mi padre. ¡Tenéis que ayudarme! Por favor.

—Cálmate y siéntate —la consoló Haize, siendo más considerado de lo que yo hubiese sido de estar en su lugar. Se sentó a su lado y le tomó la mano—. Cuéntanos desde el principio.

—Desde que Blanca apareció, él comenzó a comportarse de forma extraña. Es todo mi mundo, pero no puedo negar las evidencias. ¡Está obsesionado contigo! —gritó. Me miró por primera vez desde que entró—. No sé si es que le recuerdas a alguien o qué es lo que le ronda por la cabeza cuando te mira. Si me prometéis que no se lo contaréis a nadie, quiero confesaros una cosa.

—Siempre que nos digas la verdad, te juro que la conversación no saldrá de estas cuatro paredes —le advertí.

—La casa en la que vives realmente no se alquilaba. La señora Uxue tenía las llaves para una emergencia, pero el día que llamaste interesándote por el alquiler, ella no pudo con su avaricia y vio un filón de dinero mensual. El único problema era mi padre. Él sabía de sobra que la madre de Aintzira jamás permitiría que nadie estuviese allí ni tocase las cosas de su hija, y si de pronto te veía allí, la llamaría sin dudar. No tengo claro cómo lo convenció para que fuese partícipe de la estafa, pero sí sé que entre ambos se encargaron de todo y por eso terminaste allí. Luego, cuando Uxue apareció muerta y el que la encontró fue Ekaitz, comencé a temer que hubiesen podido tener algún enfrentamiento, que ella finalmente lo chantajease o yo que sé. El caso es que ella apareció muerta y yo no tengo claro si fue él quien la asesinó.

Haize, como buen hombre incrédulo que era, se conmovió ante sus lágrimas y la abrazó, pero en esa historia no terminaba de cuadrarme algo. Yo no llamé, sino que me avisaron de que la casa estaba disponible, y además nunca salió a la luz lo de Uxue.

—Nadie dijo que fuese un homicidio —le recordé.

—Blanca, me pediste que entrásemos en su casa a por ropa y saliste con una magdalena. ¿De verdad me crees tan estúpida? —Ahí llevaba razón. Ella fue mi cómplice en el allanamiento.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Que lo encontréis. Mi padre no es un santo, ¿o piensas que no me enteré

de que fue él quien atacó a Nahia hace doce años? —Nosotros lo acabábamos de descubrir como quien dice y ella lo supo todo ese tiempo—. No apoyo lo que hizo, pero por aquel entonces mis padres no eran lo que se dice Romeo y Julieta. Sabía que tenía un lío con alguien, y tras los años fui atando cabos. Nahia dejó de mirarme cuando salió del psiquiátrico y al poco tiempo desapareció. Desde que ha regresado, no ha dejado de hostigarlo. Si en su momento no dijo nada, no comprendo qué quiere lograr ahora. De lo único que estoy segura es de que mi padre no fue el que te dio la paliza. Tienes que creerme, Blanca.

—Sé que él no fue —le confirmé bajo la sorprendida mirada de Haize.

—He pensado hacer batidas por la Selva de Irati y la Cascada del Cubo. Él nació aquí, así que conoce todos estos parajes como la palma de su mano. Lo que no comprendo es por qué ha huido y de quién. No es propio de su carácter. Ekaitz siempre coge el toro por los cuernos, por lo que su desaparición me hace dudar de todo. ¿Lo haréis? Entre los tres podremos encontrarlo mucho antes que yo sola.

No me hacía ninguna gracia ir en busca de alguien que casi mató a una niña y que seguro que había cometido no sé cuántos homicidios más, pero si con eso conseguíamos alguna prueba para poder detenerlo, estaba dispuesta a participar en la pantomima. Por mucho que Izar creyese en su medio inocencia y le perdonase lo imperdonable, yo no estaba por la labor.

—Han llegado estos resultados —nos dijo el padre de Haize sonriendo y dejando un sobre encima de la mesa.

Haize los cogió y los leyó. Cuando terminó, miró con cara de circunstancia a Izar.

—Mandamos las muestras de matarratas de todos los vecinos a analizar y a comparar con el veneno que le administraron a Uxue, y hay dos coincidencias. —Hizo una pequeña parada un tanto teatral y agregó—: El de tu padre y el tuyo.

—¡Claro, él lo compraba y yo usaba un poco en el bar para evitar plagas! —gritó Izar a la defensiva—. ¿Cómo tenéis una muestra del mío? Yo no os lo he dado.

—Pero tu camarero sí —le indiqué.

—Tenemos que entregar estos resultados a la guardia. Ya estamos

hablando de homicidio. Lo siento mucho, Izar —se disculpó Haize.

—¡Os demostraré a todos que a mi padre le ha sucedido algo y que todo esto es una encerrona! —nos chilló, y salió dando un portazo.

—¿Crees que he hecho lo correcto? —me preguntó dubitativo Haize.

—No lo sé, pero a lo mejor eso de actuar como poli malo y poli bueno puede venirnos bien.

—¿Y se supone que yo soy el malo?

—¿Lo dudabas? —Le sonreí justo cuando me agarró por la cintura y me besó.

—Aintzira, yo...

—Me llamo Blanca —gruñí.

—Perdona, no sé qué me ha pasado —se disculpó rápidamente; aun así, demasiado tarde para mí.

Jamás iba a olvidarla, y lo peor de todo es que tampoco me parecía justo que lo hiciese. Incluso yo la quería sin conocerla. Aintzira había sido de esas personas que tenían algo especial. Estaba rodeada de un aura que hechizaba a cualquiera que la conociese, y por mucho que me enfadase que me confundiese con ella, en el fondo no podía culparle.

—Voy a casa. Necesito descansar un rato y pensar qué hacer con el tema de Izar y Ekaitz.

—Blanca, son tu padre y tu hermana, ¿te has parado a pensarlo?

—Imitando lo que has dicho hace un rato, prefiero no planteármelo o no sé cómo actuaría.

—Concluyo con el papeleo de lo de las muestras y voy a verte, si es que todavía quieres... Pero llévate este teléfono y ponle tu tarjeta. No quiero que estés incomunicada.

Asentí y me fui a casa a seguir leyendo lo que me quedaba de diario, aunque ya poco más podría descubrir en sus páginas. Continuar entre ellas era como sentirla cerca, y eso realmente me tranquilizaba y me reconfortaba.

Me tumbé en la cama pensando en todo lo que había sucedido e intenté atar cabos antes de proseguir la lectura. Había cosas que no terminaban de encajarme. Sabía que se me escapaba algo, pero ¿qué?

¿Cómo terminé en una casa que no se alquilaba? En esta precisamente... ¿Por qué oía el reloj de Isabel? Antes no creía en la existencia de espíritus, pero ahora, o lo hacía o pensaba que estaba majara y optaba más bien por lo primero. Lo segundo resultaría demasiado triste después de todo lo que llevaba pasado para llegar hasta donde estaba. ¿Quién era realmente Marie?, esa extraña mujer que según la descripción de Aintzira en doce años no había cambiado en absoluto. ¿Era otro ente? ¿Qué tenía que ver conmigo? ¿Por qué se la comieron los cuervos? ¿Qué era la sombra que veía desde que tuve el accidente? ¿Qué significaba la marca del lauburu en las personas fallecidas y vivas? Uf, eran tantas cosas que no sabía y que me traían de cabeza que no estaba segura de poder centrarme en el diario.

1 de febrero de 2006

Es miércoles por la noche. Hace una semana que no escribo nada, pero si soy sincera, tampoco es que haya tenido nada bueno que contar. Desde el día en el psiquiátrico, mi vida ha sido un poco una locura. He notado como si alguien estuviese persiguiéndome y me he sentido observada incluso dentro de mi dormitorio. No sé cómo explicarlo, pero las palabras de mi último encuentro con Marie resuenan en mi cabeza una vez tras otra:

«¿Podrías elegir qué vida merece la pena salvar? ¿La tuya o la de ellos?».

No tengo ni idea de a qué se refería, pero en el fondo creo que la mujer quería que los delatase. Si fue él quien la atacó y Nikanor está huyendo por nada, no sería justo. Pero por otra parte, si hablo, podría destrozar la vida de todos los que me importan: de Izar, de su madre, de su pequeña y encantadora hermanita, de Nahia y del propio

Ekaitz. ¿Quién soy yo para ser verdugo o juez de nadie? ¿Por qué mierda me he hecho esa pregunta? ¿Corre peligro mi vida? La cabeza me va a explotar de un momento a otro.

Haize está a mi lado dormido. Él dice que no ronca, pero algún día lo grabaré y se lo demostraré. Necesito hacer ejercicio, desahogarme y pensar.

Me acaba de llegar un mensaje de texto de Izar. Quiere que nos veamos temprano. Dice que necesita hablar conmigo urgentemente. Tan solo espero que no se haya enterado de nada. Cuando regrese de correr, iré a verla.

Buenas noches, querido diario.

El día siguiente sería el de su muerte y el diario concluía ahí. Si quedó con Izar después de correr, es que nunca llegó a esa cita. No podía creer cómo podía compartir genes con ese monstruo.

Me puse de lado y a los pocos minutos me dormí profundamente.

De nuevo sabía que estaba soñando porque las cosas se veían como abultadas y tenía una sensación de mareo que en la vida real tan solo había experimentado cuando subía al Vaporcito del Puerto, un antiguo y emblemático barquito que iba de Cádiz al Puerto de Santa María al que le habían dedicado cientos de coplas de carnaval y que finalmente terminó hundiéndose.

Era de noche y me encontraba en un sitio que me resultaba familiar. Había una mesa, un banco y una escalera de madera que conducía a una especie de buhardilla. Olía a hierba mojada y a tierra. Escuchaba el croar de las ranas, lo que me decía que no estaba muy lejos de algún río, charca o... ¡cascada! Estaba en la casita albergue que se encontraba cerca de la Cascada del Cubo, donde Haize se cambió después de su encuentro con el pobre Nikanor. Miré

mis manos y vi una ligadura de cuerdas de tendedores rojas como las que el chico tenía atada a sus extremidades y estas a unas pesadas piedras para mantenerlo oculto. Estaba nerviosa y acelerada, pero lo peor no fue esa sensación, sino una pena enorme que me llenaba por dentro. No pude evitar llorar en silencio. Tenía la boca amordazada. No me importaba lo que me pasase. De pronto, mi vida dejó de tener sentido y me rendí. Estaba cansada de luchar y de ocultarlo todo. Tan solo quería que aquello terminase pronto. La amaba más que a mi vida, pero esto tenía que terminar.

Capítulo doce

La muerte

El sonido del nuevo teléfono me despertó. Por una vez, el tictac me había dejado tranquila en lo que a descansar se refería. Desde que descubrí que el reloj estaba en casa de Ekaitz, era como si su sonido hubiese vuelto al letargo. Notaba las muñecas doloridas debido a las ligaduras del sueño y sentía la boca completamente seca por la mordaza.

El mensaje era corto y conciso: «Estoy en la cascada. Ven rápido. Creo que mi padre quiere matarme».

¿Sería ella la que estaba encerrada? Me levanté corriendo, reenvié el mensaje a Haize y cogí el coche. No sé en qué estaba pensando para ir sola allí. No es que fuese la persona más fuerte del mundo, pero simplemente no me paré a analizar las consecuencias porque estaba demasiado preocupada por Izar. Pisé el acelerador del coche al máximo y corrí hasta la casa albergue. El problema fue que una vez que llegué a la puerta, no supe qué demonios hacer. Si al menos hubiese cogido algo para defenderme... Pero no, yo iba tal cual.

Abrí la puerta temblando. En el instante en el que la luz entró por la rendija de la madera iluminó una figura atada en el suelo. Era demasiado grande como para ser Izar. Algo no andaba bien. Sus ojos estaban acostumbrados a la oscuridad y tenía la ventaja de verme a mí mientras que yo tan solo distinguía una silueta. No podía irme y dejar a quienquiera que fuese allí, así que respiré hondo, me armé de valor y me agaché a ayudarlo. Los ojos temerosos de Ekaitz se toparon con los míos, esos mismos que seguramente fueron de los primeros que vi en mi vida. Tenía las manos hinchadas y ensangrentadas y las cuerdas estaban cortándole la circulación. Como pude, intenté quitarle los nudos mientras él movía la cabeza de un lado a otro indicándome algo. Le liberé de la mordaza justo cuando me gritó.

—¡Corre, Gaia, corre!

Me giré. Detrás de mí estaba Izar con un cuchillo a punto de clavármelo en la espalda. Oír que alguien me llamaba por mi verdadero nombre por primera vez desde que sabía la verdad me dejó paralizada. A lo lejos escuché unos

ladridos. Haize venía en mi ayuda, seguramente con Nora como único apoyo. Empujé a Izar y salí de allí en dirección a la cascada. Si me daba prisa, Haize nos encontraría y todo aquello habría terminado. Pero ¿por qué? Siempre pensé que fue Ekaitz el artífice de aquella locura, pero ¿y si estaba equivocada?

Mis pulmones empezaron a quejarse y a recibir menos aire del que deberían. La vista empezó a nublárseme, y si no me detenía, caería inconsciente en minutos. Cuando miré detrás de mí, Izar estaba a pocos metros con cara de loca, chillándome mil improperios, con el cuchillo en alto y dispuesta a terminar con mi existencia. Caí al suelo y aguardé lo peor, hasta que una piedra voló y golpeó la cabeza de mi persecutora, provocándole una brecha al instante y haciendo que la sangre le saliese escandalosamente, sin que eso la cesase en su empeño por proseguir su tarea.

Finalmente llegó hasta mí e intentó acuchillarme. Estábamos tendidas sobre el suelo justo al lado del río. Mi pelo ya se encontraba dentro de las frías aguas y mis sienes estaban congelándoseme. ¿Sería así como terminó con la vida de la pobre Aintzira? La historia se repetía.

Me propinó un rodillazo en el estómago al caérseme encima que casi hizo que perdiese el sentido. Justo detrás de ella podía entrever una sombra que la rodeaba por completo. No sé muy bien cómo, pero conseguí darle un codazo y quitarle el cuchillo de la mano, logrando que cayese lejos de nosotras. Ella era más alta que yo y no le costó introducir por completo mi cabeza dentro del agua e intentar ahogarme. Mientras forcejeábamos, de su camiseta salió un pequeño medallón que ya conocía: el lauburu que Aintzira le compró. Eso quería decir que si estaba en su poder era porque sí se vieron el día de su muerte.

Cada bocanada de oxígeno que lograba tomar era unos segundos más de vida. De pronto, algo la golpeó, dejé de notar el peso de su cuerpo sobre el mío y me levanté rápidamente. Haize la había derribado y tirado hacia un lado, liberándome con ello de su agarre. Me incorporé aturdida y fui a ayudarlo, pero habían caído demasiado cerca del cuchillo y él estaba en desventaja. Ella sabía que estaba allí, así que lo cogió con agilidad y se lo clavó en el pecho. De la boca del pobre Haize salió un reguero de sangre y los brazos se le desplomaron a ambos lados del cuerpo. Giró la cabeza, me miró e intentó decirme algo, pero ningún sonido salió de su garganta. Grité como nunca jamás lo había hecho. Fue un bramido de desesperación, de odio,

de rencor y de incomprensión. La frente de Haize se iluminó y su marca salió de nuevo a la luz.

Izar retomó su interés en mí, su presa inicial. Le arrancó el arma ensangrentada a Haize, provocando que este se retorciera de dolor, y se me acercó con paso decidido. Por mucho que corrí, en pocos segundos la tenía de nuevo pisándome los talones. Las lágrimas no me dejaban ver bien y tropecé a los pocos metros dándome casi por vencida y esperando mi final. Si iba a matarme a mí también, al menos quería que me mirase a los ojos cuando lo hiciese y me dijese la verdad.

—¿Por qué la mataste?! —chillé, intentando recuperar un poco el aliento como último recurso.

—¡Iba a delatar a mi padre! Esa pequeña zorra se merecía lo que le pasó por entrometerse en mi familia. Aintzira no podía tener la boca callada. Ella tenía que decir la jodida verdad.

—¡Era tu amiga! ¡Las tres lo erais! ¡Ella confiaba en ti, maldita sea!

—Lo gracioso es que esa mañana la recogí en el coche mientras corría y la traje aquí para intentar convencerla de que no hablase. La muy estúpida me dio esto como regalo de despedida, sin saber que yo estaba al tanto de que pensaba arruinarle la vida a mi padre —me confesó. Se sacó el amuleto y lo hizo girar delante de mí—. Hice todo lo que pude. Tenía que proteger a mi familia, ¡¿no lo entiendes?! Por eso no tuve más remedio que terminar con los demás. ¡Ellos me obligaron! Nahia estaba a punto de denunciarlo y la señora Uxue estaba extorsionándolo. Yo solo fui a hablar con la vieja para ponerle las cosas claras, pero cuando llegué, él ya había terminado el trabajo antes de que yo me involucrase. ¿Y tú? ¿Por qué tuviste que seguir? ¿No podías dejarlo estar? ¡No! ¡Tú eres como Aintzira! —agregó, cada vez más cerca de mí y más enfadada.

—¿Qué te hizo el pobre Nikanor?!

—Estaba enamorado de Aintzira, y ella solo podía ser mía. Si él desaparecía, le echarían la culpa a Haize y mataría dos pájaros de un tiro. Era el plan perfecto, ¿o es que no lo ves? Aquella noche volví aquí y escondí su cadáver. Aintzira tendría que haberse refugiado en mí. Pero no. Nahia tuvo que hacer de las suyas y entrometerse. ¡Éramos una familia, y la familia se respeta! ¡Ella debería haberlo sabido y no bajarse las bragas!

—¡A ti la familia te importa una mierda! ¿Por qué entonces dijiste que esa

niña era tu hermana cuando de sobra sabías que no lo era? ¿Nunca pensaste en mí? ¿No se te pasó por la cabeza que a lo mejor merecía saber quién era mi familia?

—¡Porque no deberías estar viva! ¡Desde que naciste, ellos tan solo tenían ojos para ti! Y cuando moriste, él volvió a quererme, pero al verte te reconoció. No sé cómo lo hizo, pero lo supo. Él sabía quién eras y por eso no te quería cerca de mí ni de él. La hija pródiga era mejor que nosotros y no podía ensuciarse con nuestras mentiras y nuestros secretos. ¡Ya...! Yo he sido la que ha estado a su lado todos estos años, pero con tan solo verte, todo eso ya no importaba una mierda

Volvió a alterarse todavía más y sus ojos se inyectaron en sangre. Gritó y anduvo la distancia que nos separaba con el cuchillo preparado para introducirme en el corazón. Cuando la sombra que había estado rodeándola todo este tiempo se le separó, se tornó densa y de sus brumas comenzó a formarse una figura bajita. El cielo se llenó de pájaros negros que graznaban como si se les fuese la vida en ello. Izar, al verla a su lado, se detuvo reconociéndola y dio unos pasos hacia atrás, asustada. La mujer la miró sonriendo. Tenía los ojos tan negros como recordaba de la última vez, pero al abrir la boca, en vez de dientes salieron una especie de insectos que le recorrieron el cuerpo cubriéndola como si fuese un manto protector.

«¿Podrías elegir qué vida merece la pena salvar? ¿La tuya o la de ella?».

Esas palabras resonaron dentro de mi cabeza. Aintzira no escogió aquel día cuando ella se lo preguntó. Miré a lo lejos y vi el cuerpo de Haize inmóvil, con los ojos abiertos. Recordé la sonrisa de Aintzira en las fotos, cómo se habían truncado sus ilusiones por marcharse de ese lugar y poder conocer mundo, reconocí en mi memoria la siempre melancólica cara de Nahia. Ahora comprendía que la pobre llevaba un gran peso sobre los hombros. No debió ser fácil para ella guardar un secreto tan grande durante todos esos años. Imaginé a Nikanor suplicando por su vida. El único fallo que cometió el muchacho fue cruzarse en el camino de la psicópata de mi hermana, para que encima manchase su memoria como lo hizo.

Simplemente cerré los ojos. Justo entonces, los mismos cuervos que devoraron a Marie en la casa de Lazaga, cuando esta me asustó para que regresase al pueblo y terminarse en el punto al que estaba segura de que sabía que llegaríamos, aparecieron de entre los árboles y la rodearon como si de una humareda negra se tratase, llegando incluso a levantarla del suelo. El

ensordecedor sonido era insoportable y se mezclaba con los gritos de dolor y terror. Fue tan horrible que tuve que agacharme, taparme los oídos y cerrar los ojos para intentar sofocar la culpa dentro de mí.

Un golpe seco en el agua hizo que los abriese. Para cuando miré, el cuerpo de Izar estaba flotando en el río, todavía con algunos de esos bichos arrancándole trozos del cuerpo. Salí corriendo hacia Haize, puse mi oído en su pecho y noté un débil latido. Como pude, lo llevé hasta la cabaña, donde esperaba Nora custodiando a Ekaitz aún atado. Lo desaté y entre los dos lo condujimos al coche. Al haberle quitado el cuchillo, de la herida salía sangre a borbotones. Cada vez estaba más pálido.

—¿Izar? —se atrevió a preguntarme Ekaitz mientras yo conducía más rápido que en toda mi vida intentando llegar al hospital a tiempo. Miré por el espejo retrovisor hacia él y, cuando vio mi gesto, se agarró la cabeza con las manos, moviéndose para delante y para atrás como si acabase de volverse más loco de lo que ya estaba.

—¡Haize, no te duermas, por favor, no te duermas! ¡Sigue conmigo, estamos bien, no hay peligro, estamos bien! —le repetía una y otra vez mientras lo zarandeaba con cuidado de vez en cuando, procurando no soltar demasiado el volante.

Cuando llegamos a la puerta de urgencias grité por ayuda a la vez que salía. Iba al lado del copiloto y le abrí la puerta para sacarlo cuanto antes, pero sus ojos estaban cerrados y su pecho no se movía. Había dejado de respirar. Nora comenzó a aullar desde el asiento trasero. Estaba segura de que aquel no fue un ladrido normal, sino un grito de dolor que simplemente yo no fui capaz de traducir. El animal sabía que él ya no estaba entre nosotros.

Capítulo trece

El funeral

Ekaitz confesó las barbaridades que le hizo a Nahia y el asesinato de Uxue. Todo el mundo se quedó de piedra al descubrir que su protector, en realidad, había estado encubriendo esos actos durante tantos años. Recuperaron lo que quedó del cuerpo de Izar y la enterraron en la tumba familiar junto a su falsa hermana y a su madre. Les dije que antes de «caer al río» y morir me confesó haber matado a Aintzira, a Nikanor y a Nahia. Mentí un poco al decir que fue Haize quien la arrojó al agua usando casi su último suspiro para salvarme. Ciertamente, si él no hubiese estado, esta trama habría sido bastante distinta. Así que sí, merecía ser el héroe de la historia.

Y por fin se reconoció la inocencia de Nikanor y entregaron su cuerpo a sus padres, quienes estuvieron profundamente agradecidos al saber dónde estaba realmente su hijo. Nadie pudo explicarse cómo el cuerpo de Izar quedó en ese estado cuando lo encontraron. Nadie excepto yo, que había mirado a la muerte de cerca y me había concedido la opción de escoger a su próxima víctima. Cuando alguna vez he pensado en la muerte o la he visto en las películas, siempre la imaginé de otra forma. Jamás pensé que pudiese camuflarse en una dulce señora bajita de acento francés que jugaba con nosotros a su antojo.

Aintzira no respondió a la pregunta que esta le hizo en su día, y creo que ni tan siquiera lo pensó. Yo no dije en voz alta quién tenía que morir y quién no, pero si soy sincera conmigo misma, hizo exactamente lo que se me cruzó por la mente en ese instante. ¿Si me arrepiento? No. Puede ser que lleve en los genes no sentirme culpable. Ahora veo claro que Marie me empujó a regresar allí. Sin saberlo, fui siguiendo los hilos que tejió desde el principio y caí en cada una de sus pruebas. Desde ese día, cuando piense en la muerte, lo haré de forma muy distinta a la que solía hacerlo. Si no fuese por ella, me habría rendido hace tiempo y Aintzira y los demás no habría descansado en paz, y quién sabe si yo tampoco.

Tenía las pruebas de ADN que demostraban que realmente Gaia era yo, pero eso quería decir que tendría que desvelar lo que Pepa y mi padre hicieron, y después de ver cómo la muerte había venido para que Izar pagase

por todo el daño hecho, decidí que el destino también se encargase de ella sin que yo tuviese que inmiscuirme. A fecha de hoy sigo sin tener noticias de Pepa, ni tan poco quiero saberlas. Hablé con la madre de Aintzira y alquilé la casa, esta vez legalmente. Decidí quedarme allí y ayudar a los padres de Haize con la clínica. Después del duro golpe de perder a su hijo, era lo menos que podía hacer por ellos, y siendo egoísta, en esta tierra, pese a todo, me sentía en casa.

El funeral de Haize fue íntimo y la tímida lluvia nos acompañó en todo momento. Su tumba fue colocada junto a la de Aintzira, tal y como él habría querido. Ahora estarían por fin juntos.

Ese mismo día regresé a la cascada con un ramo de flores. Necesitaba despedirme de ellos. Llevé conmigo las hojas del diario que me había acompañado todo ese tiempo y las quemé para que nadie más pudiese fisgonear en su vida; ya demasiado lo había hecho yo. La marca de mi mano tenía una peculiaridad que la de las otras personas que habían muerto y la portaban no poseían: mis aspas estaban en el sentido de la vida mientras que la de ellos en la de la muerte. Curiosa forma la de Marie de ir vaticinando la próxima persona a la que llevarse.

Me quedé fijamente mirando el humo de los papeles y tiré las flores al río cuando, de pronto, Nora se puso a ladrar y a saltar mirando a la nada. Sobre el improvisado mirador aparecieron los cuerpos de Aintzira y de Haize cogidos de la mano. Los dos me sonreían y se veían felices. Ella me lanzó un beso y él me guiñó un ojo. Me quedé allí sentada observando el fuego a la vez que a ellos, quienes poco a poco desaparecieron para siempre de mi vida, pero jamás de mi mente ni de mi corazón. Cuando estaba ardiendo el último papel en blanco, las llamas fueron dibujando unas palabras:

«Gracias».

Una sensación de paz me llenó por completo. Sabía que nunca más me sentiría sola y que ellos, estuviesen donde estuviesen, cuidarían de mí. Me levanté, acaricié a Nora y le dije:

—Volvamos a casa, pequeña.

Glosario de nombres

El nido del lobo: La traducción que muchos dan al nombre de Ochagavía es que Ocha puede traducirse por Ots 'el lobo' mientras que gavía suele traducirse por kabia 'el nido'. El hecho de que el escudo del pueblo muestre un lobo es fiel reflejo de que desde hace siglos se ha relacionado el nombre del pueblo con los lobos, muy presentes hasta el pasado siglo en estos parajes montañosos y boscosos.

Aintzira: Lago.

Gaia: Tierra.

Haize: Viento.

Izar: Estrella.

Nahia: Deseo.

Ekaitz: Tormenta.

Pepa: En honor a La Constitución española de 1812, o conocida popularmente como La Pepa, que fue promulgada por las Cortes Generales españolas reunidas extraordinariamente en San Fernando, Cádiz, el 19 de marzo de 1812. Primera Constitución en España, además de ser una de las más liberales de su tiempo.

Uxue: Paloma.

Nora: Noble.

Nikanor: Hombre victorioso.

Marie: Basada en la figura de una vieja que vivía en parajes vascos y a quien llamaban Marichuloca. Fue arrojada del pueblo por los propios niños a quienes ella quería llevar al aquelarre y que la corrieron a pedradas. En esta historia, la sustituyo por la muerte.

Glosario de lugares

El precioso pueblo en el que transcurre la novela no es otro que Ochagavía. La mayoría de los lugares que aquí narro son fieles a las descripciones del sitio, a excepción de la clínica. Debo decir que si estáis cerca, no podéis pasar por alto la oportunidad de visitar sus calles y de conocer a su gente. Os dejo una de las fotos del cementerio cedidas por el propio ayuntamiento a una servidora, sin las cuales no hubiese podido hacerlo tan real, puesto que no había fotos ni documentación ninguna en la red.

La Cascada del Cubo

Llamada así por la forma cúbica que tiene el tramo del río donde se encuentra. Os recomiendo que busquéis fotografías porque es digno de ver.

Ochagavía

Ubicada al norte del Valle de Salazar, en la confluencia de los ríos Zatoya y Anduña, y junto a la Selva de Irati, Ochagavía se nos presenta como uno de los pueblos más típicos del Pirineo navarro.

La selva de Irati

Saliendo de Ochagavía, a 24 km, la carretera local que sigue el cauce del río Zatoya, nos lleva hasta ella, donde confluyen los ríos Urtxuria y Urbeltza, nacimiento del río Irati.

La casa de Lazaga

Varias investigaciones y eventos científicos y culturales persiguen el reconocimiento del valor arquitectónico e histórico del edificio, y del importante legado dejado por una saga de origen vasco, que tuvo una muy estrecha vinculación con el mar y con la isla de San Fernando.

Psiquiátrico Benito Menni

El Centro Hospitalario Benito Menni de Elizondo se fundó en 1938. Las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús están presentes en Navarra desde el año 1904. Ha pasado un siglo y la Congregación sigue siendo fiel a su misión en las áreas de psiquiatría, discapacidad intelectual y psicogeriatría.

Cementerio de Ochagavía



Agradecimientos

Todos los libros están rodeados de pequeños duendes que te ayudan a que la historia no tenga fallos y en esta ocasión mis lectores cero han sido Ana Tinoco, Sonia Rahona, Cruz Gómez Valdés, Tanía García, Ángela Sánchez González, Macarena Escolar, Katy Molina, Ana Porras, Caty Acedo, Nany Acedo, Vanessa Trujillo y Justo González, gracias por estar ahí en cada línea y no matarme en los paréntesis.

No puedo dejar de nombrar a dos personas que me han ayudado con la documentación de este libro como si fuese de ellas y que han estado especialmente a mi lado a Emma Leto y Patricia Duque.

Debo de agradecer su paciencia al Ayuntamiento de Ochagavía, que de pronto recibió la llamada de una escritora psicópata preguntándoles si en su río podía matar a alguien. Yo creo que los pobres o me ponen una calle o una orden de alejamiento. Si tenéis la posibilidad de ir a conocer esa preciosa tierra del norte de España no la perdáis porque estoy segura de que no os arrepentiréis.

A Fran Romero por facilitarme los datos de la casa de Lazaga en San Fernando, Cádiz, y como no al archivero José Luis López Garrido que me tuvo con la boca abierta oyendo toda la historia de este precioso palacete isleño.

Angy Sky se ha encargado del prólogo de esta novela, sin tener tiempo y sin poner ninguna pega, mil gracias amiga.

Caro C. Santana ha corregido mi nueva locura a contra reloj como siempre con su mejor sonrisa, eres grande.

Y la portada de mi querida Mónica Gallard que como siempre es espectacular, tu trabajo habla por sí solo para qué más palabras.

A mi amigo Pepe Acedo que me ha servido de inspiración en esta novela y que no ha dejado de insistir en que no mate a mucha gente, sin lograrlo.

Y como en cada libro a mis padres y a mi pequeño tesoro, porque sin ellos mi motivación no existiría.

Biografía



Gema Tacón, nació en Cádiz, en 1981. Estudió en el Liceo Sagrado Corazón.

Actualmente es propietaria de la cafetería biblioteca, *La Buhardilla*, en San Fernando, Cádiz.

Es la autora de la saga juvenil ilustrada, iniciada en 2015, *La reina de las sombras*. *Escondida* representó su debut en el mundo literario. Le siguieron *Vencida* y *Condenada*. Además, ha realizado una incursión en el género de la comedia romántica con su obra *¿Qué pasó cuándo se terminaron las perdices? 1y 2*.

La vida secreta de la última Wiccana salió en 2017, adentrándose en una novela de fantasía y acción basada en la religión Wicca.

El thriller *El Último Susurro*, que seguramente os apasionará, participó en el concurso Amazon 2017, siendo la novela con más comentarios positivos.

Y, por último, tenemos este thriller paranormal, *El nido del Lobo*, que conseguirá que te quedes más de una noche sin pegar ojo.



Table of Contents

[Introducción](#)

[Hogar, nuevo hogar](#)

[La morgue](#)

[La habitación secreta](#)

[El diario](#)

[La memoria](#)

[El desaparecido](#)

[Las sombras](#)

[Vuelta a casa](#)

[La familia](#)

[Nahia](#)

[Revelaciones](#)

[La muerte](#)

[El funeral](#)

[Glosario de nombres](#)

[Glosario de lugares](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)